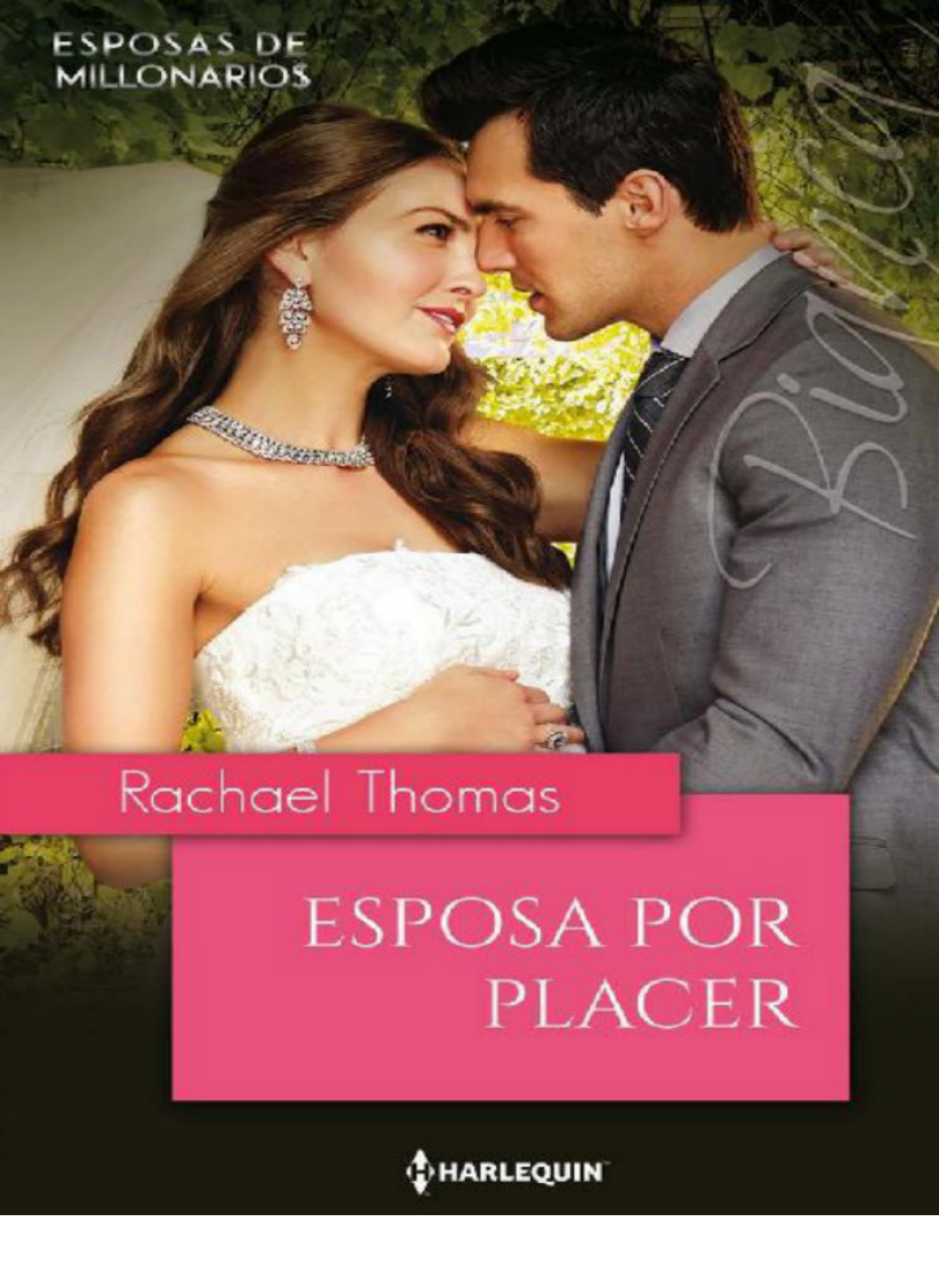

ESPOSAS DE MILLONARIOS
Rachael Thomas
ESPOSA POR PLACER
HARLEQUIN



ESPOSA POR PLACER

Rachael Thomas



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Esposa por placer, n.º 137 - febrero 2018
Título original: Married for the Italian's Heir
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-871-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

Dos meses atrás

Piper perdió el juicio mientras él la besaba y su diestra caricia le despertaba el cuerpo como no lo había hecho nada hasta ese momento. El dolor y la pena del día quedaron olvidados gracias a sus susurros en italiano, que sonaban románticos, pero que no podía entenderlos ni mucho menos.

Su abrazo hacía que se sintiera querida, deseada y necesitada por primera vez desde hacía muchos meses. En ese momento, no podía pensar qué iba a pasar después. No quería hacer frente al vacío, solo quería dejarse llevar por ese hombre y su pasión, rendirse a sus besos y entregarse plenamente al momento… y a él.

Contuvo la respiración con frustración cuando dejó de besarla, se apartó y la miró con esos pecaminosos ojos color caramelo rebosantes de deseo. Estimulada, le sonrió sin poder disimular el anhelo que estaba dominándola por dentro. Ningún hombre la había deseado y, desde luego, nunca la habían besado como él acababa de besarla, pero, sobre todo, era como deseaba que la besara una y otra vez.

Ese hombre era un amante avezado y, a juzgar por cómo la miraba, con una avidez que vibraba en la semioscuridad de la habitación del hotel, ella sabía que no había marcha atrás… ni la quería. La atracción entre ellos había sido intensa y abrasadora desde antes de que él le propusiera que se marcharan de la fiesta.

Esa noche se entregaría a ese hombre, pero sabía muy bien que no había nada después. Quizá fuese una mujer inocente que iba a descubrir el placer de las caricias de un hombre, pero sabía que no podía esperar nada más. Había trabajado de camarera en muchas fiestas de la alta sociedad de Sídney y de Londres y había sabido que era un playboy, un hombre que quería pasar una noche de pasión sin compromiso, que amaba y abandonaba a las mujeres. Esa noche le daba igual el sueño de sentar la cabeza con el hombre adecuado, esa noche quería el hombre peligroso, quería sofocar el dolor con la pasión que ni siquiera ella podía negar, que había brotado entre ellos desde que sus miradas se encontraron cuando él había llegado a la fiesta. Había sido como una descarga eléctrica,

como si estuviesen destinados a estar juntos, atrapados en una pasión que iba a cambiarle la vida, aunque no sabía cómo. Solo sabía que era un momento que tenía que aprovechar.

Él le pasó un pulgar por la mejilla y ella cerró los ojos cuando las rodillas empezaron a flaquearle. La estrechó contra su pétreo cuerpo y su cuerpo virginal palpitó con un deseo tan insaciable que fue como si el desenlace del beso estuviese decidido, como lo estaba su destino.

–Antes de que sigamos, ¿necesitamos protección?

Oyó su voz ronca y con un acento muy fuerte, pero estaba tan aturdida por el deseo que no podía pensar con claridad.

–¿Protección…?

Lo preguntó con un susurro tan seductor que ni siquiera le pareció su voz. ¿Cómo era posible que la mujer tímida y sensata que solía ser se hubiese convertido en una seductora como esa?

–Pienso hacerte el amor.

Él se quitó la chaqueta del traje de una manera tan insinuante que el corazón se le desbocó. Cualquier atisbo de sensatez se esfumó mientras observaba cómo se daba la vuelta y la dejaba en una silla. Su camisa blanca resplandecía en la penumbra y ella se estremeció cuando él se acercó. Estaba aterrada y apasionada por lo que iba a pasar después. Volvió a abrazarla y besarla con una lentitud deliberada. Entonces, una mano descendió por el cuello y el hombro y le bajó el tirante del vestido. Dejó caer la cabeza hacia atrás cuando sus labios siguieron el rastro ardiente que le había dejado la mano.

–Solucionado…

Piper consiguió decirlo mientras la besaba por el cuello y no podía pensar porque cada beso le avivaba las llamas que ya sentía por dentro.

–Entonces, no hay nada que pueda detenernos.

Con una facilidad enervante, le bajó la cremallera que tenía en un costado y el vestido de seda negro se le deslizó por el cuerpo. El bochorno se adueñó de ella, que lo miró a la cara mientras él le acariciaba un pecho, le tomaba un pezón endurecido entre los dedos y hacía que contuviera la respiración por el placer. Entonces, inclinó la cabeza y le pasó la lengua por el otro pezón hasta que creyó que podía explotar de placer.

–Esto es…

Cerró los ojos cuando el fuego la abrasó por dentro y no pudo acabar la frase.

–¿Me deseas…?

La calidez de su aliento aumentó la sensación de delirio mientras le trazaba círculos con la punta de la lengua en el pezón.

–Te deseo… –consiguió decir ella mientras introducía las manos entre su pelo para que no parara nunca–. Deseo que me hagas el amor.

Él se rio levemente sobre su pecho y la sensación hizo que ella se arqueara contra su boca.

–No se me ocurre nada mejor, pequeña provocadora.

Su acento la excitaba tanto como sus palabras y avivaba ese anhelo que sentía por dentro y que hacía que la verdadera Piper desapareciera como por arte de magia.

–Ahora –lo estrechó contra ella para sentir su cuerpo y su piel–. Te deseo ahora.

Él dejó escapar una risa sexy y delicada, la soltó un instante y la separó todo lo que le permitieron los brazos. El vestido le cayó a los pies y se quedó con unas bragas negras diminutas y unas sandalias. Recorrió su cuerpo desnudo con los ojos negros y el aire echó chispas por la tensión sexual. Su timidez habitual amenazó con hacer acto de presencia, pero la reprimió y lo agarró. La necesidad de verlo y tocarlo hizo que tirara con tanta fuerza de la camisa que le arrancó los botones. El gruñido de placer de él hizo que lo deseara más, que deseara más eso. Ya no podía parar, ya no podía ser la temerosa de siempre y pasarse la vida preguntándose qué habría pasado si… Esa noche lo sabría.

Él, con un movimiento rápido y concluyente, la tumbó en la cama, se quitó la camisa blanca y mostró su musculoso torso cubierto de pelo oscuro. Entonces, con un brillo malicioso en esos ojos burlones, se quitó hasta la última prenda que le tapaba el magnífico cuerpo.

Ella, maravillada y excitada, lo observó mientras se acercaba y la miraba desde arriba. Se estremeció mientras él no apartaba los ojos de los suyos. El corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que todo Londres podía oírlo. Soltó un suspiro de placer cuando él se puso encima de ella con una erección tan dura que le pareció casi excesiva.

Volvió a hablar en italiano y la besó en el cuello mientras ella le acariciaba la espalda y le clavaba las uñas en la piel. Sin embargo, no era bastante, quería más. Llevada por una necesidad incontenible, introdujo las manos entre sus cuerpos y él se levantó un poco para que lo acariciara. Quería sentirlo y atormentarlo como había hecho él con ella, pero seguía sin ser suficiente. Quería quitarse la última barrera de ropa para que la tocara íntimamente

antes de poseerla por completo. El apremio se adueñó de ella y se aferró a él levantando las caderas como si le suplicara que le proporcionara el arrebato de la pasión. Lo deseaba como si llevara toda la vida esperando ese momento, esperándolo a él.

–*Dio mio*, eres una diosa enviada para atormentarme.

Su voz gutural y sus besos por el cuello fueron casi definitivos y ella supo que tenía que ser en ese momento, que tenían que alcanzar el clímax juntos, que no había marcha atrás. Él le agarró las muñecas y le puso los brazos a los costados de la cabeza. La expresión desenfrenada de sus ojos era tan aterradora como excitante. Estaba entrecortándosele la respiración mientras la atravesaba con esos ojos oscuros y sexys. Levantó las caderas y lo rodeó con las piernas mientras aumentaba la necesidad de unirse a él.

Dejó escapar otra maldición, le soltó un brazo mientras ella levantaba las caderas y él le quitaba las bragas negras. Ella contuvo el aliento, pero eso lo estimuló más y no se detuvo cuando ella presionó su desnudez contra la de él para sentir su erección íntimamente.

–*Per Dio…*

Él lo susurró mientras ella se arqueaba hacia él. Entonces, acometió dentro de ella y se detuvo al oír su grito de dolor. Lo miró y vio que tenía el ceño fruncido con furia, pero no podía permitir que él acabara ahí, quería que la poseyera por completo, quería que la hiciera suya aunque solo fuese esa noche.

–No pares.

Arqueó las caderas para que entrara más y levantó la cabeza para besarle el pecho y paladear el sabor salado del deseo en su piel.

–Eres… –susurró él en tono áspero.

Ella lo besó para ocultar la verdad mientras se levantaba más y hacía que su posesión fuese más profunda y también hacía que él se dejara arrastrar. Él dejó escapar otra maldición mientras la acompañaba en el baile frenético del sexo. Era maravilloso, nunca se había atrevido a esperar que fuese así, gritó mientras se acercaba al límite de la inconsciencia y lo abrazó con fuerza mientras le caían unas lágrimas por las mejillas. Escondió la cara en su pecho, inhaló el sexy aroma de él y supo que quedaría grabado en su memoria para siempre… como quedaría grabado el momento en el que perdió la virginidad y se convirtió en una mujer de verdad con un hombre que no sabía cómo se llamaba.

Se movió cuando el corazón empezó a apaciguarse y el cuerpo

de él se relajó, pero él volvió a abrazarla.

–Todavía no vas a irte a ningún sitio.

Esas palabras hicieron que la cabeza le diera vueltas, y que se diera cuenta de lo que había hecho. Por fin, el buen juicio estaba abriéndose paso entre la espesa niebla del deseo. Había perdido la virginidad y había puesto en peligro su empleo por un hombre que ni siquiera se había molestado en tener la cortesía de presentarse. Sus besos y sus palabras amables la habían seducido en el día que más vulnerable estaba, un día en el que necesitaba saber que estaba viva y demostrarse que podía ser una mujer que dirigía su propia vida.

La respiración de él se hizo más profunda cuando se quedó dormido y, aun así, la tenía firmemente agarrada contra él. Piper sabía que tenía que irse. Había sido una noche maravillosa, pero ella no era esa.

Se levantó de la cama con cuidado y se vistió sin ver casi nada. Él se agitó y ella miró su hermoso rostro y su cuerpo delgado medio tapado por la sábana. Se lo grabó en la memoria porque era un hombre que solo quería aventuras esporádicas y ella lo sabía a pesar de su inocencia.

Salió en silencio de la habitación del hombre que ni siquiera sabía cómo se llamaba, el hombre al que no vería nunca más mientras ella volvería a ser la mujer tímida que hacía un año había llegado a Londres desde Australia.

Capítulo 1

DANTE Mancini, furioso por la evolución de su vida durante las dos semanas pasadas, intentó contener los efectos de todo el whisky que había bebido durante la reunión improvisada de la noche anterior. También intentó no pensar en la disparatada solución que había propuesto Benjamin Carter para contrarrestar el artículo de la revista *Celebrity Spy!*

El escandaloso texto, que calificaba como los solteros más depravados del mundo a Ben Carter, al jeque Zayn Al-Ghamdi, a Xander Trakas y a él mismo, había hecho un daño inconmensurable a su organización benéfica preferida, a la Fundación Esperanza. Quienes la dirigían les habían exigido que limpiaran sus nombres o dejaran de ser patronos. Para empeorar las cosas, una operación empresarial que tenía entre manos podía echarse a perder por culpa de su reputación, era un soltero que salía con unas y con otras y ya lo sabía todo el mundo.

¿Podía dar resultado la idea de Ben? ¿Tomar una medida tan drástica como casarse podría desviar la atención perjudicial para la fundación y salvar su más lucrativa operación? Quizá, pero ¿estaba preparado para aceptar la apuesta?

Abrió la puerta del edificio de sus oficinas y no se molestó en quitarse las gafas de sol. Tampoco estaba dispuesto a reconocer que todo el whisky que bebió mientras le contaban que tenía que buscarse una esposa era el responsable de que le doliera la cabeza de esa manera y de su mal humor. Llamó al ascensor y tomó aire. Todavía le enfurecía que Bettino D'Antonio fuese a salirse de la operación porque ni él, Dante Mancini, ni su empresa respaldaran los valores familiares.

Las puertas del ascensor se abrieron y entró deseoso de estar solo un momento antes de que entrara en la sede del imperio mundial de energías renovables que había levantado con sus manos. Volvió a tomar una bocanada de aire para dominarse un poco y aliviar el dolor de cabeza. Las puertas se cerraron e, inmediatamente, todos su sentidos se aguzaron. Se memoria retrocedió a una noche de sexo ardiente en un hotel del Londres con una pelirroja desconocida que lo había perseguido en sueños y había dominado sus pensamientos desde entonces. Había sido

apasionada y desenfrenada y, además, había sido virgen. Soltó un improperio mientras se cerraban las puertas y lo atrapaban con un recuerdo que solo aumentaba su inusitado mal humor. No podía soportar que esos ojos verdes siguieran persiguiéndolo y que, a pesar del alcohol que le quedaba en el organismo, la sangre le hirviera por el recuerdo y un arrebato de deseo lo atenazara por dentro.

–*Maledizione.*

Nunca pensaba en una mujer después de la aventura y el encuentro con la pelirroja había sido hacía dos meses. Apretó los puños. No era el momento de que el recuerdo de una noche insignificante lo embrollara. Tenía que concentrarse en lo que tenía entre manos, no podía permitir que el cotilleo de *Celebrity Spy!* pusiera en peligro una de las operaciones más importantes de su vida o que perjudicara al trabajo de la organización benéfica que ayudaba a financiar. Sin embargo, tampoco estaba dispuesto a que Benjamin Carter le dijera lo que tenía que hacer. No le apetecía nada sentar la cabeza y casarse solo para salvar su reputación. Estaba seguro de que tenía que haber otra manera y de que la encontraría.

Entonces, la puerta del ascensor se abrió y entró en su oficina después de captar un olor a perfume muy evocador. Le dolía la cabeza por el exceso de whisky de la noche anterior y estaba de un humor de perros por lo que estaba pasando con la operación. Su secretaria se levantó con dinamismo cuando lo vio, pero no le dedicó las cortesías habituales. No tenía energía para andarse con amabilidades, solo quería silencio y café, solo y muy fuerte.

–No quiero que me molesten.

Dio la orden en tono tajante mientras pasaba al lado de la mesa de ella. Estaba ansioso por llegar a la soledad de su despacho con vistas al barrio antiguo de Roma.

–Señor Mancini…

Él se detuvo, la miró con la mano en el picaporte de la puerta y se alegró de llevar todavía las gafas de sol puestas. No quería que su secretaria supiera que estaba sufriendo las consecuencias de un exceso de alcohol, algo impropio de él. Después de la reunión con Ben y los otros, había conseguido dormir un par de horas durante el vuelo nocturno a Roma en su avión privado, pero eso no había bastado para aliviar los efectos del whisky. Necesitaba que lo dejaran en paz.

–Nada de llamadas ni de reuniones. Nada de nada.

Interrumpió a su secretaria y entró en su despacho mientras ella

tomaba aire para replicar. Cerró dando un portazo y tomó una bocanada de aire con los ojos cerrados. El mundo se había vuelto loco. Todo lo que había logrado con tanto trabajo y esfuerzo parecía que podía desmoronarse a sus pies. Soltó una maldición, fue de un lado a otro por su espacioso despacho, apretó el botón de la máquina de café y se quedó mirando por la ventana que daba a la ciudad que al principio fue como una amante complicada y exigente, pero que, en ese momento, era uno de los dos sitios en el mundo donde se encontraba como en casa.

Justo cuando empezaba a percibir el delicioso olor a café, oyó un movimiento por detrás de él y se puso en tensión. Se dio la vuelta muy despacio mientras comprendía que el inusitado empeño de su secretaria en hablar debía de haber sido para avisarlo de que había alguien esperándolo. Lo que no había esperado ver era la sirena con el pelo como una llamarada que lo había obsesionado desde que una noche, hacía dos meses, ella se había escabullido de su cama mucho antes de que él se despertara, algo a lo que no estaba acostumbrado.

–Espero que no te importe que… te haya esperado aquí…

La delicada voz de la pelirroja titubeó con incertidumbre y, vestida con unos vaqueros y un poncho de lana azul marino, no le recordó a la belleza glamurosa y segura de sí misma de aquella noche. Aunque la verdad era que tampoco había sido todo lo que había fingido ser aquella noche. No era una seductora experta, era una virgen, algo que le había ocultado hasta que había sido demasiado tarde.

Se quitó las gafas de sol y la miró. ¿Cómo lo había encontrado? ¿Cómo sabía quién era? Aquellas horas en la habitación de hotel habían sido tan apasionadas, tan cargadas de un deseo arrebatador, que ni siquiera se habían dado los nombres, y mucho menos los números de teléfono.

Los dedos gélidos del miedo le atenazaron las entrañas. ¿Estaba allí para utilizar la historia del *Celebrity Spy!* y chantajearlo de alguna manera? ¿Quería vender la historia de la relación que habían tenido? ¿Había ido a Roma sin previo aviso para exigirle dinero a cambio del silencio?

–La verdad es que sí me molesta.

El resquemor de su voz no podía disimular la decepción. La había puesto en una especie de pedestal y pensaba en ella una y otra vez como un adolescente enamorado. Lo había atrapado como no había hecho ninguna otra mujer. La sangre le bullía hasta en ese momento por tenerla tan cerca, como le había pasado cuando, hacía

un momento, había olido el perfume, que en ese momento sabía que era suyo, en el ascensor.

Ella se levantó, él le miró las piernas enfundadas en los vaqueros y se acordó de lo que sintió cuando lo rodeó con ellas. Volvió al presente sin contemplaciones, él no era de los que le daban vueltas a una noche más o menos apasionada.

–¿Qué quieres? –le preguntó él a bocajarro.

–Solo quiero decir… una cosa y luego… me marcharé.

Su voz seguía siendo titubeante y ella estaba pálida. ¿Sería porque no llevaba casi maquillaje? No se parecía nada a la seductora que lo había tentado aquella noche. En ese momento, sí parecía la virgen inocente que era cuando la llevó a la habitación de su hotel. Sin embargo, ya no era virgen. Él había sido su primer amante y quería saber por qué se lo había ocultado, pero no le salía la pregunta. Ella lo miró y él sintió algo muy potente, incluso amenazante.

–¿Cuánto? –le preguntó él con los ojos entrecerrados.

–¿Cuánto qué? –preguntó ella con el delicado ceño fruncido.

Él se acercó a ella y el olor de su perfume volvió a avivarle el recuerdo, pero cerró el paso a las imágenes que amenazaban con adueñarse de él. La mujer que tenía delante era muy distinta de la mujer que lo provocó hasta que perdió la cabeza y el dominio de sí mismo. Suspiró, fue hasta la mesa, dejó las gafas de sol y se apoyó en la madera maciza mientras la miraba con dureza.

–¿Cuánto quieres por tu silencio?

–No voy a gritarlo a los cuatro vientos –contestó ella con cierta indignación.

Él consiguió reprimir una sonrisa. La pelirroja ardiente había asomado brevemente por detrás de la fachada de inexperiencia recatada que había adoptado.

–Entonces, ¿por qué estás aquí, *cara*? Además, ¿cómo me has encontrado?

Ya estaba harto de la conversación. Tenía la cabeza como un bombo y solo quería sentarse en silencio. Tenía que sacar adelante una operación y no quería que doña Modosita se sumara a las vallas que ya tenía que saltar.

–Salió un artículo… –empezó a decir ella con delicadeza mientras él volvía a la ventana.

Él se dio la vuelta y comprobó que ella había seguido todos sus movimientos, que se había girado levemente para no perderlo de vista, y receló.

–Sé muy bien que salió un artículo –le interrumpió él con un

gruñido.

La tensión que sentía en la cabeza estaba a punto de reventar. Esa conversación tan aburrida debería haber terminado cuando ella hubiese puesto un precio, justo antes de que la hubiese expulsado de allí. Entonces, ¿por qué no lo había hecho ella? Mejor dicho, ¿por qué no la había expulsado?

–Así supe tu nombre –él arqueó las cejas y ella se sonrojó antes de seguir–. No tuvimos tiempo de darnos el nombre y esas cosas…

Darse el nombre y esas cosas era lo último que se le habría pasado por la cabeza. Solo había querido tenerla desnuda debajo de él. Había sido precipitado y desenfrenado. Incluso, se había creído que estaba tomando la píldora. Algo que no había hecho jamás por muy tentadora que hubiese sido la mujer.

–Es verdad, pero así nos divertimos mucho más, ¿verdad, *cara*?

Él sonrió y se permitió acordarse de la avidez de ella, de esa insistencia que lo había excitado tanto y que le había puesto a prueba el dominio de sí mismo.

–Piper.

Lo miró con los ojos entrecerrados y un brillo verde de rabia.

–¿Piper? –repitió él.

La cabeza no le funcionaba todavía como debería funcionarle. Ni siquiera había bebido un café para que borrara los residuos de whisky, aunque su aroma llenara el despacho.

–Me llamo Piper, Piper Riley.

–Muy bien. Ahora que ya sabemos el nombre del otro, quizá no te importe decirme qué haces aquí.

Él volvió a cruzar el despacho y miró a la mujer que solo había sido la Pelirroja hasta ese momento. Ella también se movió para mirarlo de frente, como antes. ¿Seguiría dándole vueltas en la cabeza tan tentadoramente cuando ya tenía un nombre? Esperaba que no.

–Tenía que verte porque…

Ella titubeó otra vez y él se cruzó los brazos con impaciencia y cada vez más irritado por la conversación.

–*Dio mio*, di lo que tengas que decir y márchate. No tengo tiempo para jugar.

–Muy bien –ella se puso muy recta, levantó un poco la barbilla y lo miró a los ojos–. Estoy embarazada.

Dante había creído que las veinticuatro horas anteriores habían estado tan llenas de problemas que habían acabado con su habitual actitud caballerosa. Nunca había esperado, ni deseado, que le dijeran esas palabras. No podía ser padre cuando ya había

demostrado su incapacidad para cuidar de nadie.

–¿Cómo?

La palabra se le escapó antes de que tuviera tiempo de pensar, de rehacerse, pero ella se quedó delante de él sin inmutarse y, de repente, estaba más segura de sí misma y era más osada, a pesar del rubor que cubrió otra vez su palidez. Se parecía mucho más a la mujer a la que había hecho el amor aquella noche.

Se mantuvo firme y centró toda su atención en el hombre que era el padre del bebé que estaba esperando. Un hombre que había salido en la prensa sensacionalista durante las últimas semanas por su reputación, uno de los solteros más solicitados y disolutos del mundo. No era el padre ideal ni mucho menos, pero ella no podía ocultarle que iba a ser padre, como tampoco podía negarle a su hijo el derecho a tener un padre. Lo observó mientras iba de un lado a otro sin darse cuenta de que el café, que evidentemente necesitaba, ya estaba preparado. Seguía siendo tan elegante como la noche de la fiesta. La única diferencia era la barba incipiente y las arrugas de tensión en el rostro, que despertaron su compasión. Sin embargo, no podía dejarse llevar por los sentimientos, ya sabía con quién estaba tratando.

–Creo que los dos sabemos cómo.

Ella se quedó asombrada por el tono seductor en el que había dicho esas palabras y lo miró preguntándose qué efecto seguía teniendo ese hombre sobre ella. El corazón se le había acelerado y el estómago le había dado un vuelco y no creía que fuese solo por los nervios. Era lo que le provocaba ese hombre apasionado que le había arrebatado la virginidad, Dante Mancini, un playboy que estaba muy orgulloso de serlo, según el artículo del *Celebrity Spy!* con el que se había tropezado.

–Lo que quiero decir es cómo cuando me hiciste creer que no se necesitaba la protección que yo quería utilizar.

Él lo dijo muy despacio y con mucho acento, como si no pudiera asimilar lo que ella le había dicho y lo que implicaba.

Efectivamente, eso era lo que ella se había preguntado mientras se hacía la primera prueba de embarazo, y la segunda. Cuando se hizo la tercera, se preguntó cómo había podido ser tan estúpida y empezó a decir palabras que no solía decir mientras rasgaba el envoltorio de la cuarta y última, a lo que siguió el pánico. No quería ser madre soltera. Se había criado con un padre muy cariñoso y eso era lo que quería para sus hijos… pero estaba

esperando el hijo o la hija de ese hombre.

–Por si no lo sabías, jamás había estado en esa situación con un hombre. Cuando hablaste de protección, di por supuesto que era algo que ya estaba solucionado.

Ella le arrojó las palabras con furia contra sí misma, pero con más furia contra él porque no había asumido esa responsabilidad. Él se acercó con una mirada de recelo y ella hizo un esfuerzo para no acordarse de ellos rebosantes de deseo y pasión. Había sido un momento extraordinario que había querido recordar para siempre… Ahora, gracias al resultado de aquella noche, no tenía elección.

–¿Cómo puedo saber que no fuiste de mi cama a la de otro hombre? ¿Cómo puedo saber que ese bebé, que según tú esperas, es mío?

Ella se quedó boquiabierta por esas palabras frías y desalmadas. Se había planteado muchas situaciones durante las últimas semanas, pero ninguna había sido tan brutal y ofensiva como esa. Había reservado un billete de avión a Roma en una decisión repentina y porque solo quería decirle, cara a cara, que iba a ser padre. Nunca había previsto nada más. Como había estado tan unida a su padre, no se le había ocurrido otra cosa que decírselo personalmente a Dante Mancini. Ridículamente, había creído que él querría saber que aquellas horas maravillosas y apasionadas que habían pasado juntos habían creado una vida nueva, un hijo para él.

Cuánto se había equivocado.

Se sintió derrotada y cansada. Ni siquiera había reservado una habitación en un hotel. Cuando tomó la decisión, solo quiso llegar a Roma lo antes posible para hacer lo que creía que tenía que hacer antes de que perdiera la seguridad en sí misma.

–Hay pruebas que pueden confirmarlo.

Ella se apartó el pelo de la cara y lo sujetó antes de dejarlo caer otra vez. Estaba demasiado cansada para sobrellevar eso en ese momento. Se había pasado el vuelo dándole vueltas a cómo decírselo e intentando imaginarse la reacción de él.

–Entonces, se hará una prueba en cuanto pueda hacerse sin riesgos. No pienso creerme lo que dices.

–En ese caso, es posible que te interese saber que puede hacerse dentro de unas semanas.

Piper no pudo contener un arrebato triunfal cuando él la miró con furia. ¿Acaso había esperado que vacilara, que reculara y se marchara sin defender su postura, la postura de su hijo? Mientras le daba vueltas en la cabeza a qué hacer, había investigado en Internet y sabía que, si él lo pedía, podía confirmarle que era el padre en un

plazo de dos semanas.

Él se acercó tanto que ella pudo verle las manchitas negras que casi le borraban el color caramelo de los ojos. También captó un leve olor a alcohol y se preguntó si esa mañana habría dejado la cama de otra mujer, si habría pasado una noche de sexo y champán como la que habían pasado ellos. La idea le produjo náuseas y las rodillas le flaquearon cuando entendió lo ridículos que había sido sus sueños.

–Pareces muy convencida de que el hijo es mío.

Él parecía indiferente a la angustia de ella y, al tenerlo tan cerca, volvía a recordar la noche que habían pasado juntos, lo que le producía más náuseas. Se repuso enseguida. No podía derrumbarse ni en ese momento ni en ese lugar, delante de él.

–Eres el único hombre con el que me he acostado. Aquella noche que pasamos juntos fue algo completamente impropio de mí.

Había actuado llevada por la innegable atracción que había brotado estrepitosamente entre ellos. Había intentado seguir trabajando, pero le había resultado casi imposible con la mirada ardiente de él desnudándola en medio de la fiesta.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Él la rodeó lentamente y ella se dio la vuelta para no perderlo de vista, y maldijo para sus adentros la falta de visión en el ojo izquierdo que tenía de nacimiento. Quiso decirle que se quedara quieto, pero no le gustaba que la gente lo supiera y, gracias a la operación que le hicieron de niña y a las lentes de contacto que llevaba, ya no tenía que dar explicaciones interminables.

Tomó una bocanada de aire. Lo mejor era ser sincera y, si quería saber por qué había ido a esa habitación de hotel con él, se lo diría.

–Era el primer aniversario de la muerte de mi padre y supongo que no era la misma de siempre.

Su penetrante mirada le recorrió el cuerpo de arriba abajo y se tragó los nervios que amenazaban con adueñarse de ella.

–¿Y esta sí es la de siempre?

–Sí –contestó ella con rabia por su tono hiriente.

Sabía que no se parecía nada a la mujer que había llevado a la habitación del hotel. No solo eso, sabía que no era, ni mucho menos, la mujer segura de sí misma que hacía su trabajo vestida de punta en blanco con ropa prestada y recién salida de un salón de belleza. Aquella mujer era tan distinta a la que era en realidad que resultaba casi cómico, aunque parecía que a Dante Mancini no le hacía ninguna gracia.

–*Va bene.* Puede solucionarse fácilmente.

Él le apartó el pelo de la cara con un gesto que pudo haber sido casi íntimo y cariñoso, casi. Ella, sorprendida por la calidez de sus dedos, retrocedió un paso.

–¿Qué puede solucionarse fácilmente?

–La mujer que conocí en Londres existe. Era muy real cuando me sonreía y me cautivaba con sus preciosos ojos verdes. También era muy real cuando la desvestí, la besé y le hice el amor.

Ella contuvo la necesidad de decirle que esa mujer no había existido jamás. Aquella noche había sido alguien distinto, alguien llevado por la necesidad de contacto físico y por la chispa de atracción sexual que había saltado en cuanto sus miradas se encontraron. Desde aquella noche, había perdido su empleo por el desliz con un cliente y se había enterado de que estaba embarazada. La mujer que recordaba él no podía volver a existir, ya había cambiado.

–Es posible –replicó ella–, pero no pienso volver a ser aquella mujer. He venido aquí solo para decirte que vas a ser padre.

Maldijo para sus adentros ese impulso de ir a Roma. ¿Qué había creído? ¿Que lo seguiría el amor y la felicidad?

–Y ahora que ya lo sé, haremos las cosas a mi manera.

Dante volvió a la ventana y se quedó mirando los tejados de Roma iluminados por la luz de principios de invierno, los tejados de una ciudad que ella siempre había anhelado visitar.

–No vamos a hacer nada –ella volvió a preguntarse por qué estaría allí–. No quiero nada. Puedes volver a tu vida desenfrenada. Adiós, Dante.

Ella tomó aliento cuando él se puso muy recto por su ataque verbal, y luego fue apresuradamente hasta la puerta del despacho. Solo quería escapar, correr y esconderse para lamerse las heridas y rehacer los maltrechos sueños de ser felices para siempre. Había sido muy ridícula por haber albergado la esperanza de que él se quedaría a su lado y adoptaría el papel de padre. Debería haberle bastado lo que había leído en *Celebrity Spy!* para que sus esperanzas se hubiesen desvanecido mucho antes de montarse en el avión.

Oyó su improperio antes de verlo entre ella y la puerta y se preguntó si él habría adivinado que no podía verlo por la izquierda. ¿Acaso estaba aprovechándose de esa debilidad que le costaba tanto disimular?

–Déjame pasar –le exigió ella en un tono tajante por la rabia y la decepción.

–No vas a ir a ningún lado. Tenemos que hablar y aclarar algunas cosas.

–¿Como por ejemplo?

Ella cruzó los brazos por debajo del poncho de lana que se había puesto esa mañana antes de salir de su pequeño piso de Londres.

Dante miró a Piper y contuvo las ganas de retroceder y dejar que se marchara. Sabía que ella era capaz de marcharse con algo que él no había querido nunca, un hijo. Sin embargo, su mentalidad empresarial no había parado de trabajar mientras ella le había escupido furia y fuego. Piper esperaba un hijo suyo y eso podía ser la respuesta a todos los problemas que habían surgido desde que se publicó aquel maldito artículo.

–De mi hijo.

No podía pensar en nada que no fuera el plan que había elaborado en su cabeza.

–¿Del que quisiste negar que fuese tuyo hasta que hablé de la prueba de paternidad?

El tono de reproche le llegó muy adentro, hasta una parte de sí mismo que no sabía que existía.

–Estás esperando un hijo mío, mi heredero, y te mantendré independientemente de cómo se haya producido. Eso es innegociable.

Mantenía el dominio de sí mismo por fuera, pero sus errores lo abrumaban por dentro. Sin embargo, no podía darle la espalda a la sangre de su sangre.

–Aunque, naturalmente, con algunas condiciones –añadió él.

–No quiero que me mantengas a regañadientes, Dante. Quiero más que eso para mi hijo o no quiero nada en absoluto.

La indignación de su voz retumbó en todo el despacho y sus ojos verdes tenían un brillo tan ardiente que quiso besarla. Quiso volver a sentir sus labios y sofocar esa furia con besos, sustituirla con la pasión que sabía que llevaba dentro.

–Me da igual lo que digas que quieres. No habrías venido hasta aquí para decirme que estás esperando un hijo mío si no quisieras algo, Piper –le gustaba decir su nombre, pero todavía recelaba–. Es posible que acertara la primera vez. ¿Quieres dinero a cambio de tu silencio?

Sus ojos verdes brillaron más todavía por la furia e irradió rabia en oleadas palpables.

–No quiero nada de eso y puedo comprobar que cometí un error inmenso al creer que nuestro bebé podría interesarte, aunque fuese remotamente.

Se dio la vuelta, agarró el picaporte de la puerta y la abrió, pero él reaccionó con rapidez, puso la palma de la mano en la puerta y la cerró dando un portazo antes de que ella hubiese podido salir.

–No vas a ningún lado hasta que hayamos resuelto esto, *mia cara*.

Él le susurró la advertencia al lado de su oreja izquierda y se sorprendió cuando ella se apartó dando un salto y se giró para mirarlo con ira. La amenaza había hecho que pareciera vulnerable y su cercanía la había puesto nerviosa como si fuese un gatito, pero, aun así, se rehízo y se preparó para plantar batalla.

–No soy tu *mia cara* –Piper se lo soltó como si fuese un gato salvaje acorralado–. Además, no quiero nada de ti. Olvídate de que me has visto.

¿Cómo iba a olvidarla si no había dejado de pensar en ella desde aquella noche en Londres? En una amante anónima que le había dado su virginidad en una noche que no olvidaría jamás.

Volvió a acordarse vagamente de la propuesta de Benjamin Carter. Piper no podía haber llegado en un momento mejor a su despacho. Su noticia, muy mal recibida en cualquier otro momento, encajaba a la perfección en el plan que estaba elaborando a toda velocidad. Él necesitaba una esposa y ella esperaba un hijo suyo.

–Ni lo sueñes cuando estás esperando un hijo mío –la agarró con delicadeza de los brazos para que no volviera a intentar escaparse–. No nos queda más remedio que casarnos.

Capítulo 2

CASARNOS?

Piper parpadeó mientras las manos de Dante le abrasaban la piel a pesar de la ropa y reavivaba recuerdos que prefería no tener en ese momento.

–Si no has venido por dinero, entonces tiene que ser para llevarte un anillo en el dedo.

El tono rotundo de su voz estaba teñido de una amargura que borraba cualquier esperanza, por leve e inútil que fuera, de que lo que habían vivido en Londres pudiera haber sido el principio de algo. ¿A quién quería engañar? Solo había sido un entretenimiento para una fiesta aburrida. Además, ¿acaso no se había escabullido de su cama precisamente por eso y lo había mirado por última vez mientras dormía? Había esperado salvar su empleo y su reputación al marcharse antes de que el hotel se despertara, pero hasta eso había sido inútil.

–¿No te haces una idea de lo arrogante que resultas?

¿Adónde había ido a parar el hombre considerado y encantador con el que se había marchado de la fiesta? ¿Era ese el Dante de verdad o solo estaba impresionado por la noticia que le había dado? Le había conmocionado por completo la idea de estar embarazada después de una noche con un hombre al que había sabido que no volvería a ver. Tanto que, para intentar convencerse de que esa noche de sexo apasionado y sin compromisos no había acabado con un embarazo, había comprado las cuatro pruebas de embarazo que tenía la pequeña farmacia que había cerca de su piso. Cada vez que se había hecho una prueba, más se había apoderado de ella el pánico.

–¿Te haces tú una idea de lo ridículo que es que vengas aquí, me des esa noticia y esperes que me mantenga al margen mientras te marchas? –le preguntó él con la rabia reflejada en esa voz con un acento tan fuerte–. Me dejaste una vez, pero no volverá a ocurrir, *cara mia*.

–Pero casarnos…

Ella no sabía qué hacer para que comprendiera que eso era imposible. Solo quería que él lo supiera, decirle a la cara que iba a ser padre. Eso habría sido lo que su padre habría querido que

hiciera.

–No sabemos nada el uno del otro –añadió ella.

–Sé dónde te gusta que te besen y lo sexy que estás desnuda. Creo que es un buen principio, ¿no?

Él esbozó una sonrisa indolente y seductora y a ella se le paró el corazón mientras recordaba cómo la había besado, cómo le había rogado ella que siguiera, o poco menos, porque solo quería dejarse arrastrar por la inconsciencia de la pasión que le había mostrado.

–Es exactamente el tipo de respuesta que esperaría de un hombre como tú.

Piper soltó toda su rabia y tomó una bocanada de aire para contrarrestar ese atractivo tan increíble que podía desplegar hasta en una situación como esa.

–¿Un hombre como yo? –preguntó él con el ceño fruncido y un brillo de recelo en los ojos.

–El artículo del *Celebrity Spy!* debe de tener algo de cierto.

Él entrecerró los ojos y ella supo que había tocado una fibra sensible. Sin embargo, ¿no la había cautivado y seducido sin que siquiera se dieran los nombres?

–¿Sueles creerte lo que dicen las revistas como esas?

Él se acercó un milímetro y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder, para que no le invadiera el espacio con esa virilidad apabullante.

–No, claro que no.

Ella contestó apresuradamente y, a juzgar por la sonrisa que seguía esbozando, él también supo que había acertado en la diana.

–Te propondría que cambiaras de lectura, que te pasaras a algo más…. ¿cómo lo diría?… más edificante.

Afortunadamente, él se alejó y ella soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo, pero sintió unas ganas incontenibles de justificarse.

–No las leo normalmente. La ojeé mientras estaba en la sala de espera de una agencia de empleo.

–¿Una agencia de empleo?

Él volvió a clavarle esos ojos tan increíblemente sexys rebosantes de desconfianza. Ella se mordió la lengua y la maldijo por indiscreta. No quería, ni mucho menos, que él supiera que la habían despedido por haber pasado la noche juntos, pero se había metido sola en un callejón sin salida.

–Ya no tengo un contrato, aquella fiesta en Londres fue la última.

–Entonces, ¿estás embarazada y sin trabajo? –preguntó él sin

disimular cierto tono triunfal.

–Estoy entre un empleo y otro –le corrigió ella mirándolo con cautela.

–¿Y encontrarás fácilmente un empleo mientras avanza tu embarazo? Creo que no*, cara mia*.

Le irritó el tono convencido de su voz, aunque no quería reconocerlo porque tenía razón. ¿Acaso no había sido esa su preocupación desde que se enteró de que estaba embarazada y no paraba de dar vueltas en la cama? Si siguiese viviendo en Sídney, donde se había criado, quizá pudiera encontrar un empleo, pero no estaba en Sídney. Había ido a Londres, donde había nacido su madre, y no conocía a nadie. Además, tenía que quedarse con su madre por mucho que quisiera volver a Australia.

–Eso es un asunto mío, una preocupación solo mía.

Y eso, preocuparse, era lo que haría cuando se marchara de allí. Había tenido un vínculo tan fuerte con su padre que no podía imaginarse tener un hijo que no conociera a su padre. Su relación con su padre la había convencido de que ver a Dante era lo acertado. Todavía no se lo había contado a su madre porque le daba miedo decepcionarla, que ella empleara el recuerdo de su padre para que sintiera remordimientos. ¿Se habría sentido decepcionado él? No, se contestó a sí misma para sus adentros, pero sí habría querido que ella hiciera lo que tenía que hacer.

Aliviar su conciencia, decírselo personalmente a Dante, había hecho que esperara que él, por lo menos, reconociera a su hijo y, con un poco de suerte, quisiera formar parte de su vida. Sin embargo, ¿casarse…? Eso era algo que no se había planteado siquiera. Además, si se lo hubiese planteado, ese artículo de *Celebrity Spy!* la habría disuadido por completo. Dante Mancini era un conquistador, un playboy con alergia a cualquier tipo de compromiso.

–No tendrás que preocuparte por encontrar un empleo ahora, cuando vas a ser mi esposa. Te proporcionaré todo lo que mi hijo y tú podáis querer, y más.

Él estaba de espaldas a la impresionante vista de Roma, bañado por la luz invernal, y era difícil interpretar su expresión, pero estaba segura de que sus ojos oscuros tenían un brillo implacable.

–No quiero casarme contigo –replicó ella poniendo mucho énfasis en cada palabra.

–Es innegociable*, cara*. Necesito una esposa y tú estás esperando un hijo mío, eso hace que seas la candidata ideal.

Se acercó ella, se apartó de la luz que había ocultado su

expresión, y ella pudo ver tal firmeza en su atractivo rostro que el alma se le cayó a los pies. Le quedaba muy poca fuerza para oponerse a él.

–¿Necesitas una… esposa?

Titubeó al decir la palabra «esposa» porque le costaba creerse que él quisiera que ella fuese su esposa. ¿Cómo era posible que un playboy imperturbable, un hombre que podía conseguir a cualquier mujer que quisiera con su fortuna, su poder y su belleza quisiera casarse con ella?

–Estoy negociando una operación empresarial que solo podré sacar adelante si me consideran un hombre con valores familiares. Necesito una esposa para que me vean en público con ella, y que pueda ser discreta. Ese inoportuno artículo de *Celebrity Spy!* ha complicado las negociaciones. ¿Qué mejor manera de demostrar que soy un hombre con principios familiares que quedarme al lado de la mujer que está esperando un hijo mío?

–Haces que todo suene como un trato.

–Precisamente eso es lo que será, *cara mia*. Viniste para buscar dinero y respaldo y conseguirás las dos cosas si nos ven en público como la pareja perfecta. Todo el mundo tiene que creer que estamos perdidamente enamorados. Tú, a cambio, tendrás el honor de ser la mujer que ha metido en vereda a Dante Mancini.

Dante la miró. Vio que estaba pálida y que cerraba los ojos, y eso le despertó imágenes de ella debajo de él mientras la pasión había hecho que se desenfrenara y que él, casi sin quererlo, la reclamara como suya. En ese momento, pagaría el precio de haberse comportado como una seductora cuando solo era una virgen inocente. Pagaría ese precio con dos palabras: sí, quiero.

Unos segundos después, cuando ella abrió los ojos, volvieron a tener un destello verde de fastidio. Se ruborizaba con timidez y llevaba una ropa vulgar, no se parecía nada a una mujer con la que él saldría, y mucho menos de la que se enamoraría, pero sí lo hizo aquella noche en Londres. Se había burlado de Benjamin Carter cuando propuso que usaran los servicios de Elizabeth Young, una… intermediaria estadounidense con una agencia muy discreta, para que le buscara una esposa adecuada, pero, en ese momento, iba a emplear los servicios de esa agencia sin dudarlo. Necesitaba que esa australiana pelirroja que estaba esperando un hijo suyo se convirtiera en la mujer que había conocido en Londres.

–¿Honor? Se sobrevalora, *signor*. Aceptaré si es un trato y no un

matrimonio de verdad, pero con una condición.

–Tú no pones condiciones.

No estaba acostumbrado a que las mujeres le dijeran lo que tenía que hacer. Siempre llevaba las riendas y siempre dictaba las normas.

–Pondré las condiciones que quiera.

El tono despreocupado de ella casi lo desquició y le recordó cuánto le dolía la cabeza por el alcohol.

–Es evidente que tu necesidad de tener una esposa es mucho mayor que mi necesidad de decirte que vas a ser padre.

–*Molto bene*. Dime tus condiciones.

Él cruzó la habitación con rabia, se sentó detrás de la mesa y la miró con una expresión amenazante.

–El matrimonio solo lo será de cara a la galería y terminará al cabo de un plazo que acordemos. Supongo que después de que hayas conseguido que el mundo crea que te has reformado y de que hayas cerrado tu operación.

Ella se quedó en medio del despacho y él se fijó en sus piernas largas y esbeltas, lo que hizo que pensara en cosas que no podía pensar, sobre todo, cuando estaba negociando un trato con ella. Un trato que salvaría su reputación y enriquecería a su empresa… y haría que fuese suya.

–*Va bene* –concedió él asintiendo con la cabeza.

Hasta el momento, ella había hablado con sensatez. Él no quería casarse ni se lo había planteado jamás. Lo único que necesitaba en ese momento era que la prensa hablara de él de otra manera, demostrar que podía ser un hombre familiar si quería y, en definitiva, cerrar la operación que llevaría a su empresa a lo más alto en el sector de las energías renovables. También tenía que acabar con los miedos de su organización benéfica y con otra de las repercusiones negativas de ese maldito artículo.

–Además, tendrás un papel activo en la vida de tu hijo.

Las palabras de ella cayeron en ese abismo que los separaba de repente y dejaron en evidencia lo distintos que eran. Arqueó las cejas. ¿Cómo iba a tener un papel activo en la vida de su hijo si había sido el único responsable de la muerte de su hermano pequeño? Si no podía ser un hermano, menos podría ser padre. No podía comprometerse a darle a su hijo o su hija algo que no fuese material. Sus sentimientos quedaron congelados y enterrados el día que su padre los abandonó. La muerte de Alessio era una demostración de eso.

Ella debió de captar su reticencia porque se acercó más.

–Eso es lo que más quiero. Si no puedes aceptarlo, no hay trato y me marcharé en este instante.

Él tomó aire para sofocar el remordimiento del pasado. Tenía que pensar en eso como en un trato como cualquier otro, como los muchos que hacía a lo largo del año. No podía abrir las heridas del pasado, pero miró a Piper y le pareció que ya podía ser demasiado tarde. Era como la llave que había girado en la puerta que había cerrado hacía mucho tiempo.

Nunca había añorado a una mujer después de que hubiese saciado su deseo, pero Piper había cambiado eso y era un cambio que no le hacía gracia. A regañadientes, se reconoció que tendría que aceptar sus condiciones. Si no se casaba con ella y buscaba otra esposa, Piper podría vender una historia más importante y hacerle más daño todavía. Peor aún, sería culpable de darle la espalda a su propio hijo y pagaría cualquier precio por no hacer algo así.

–Mañana estará redactado el contrato.

Por un instante, ella pareció desorientada, como si hubiese esperado una gran batalla. No sabía que eso era para él, pero era una batalla que libraría solo. No necesitaba a nadie, y menos a una mujer que amenazaba con reavivar todo lo que había salido a la luz por la muerte de Alessio y a lo que había él había dado la espalda.

–Entonces, como nuestra transacción ha terminado, me marcharé al hotel.

Piper tomó la bolsa que estaba junto a la silla donde había estado sentada hasta que él llegó. Era todo su equipaje porque no había previsto quedarse mucho tiempo en Roma, y menos que todo su mundo quedara patas arriba. Sin embargo, si había creído que podía marcharse en ese momento sin más, estaba muy equivocada. Él se levantó de un salto.

–No vas a ninguna parte, vas a mi piso, conmigo.

–No hace ninguna falta.

Ella levantó esa bolsa algo gastada, y muy distinta a las bolsas que solían llevar sus mujeres, y se la colgó del hombro. Fue hacia la puerta y él volvió a darse cuenta de que tenía que impedir que esa mujer se marchara.

–Somos amantes, ¿no? –él bajó la voz y sonrió el ver que ella se sonrojaba–. Además, si esperamos que nos crean, no puedes quedarte en un hotel… de mochileros.

–¿Cómo sabes que es un hotel de mochileros? –preguntó ella con una indignación que hizo que él supiera que había dado en el clavo.

–Solo me lo había imaginado.

Él se encogió de hombros y la miró. Le gustó cómo apretaba los

labios mientras hacía un esfuerzo para contener la réplica, esfuerzo que fue en vano.

–Pues no imagines –replicó ella bajando la mirada antes de volver a mirarlo a los ojos.

–Es un trato, una transacción que legitimará a mi hijo, un hijo que heredará todo lo que tengo. Tendrás todos los lujos, Piper, y mi palabra de que no pasará nada más entre nosotros.

Piper se tragó la decepción. No pasaría nada más entre ellos. Debería estar contenta, era exactamente lo que ella había pedido, lo que había querido, pero, por otra parte, le dolía. No era su tipo, el artículo del *Celebrity Spy!* se lo había dejado muy claro, pero la pasión que los asoló aquella noche en Londres tenía que significar algo.

–Eso es todo lo que quiero –mintió ella para que él no pudiera captar su abatimiento

Tenía que mantenerse firme, él no podía saber todas las veces que había pensado en aquellas horas que le habían cambiado la vida incluso antes de que supiera que estaba embarazada.

–*Va bene*. Está decidido. Te acompañaré hasta mi piso, pareces cansada y tienes que descansar.

Él la miró y ella llegó a pensar que estaba sinceramente preocupado, pero creérselo sería su perdición y tenía que mantenerse fuerte.

–Creo que sería mejor que me alojara en un hotel.

Sus palabras acabaron en un susurro por el gesto sombrío de su atractivo rostro, que parecía más serio todavía por la sombra de la barba incipiente.

–¿Cómo vamos a ser unos amantes a punto de prometernos si no vivimos en mi piso y no duermes en mi cama a ojos del resto del mundo? –él se encogió de hombros con esa despreocupación que tanto la atrajo la primera noche que lo vio–. No sería muy convincente*, cara mia*.

Piper se pasó los dedos entre el pelo para intentar dominar los sentimientos que se adueñaban de ella, unos sentimientos que, como sabía muy bien, eran más intensos por el embarazo. ¿Por qué se sentía tan decepcionada y desilusionada? Él se había ofrecido a estar a su lado, a respaldarla económicamente y, sobre todo, a formar parte de la vida de su hijo aunque no formara parte de la vida de ella. Entonces, ¿por qué tenía que contener las ganas de llorar? Había conseguido lo que había ido a buscar… y mucho más.

Tomó aliento y lo miró cuando se acercó por su costado izquierdo, su lado ciego, y la sobresaltó cuando le tocó el brazo, como ya había hecho varias veces.

–No quería asustarte –comentó él con delicadeza.

Con demasiada delicadeza. Las ganas de ceder al cansancio y el llanto se hicieron más intensas.

–Vamos, tienes que descansar. Has debido de salir temprano de Londres.

Ella dejó que la llevara hasta la puerta del despacho. Luego, con un brazo en su cintura, se acercó a la mesa de su secretaria y le dio una serie de instrucciones en italiano que la mujer recibió con asombro y una mirada de curiosidad dirigida hacia ella, lo que la desasosegó más todavía. ¿Estaba tan por debajo de las mujeres con las que solía salir que hasta su secretaria estaba atónita?

Todo pareció adoptar un aire irreal mientras él la acompañaba fuera del edificio, y hasta un coche que estaba esperándolos. Unos instantes después, estaban avanzando a toda velocidad por las calles de Roma y entre el sonido de los cláxones que los rodeaban. Ella quería ver las vistas, pero el paseo en coche estaba inquietándola y solo pudo dejarse caer en el respaldo del mullido asiento de cuero. Notaba que Dante, a su derecha, la miraba. Notaba su mirada penetrante y casi podía oír sus preguntas no formuladas. Estar con Dante volvía a desatar todos aquellos sentimientos que había enterrado mientras se marchaba muy temprano de aquel hotel.

Cuando se bajó del coche, los edificios altos de la ciudad antigua se elevaron alrededor de ella y le taparon el sol invernal. Miró esos edificios imponentes que tenían que haber visto muchas cosas a lo largo de la historia y no pudo creerse lo que había aceptado hacer.

–Por aquí –le indicó él mientras tomaba su bolsa–. Mi casa está en el último piso y tiene unas vistas impresionantes desde la terraza de la azotea. ¿Habías estado en Roma antes?

Su forma de hablar, liviana y natural, contrastaba con los latidos acelerados de su corazón. ¿Qué había aceptado hacer? ¿Iba a casarse, aunque solo fuera una farsa, con un hombre al que casi no conocía?

–No. Siempre me ha parecido que Europa estaba muy lejos de Australia y no pensaba en ella.

Había querido hacer ese viaje con su madre. Había intentado convencer a su padre, pero él no había querido salir de Australia porque decía que no hacía falta ir tan lejos cuando allí tenían todo lo que necesitaban. La miró cuando dijo aquello y, en ese momento, se preguntaba si la necesidad que había sentido su madre de volver

a Inglaterra habría sido el principio de sus problemas conyugales.

Dante le abrió la puerta y ella entró en el frescor del edificio antiguo mientras intentaba dejar fuera los recuerdos y las preguntas que nunca había contestado.

–Sin embargo, estabas en Londres cuando nos conocimos…

–Solo llevaba un año allí. Mi madre quería volver a su país de origen después de….

Titubeó un instante, mientras pensaba en el día de la repentina muerte de su padre. Justo un año antes de que conociera a Dante.

–Mi padre era australiano y mi madre británica. Cuando él murió, ella quiso estar con su anciana madre y nos marchamos de Sídney. Desgraciadamente, mi abuela falleció hace unos meses.

Dante la miró con detenimiento mientras esperaban el ascensor y ella se preguntó si su rostro delataría lo que estaba sintiendo de verdad pese a que había contado la muerte de su querido padre sin alterarse lo más mínimo.

–¿Te criaste en Sídney?

Ella se alegró de que se abrieran las puertas del ascensor y él se fijara en otra cosa. Solo había conocido Sídney. No solo se había criado allí, allí era donde había sido más feliz. Sin embargo, todo cambió cuando su padre murió en un accidente de coche. El absurdo accidente sucedió cuando no había pasado ni un año desde que le habían dicho que el cáncer estaba remitiendo. Semejante injusticia hizo que tuviera que tragarse las lágrimas.

–¿No lo notas por el acento?

Ella se rio para olvidar el dolor de esos recuerdos y para desviar la conversación de sí misma. Eso ya no se trataba de ella, se trataba de lo que fuera mejor para su bebé. Su padre se había quedado con su madre cuando se quedó embarazada y habían sido felices, aunque, evidentemente, no había sido suficiente para su madre porque había empezado a hacer planes para volver a Londres muy poco después del accidente.

–Es un acento bonito –él le sonrió y ella se preguntó si habría notado su desasosiego, aunque lo que dijo le quitó esa idea de la cabeza–. También es muy sexy cuando estas dominada por el deseo.

–Deberías reservar esos comentarios para las mujeres que conquistas.

Ella lo dijo antes de que pudiera evitarlo e, incluso, de que llegara a pensar en lo que significaban para ella. Le apesadumbraba la idea de que él saliera con otras mujeres, pero tenía que olvidarse de eso. Su matrimonio solo iba a ser un trato, como un acuerdo comercial.

Él salió del ascensor, sacó una llave, se paró delante de la puerta de su piso y se dio la vuelta para mirarla.

–Si queremos que este trato nos salga bien, te exigiré exclusividad.

Eso no iba a ser un inconveniente para ella. Su única aventura espontánea y totalmente impropia de ella ya le había causado más problemas que nada en su vida.

–Debería imponerte la misma condición, pero dudo mucho que un hombre como tú pueda ser exclusivo de ninguna mujer.

A Dante no le pasó inadvertido el tono cáustico. Ya había pensado en ese asunto durante el trayecto a su casa. Tendría que ser fiel a su prometida, pero eso no iba a ser difícil dado que su cuerpo todavía le ardía al acordarse del de ella. Lo complicado iba a ser no repetir lo que había pasado en Londres. Ella había dejado claro que eso solo iba a ser un trato.

Si conseguía que el mundo lo viera como un hombre fiel y cariñoso, enamorado de la mujer que iba a ser su esposa, no solo cerraría la operación que había estado a punto de perder, también borraría la reputación que tan poco le había importado durante años. Si no lo conseguía, la Fundación Esperanza, la organización benéfica que financiaba de todo corazón, quedaría pendiendo de un hilo. Los otros tres empresarios que financiaban la fundación iban a hacer lo mismo. Zayn y Xander habían aceptado que la única solución era sentar la cabeza, como había propuesto Benjamin Carter. Él había observado, ahogando los miedos con una botella de whisky, algo impropio de él, mientras los fantasmas del pasado le recordaban que siempre había sido incapaz de hacerse responsable de otra persona sin hacerle daño, sin obligarle a que lo abandonara.

En ese momento, era responsable de una mujer que debería haber sido suya solo durante unas horas de pasión descontrolada. No solo eso, también era responsable del hijo que esperaba, de su hijo. ¿Podía pasar por eso? ¿Podía reavivar los sentimientos que había sofocado y arriesgarse a perderlo todo otra vez?

–Tendrás toda mi atención en todo momento, y solo para ti. Estamos enamorados, ¿no?

La miró y saltó una chispa de deseo y sintonía sexual tan fuerte que no podía negarse. Vio que los ojos de ella se oscurecían y que separaba los labios. Su cuerpo reaccionó de la única forma posible a una insinuación tan descarada.

–No puede volver a pasar nada entre nosotros, Dante.

Su susurro estaba tan cargado de deseo que él, en una situación normal, se habría reído levemente, la habría abrazado y la habría besado hasta que se hubiese entregado. Sin embargo, no era una situación normal, no era una aventura intrascendente que acabaría con la salida del sol al día siguiente.

–He aceptado tus condiciones.

Él abrió la puerta, se apartó para que pasara ella y le sonrió para intentar disimular los sentimientos contradictorios que se debatían dentro de él.

–Solo será un matrimonio de cara a la galería que nos dará lo que queremos los dos –añadió él.

–Más que eso, Dante.

Piper se quedó fuera, como si no quisiera cruzar el umbral de su casa. Dante tampoco quería que ella formara parte de su vida de forma permanente, pero tenía motivos para hacer ese trato, como los tenía ella.

–También dará a nuestro hijo lo que se merece –añadió ella.

Él se quedó sin respuestas ante la mención de su hijo y entró en el piso, un lugar al que nunca había llevado a una mujer. Prefería el anonimato de una habitación de hotel que podía dejar cuando estaba satisfecho.

–Mañana firmarás un contrato.

Hasta él mismo oyó la irritación que le producía encontrarse en esa situación. No solo estaba invitando a una mujer a su casa y a su vida, para siempre, también estaba planteándose a sí mismo algo que no sabía si podía hacer. Tendría que entregarse, entregar sus sentimientos, a un hijo. ¿Cómo iba a hacer eso cuando todavía la atosigaba el dolor por la pérdida de Alessio y el remordimiento por ser incapaz de ser lo que otra persona necesitaba que fuera?

–Hasta entonces, tendrás que confiar en mí cuando digo que seré todo un caballero y que podrás dormir profundamente en mi cama.

–¿En tu cama?

Piper se paró en seco después de haber dado unos pasos titubeantes en sus dominios.

–Sola –contestó él.

A ella le pareció bien porque estaba dispuesta a que no se repitieran aquellas horas devastadoras de Londres.

–Ya lo hemos decidido –siguió él–. Como eres mi amante, tienen que ver que pasas aquí el día y la noche, pero lo que no sabrán es que yo duermo ahí.

Él señaló hacia otro dormitorio, que él usaba como despacho. La noche anterior se habría muerto de risa si alguno de los otros tres

hombres hubiese insinuado que podía introducir a una mujer en su vida y que dormiría en el cuarto que le sobraba solo para salvar su reputación y la de la organización benéfica que respaldaba.

–No estoy segura… Me buscaré un hotel.

–Eso ya es imposible, *cara mia*. No deberías haber venido hasta aquí para darme esa noticia y, además, esperar que yo no pusiera ninguna condición en el acuerdo que alcanzáramos.

La noche anterior y el madrugón estaban pasándole factura por fin y solo quería dejarlo todo a un lado y relajarse. Sin embargo, todavía tenía que llamar a Elizabeth Young para preguntarle si su agencia ofrecía los servicios que necesitaba. Tenía que transformar a esa mujer normal y corriente en una prometida que acallaría todos los cotilleos.

–No puedo quedarme tu cama.

–*Va bene*, entonces la compartiremos si así te sientes mejor.

–No.

Ella entró precipitadamente en el cuarto y su actitud le dejó entrever que la mujer que había conocido en Londres todavía seguía dentro de ella, que solo esperaba a que la sacaran al exterior si él se atrevía a buscarla.

–Por fin nos entendemos. Te propongo que te sientas como en tu casa. Yo todavía tengo que hacer algunas cosas.

Jamás se le había pasado por la cabeza que invitaría a una mujer a su casa y a su vida y que le diría que se sintiera cómoda. La idea era desquiciante, pero sabía, a regañadientes, que era necesaria. Formaría parte de la vida de su hijo. Era un hijo que no había deseado jamás, pero, aun así, ya sabía que haría cualquier cosa por él.

Capítulo 3

PIPER se despertó a la mañana siguiente, se estiró y sintió la caricia de las suaves sábanas, hasta que cayó en la cuenta. Esa no era su cama. Sentó de un salto, miró alrededor y, por un instante, no se acordó de haberse acostado. En realidad, no se acordaba de casi nada aparte de que había llegado con Dante.

Había estado muy cansada y el enfrentamiento con Dante la había dejado sin las fuerzas que le quedaban, que habían sido muy pocas después de unas semanas sin poder dormir casi por la situación en la que se había visto metida. Sin embargo, en ese momento, su mayor preocupación era que estaba en la cama, solo con la ropa interior, y no se acordaba de cómo había llegado hasta allí.

Dante llamó a la puerta con delicadeza, como si sus pensamientos lo hubiesen llamado.

–*Buongiorno*.

Su voz grave y sexy atravesó la puerta e, inmediatamente, lo vio con toda claridad en la cabeza, aunque tenía que recordar que el hombre del día anterior era el mismo que describía *Celebrity Spy!* Él también había sufrido los efectos del alcohol, seguramente, después de haber pasado la noche anterior en alguna fiesta con mujeres glamurosas. Le había impresionado que se pareciera tan poco al hombre cariñoso al que había conocido, aunque brevemente, en Londres.

–Adelante –replicó ella con más atrevimiento del que sentía.

Se arropó con la sábana. ¿Se había desvestido ella como un zombi o la había desvestido él?

Se oyó el chasquido de la puerta y Dante entró. Había desaparecido la barba incipiente del día anterior y su aspecto inmaculado le recordó al hombre con el que había perdido algo más que la virginidad.

–Espero que hayas dormido bien, *cara*.

–Sí, gracias.

No pensaba darle el placer de preguntarle si la había desvestido y la había tapado con esas maravillosas sábanas en vez de dejarla tumbada en la cama. Solo recordaba que la noche anterior se había quedado ahí tumbada durante unos minutos.

–Muy bien. Tenemos un día ajetreado por delante.

Él se acercó con una expresión firme e imperturbable y ella, por mucho que intentó evitarlo, no pudo dejar de admirar cómo se le adaptaba la camisa al cuerpo, un cuerpo que recordaba con toda claridad y que deseaba volver a explorar. Aunque eso sería demasiado peligroso cuando ya sabía quién era de verdad y todo lo que podía llegar a hacer.

–No me digas –replicó ella con la esperanza de que el rubor que sentía en las mejillas no la delatara.

–Sí. Los documentos de nuestro trato ya están esperando que los firmes y luego podemos ir de compras.

La miró con un brillo malicioso en los ojos, como si supiera que ella era una provocación y no quisiera responder.

–¿De compras? –ella lo preguntó con despreocupación, como si no le pareciera que se había metido en la madriguera del macho dominante–. ¿Para qué tenemos que ir de compras?

–Para comprar lo más importante si queremos que este trato logre lo que se propone. Un anillo.

Él se acercó más a la cama y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no taparse más con las sábanas, aunque no sabía si era para que no la viera desvestida o para proteger el corazón, que le había dado un vuelco por esa presencia de él cada vez más dominante. En cualquier caso, no lo haría, no le daría el placer de que supiera cuánto la alteraba solo con una mirada.

–Claro –el tono despreocupado no se correspondía con los latidos acelerados del corazón ni con el cosquilleo que sentía por dentro–. Ahora mismo voy.

–El desayuno está esperándote.

Dante clavó sus ojos oscuros en ella, quien volvió a aquella cama en Londres, cuando él, de pie, la había mirado con un deseo y una pasión tangibles y ella había deseado que ese momento no acabara nunca.

–Gracias.

Ella dejó de pensar en aquella noche. Iba a tener que dejar a un lado definitivamente esas ideas si quería sobrevivir a ese trato que había hecho. Dante no sentía nada por ella, solo era un medio para alcanzar un fin. Él era el empresario inescrutable que había descrito el *Celebrity Spy!*

El problema era que ella también sabía que era un amante consumado, lo que le había dado esa reputación tan escandalosa entre las mujeres, y una parte insumisa de ella anhelaba volver a… estar con él. Al fin y al cabo, su situación no podía empeorar gran

cosa. Estaba embarazada y desempleada y la habían obligado a casarse como parte de un acuerdo comercial. Era cómico, ella solo había querido comunicarle que iba a tener un hijo y aliviar su conciencia.

Lo observó mientras se daba la vuelta para marcharse y no pudo apartar la mirada de sus amplias espaldas cubiertas con una camisa azul claro que resaltaba hasta el último músculo que recordaba haber recorrido con los dedos.

Entonces, cuando la puerta se cerró detrás de él, se levantó de la cama. Aunque el estómago se quejaba por lo vacío que estaba, fue a ducharse. Estaba decidida a que más tarde, cuando salieran, se pareciera un poco más a esas mujeres glamurosas que salían en las fotografías que habían ilustrado ese artículo como demostración de su forma de vida. El único problema era que no sabía cómo conseguir ese *glamour*, por eso la habían mandado a una peluquería y le habían prestado un vestido aquella noche, cuando tuvo que sustituir a una compañera y asistir a una fiesta en Londres. Si bien le había divertido sentirse tan distinta, no había sido ella de verdad, había sido una Piper distinta la que había captado el interés de Dante Mancini, uno de los solteros más disolutos del mundo, pero había sido la Piper de verdad la que se había enamorado de él en aquel instante y en aquel lugar.

Dante estaba en la terraza y Roma recobraba su vida habitual. Le llegaban los ruidos de la ciudad mientras bebía café y esperaba a Piper. El contrato estaba en la mesa de dentro, que, siguiendo sus instrucciones, habían puesto para dos. Una vez firmado, no habría marcha atrás. Sería responsable de Piper, una mujer que lo intrigaba como no lo había intrigado ninguna, y de su hijo. Una responsabilidad que no sabía si podría llevar sobre sus espaldas cuando todavía le perseguían los demonios de la muerte de Alessio.

–Siento haberte hecho esperar.

La voz de Piper, tan sexy por su delicioso acento, lo sacó de sus sombríos pensamientos.

–Me he tomado la libertad de preparar un desayuno variado –comentó él.

–Umm… Tiene buena pinta.

Ella le sonrió y él se acordó inmediatamente de la primera vez que vio esa sonrisa dirigida a él. Había entrado en aquella fiesta, aunque no había querido ir, y la había visto. Aunque ella había estado trabajando, estaba muy glamurosa y sexy con un vestido de

seda negra que se le ceñía a sus curvas y que había hecho que quisiera acariciarla y abrazarla. La había deseado desde ese momento y había empleado todo su atractivo para lograrla. No había sabido que su dominio de sí mismo y su instinto de conservación lo abandonarían en cuanto se besaran.

–¿No es normal que las mujeres tengan náuseas por las mañanas cuando están embarazadas?

No había podido disimular cierto tono escéptico cuando lo que había estado pensando la noche anterior volvió a rondarle por la cabeza. No tenía ninguna prueba de que estuviera embarazada. Se había creído su palabra sobre eso y sobre su paternidad. Aceptaría el consejo que le había dado su equipo legal al redactar el contrato y haría que su médico confirmara el embarazo.

–Sí –ella volvió a sonreír sin darse cuenta de los recelos de él–. Afortunadamente, a mí no me ocurre y espero que siga así.

–*Bene*. Primero comeremos y luego nos ocuparemos del contrato.

Dante separó una silla y esperó a que ella se sentara, pero se dio cuenta de que había sido un error porque el olor de su pelo recién lavado se mezcló con su perfume y se adueñó de sus sentidos tan deprisa que quiso bajar la cabeza, besarle el pelo y luego tomarla en brazos y llevarla a su cama. La noche anterior había hecho un esfuerzo para alejarse de ella, pero ¿podría hacerlo otra vez?

Retrocedió para apartarse de la tentación. No podía pasar nada entre ellos. Eso no era un revolcón. Todo eso no tenía nada de fortuito y no quería complicarlo más y verse implicado, no podía verse implicado. La miró y se dio cuenta de que nunca había desayunado con una mujer con la que no hubiese dormido la noche anterior. En realidad, muy pocas veces había desayunado con una mujer, prefería marcharse y que el mensaje quedara claro. Entonces, ¿por qué le parecía tan tentador desayunar enfrente de una mujer que había estado tan cansada que había tenido que ayudarla a desvestirse antes de arroparla en la cama y, caballerosamente, dejarla sola?

–Siento lo que pasó anoche –ella volvió a sonrojarse con timidez–. Me refiero a quedarme dormida de aquella manera. Creerás que soy muy grosera.

–Creo que estabas cansada por haber viajado en tu estado.

Sirvió café e intentó por todos los medios no volver a atormentarse con la imagen de ella dormida en su cama con el pelo extendido alrededor. Le había parecido muy vulnerable y hermosa y solo había querido cuidarla. Sin embargo, ¿podía hacerlo? Si no había podido cuidar a su propio hermano, ¿cómo iba a cuidar a una

mujer que acababa de conocer?

–Bueno, he descansado y me siento mucho mejor, gracias.

–*Prego* –Dante dejó a un lado los pensamientos sombríos y tomó el contrato, que ella había mirado varias veces como si fuese un perro que podía morderle–. Se ha redactado según las condiciones que comentamos ayer y, una vez firmado, nos atará durante un mínimo de dos años.

–¿Y el bebé?

La pregunta le impresionó, pero se concentró para dar la sensación de que mantenía el dominio de sí mismo aunque no lo mantenía ni mucho menos.

–Formaré parte de la vida de mi hijo para siempre.

El mismo se quedó asombrado por la firmeza y pasión de su tono y por darse cuenta de que eso era lo que quería. Su hijo no sería un hijo ilegítimo con todo en su contra. Su hijo tendría todo lo que él pudiera darle para que triunfara en la vida.

–Sin embargo –siguió él–, podemos disolver el matrimonio dentro de dos años y vivir separados hasta entonces, siempre que se logren los objetivos del trato, claro.

–Que consisten en que cierres esa operación empresarial, ¿no?

El tono acusatorio dio en el blanco e hizo que su requisito pareciera insignificante en comparación con el de ella. Esa operación había sido su primera motivación, pero, a medida que había ido asimilando las consecuencias de aquellas horas abrasadoras que habían pasado juntos, también había sabido que haría cualquier cosa por su hijo. No lo abandonaría sin mirar atrás, no era como su padre.

–*Di preciso* –el inglés lo abandonó un instante cuando entendió lo que tenían de cierto sus pensamientos–. Efectivamente. Sin embargo, si no cierro esa operación empresarial, no podré darle gran cosa a mi hijo.

–Podrías darle amor.

Sus palabras lo alcanzaron en la herida que ella estaba abriendo, en la que creía curada desde hacía mucho tiempo. Amor era lo único que no podía dar. No quedaba nadie a quien se lo hubiese dado. Su padre, su hermano… Salvo lo que sentía hacia su madre, el amor era un sentimiento que no podía sentir porque, si lo sentía, lo arriesgaba todo. El amor no había impedido que su padre se marchara cuando Alessio y él eran pequeños. Tampoco había impedido que su hermano entrara en aquellas pandillas y no había servido de nada cuando, durante años, no había sabido siquiera dónde estaba Alessio. Desde luego, no había servido de nada

cuando se enteró de la verdad sobre la muerte de su hermano. El amor era un sentimiento inútil y desgastado.

–Mi hijo, mi heredero, tendrá todo lo que necesite, puedes estar segura de eso.

Ella lo miró con una sombra de duda en los ojos verdes, una duda que lo sacudía por dentro en ese momento. ¿Sabía ella lo que estaba pidiéndole con lo que le había dicho?

–Eso es lo único que quiero para mi hijo, Dante. El amor y la seguridad de conocer a su padre, de que pueda tener una buena relación con él, como la tuve yo con el mío.

Piper intentó dejar a un lado los pensamientos sobre su padre. Ese momento, ante el escepticismo de Dante, no era el mejor momento para que recordara lo mucho que lo echaba de menos. El dolor por su pérdida seguía siendo muy intenso después de todos esos meses. Por eso buscó consuelo entre los brazos de Dante aquella noche, por eso se había entregado a él… por eso y por la atracción incontenible que había brotado entre ellos.

–Este es el contrato.

Dante le pasó unos papeles por encima de la mesa, pero dejó la mano encima como si no estuviera seguro de que quisiera dárselos. Ella vio el resplandor de su anillo de sello y suspiró al no estar segura de si debía firmar algo. Sin embargo, tampoco podía quedarse en un punto muerto, sin saber lo que iba a pasar. Así, al menos, su hijo tendría alguna posibilidad de tener un padre más o menos cerca. Dante le entregó un bolígrafo y ella miró otra vez su anillo. Tenía grabada una «A». ¿Sería la inicial de otra amante?

–Una firma en cada copia –comentó él con firmeza sacándola de su ensimismamiento.

–Ya está –ella puso su nombre encima de la línea–. Ya es oficial.

–*Bene*. Ahora tenemos que comprar un anillo.

Eso la devolvió a la cruda realidad.

–¿Es necesario cuando solo es un compromiso de cara a la galería y un matrimonio sobre el papel?

–Sí, *cara*, lo es. Como lo son algunos otros cambios.

–¿Cambios? –preguntó ella dominada por el miedo.

Él se levantó y se dirigió hacia ella devorándola con la mirada y avivando la misma excitación que sintió aquella noche en Londres.

–Has cambiado, *cara*, desde que nos conocimos en Londres.

Ella frunció el ceño. ¿Acaso no era bastante para él? El rechazo hiriente que sentía en el colegio se adueñó otra vez de ella.

Entonces, su ceguera en un ojo había sido evidente y algunos compañeros de clase se divertían burlándose de ella. En ese momento, después de la operación que su padre se empeñó en que se hiciera, ya no era tan evidente. Aunque nunca podría ver con el ojo izquierdo, no se notaba casi.

–Soy esta, Dante, no soy la mujer que conociste en Londres.

–No estoy de acuerdo, pero, en este momento, tengo que comprarte un anillo que anuncie al mundo que serás mi esposa.

–¿Y que te haga parecer un hombre con valores familiares? –preguntó ella sin poder disimular el tono punzante.

–*Di preciso*. Ahora, si no te importa, vamos a comprarlo.

Media hora después, el coche de Dante estaba en el centro de Roma, en una zona repleta de turistas y lugareños por igual. Se agradecía el sol invernal y ella lo disfrutó después de haber pasado los primeros meses de invierno en Londres.

–Por aquí.

Él se inclinó para decírselo al oído y ella se estremeció al oír el susurro. Al menos, esa vez estaba a su derecha y ella había sabido que estaba allí, aunque, a juzgar por cómo había reaccionado a su cercanía, tampoco era algo bueno del todo.

–He concertado una cita con uno de los joyeros más afamados de Roma.

Para su sorpresa, Dante le tomó la mano y empezaron a caminar por las abarrotadas calles. ¿Cuándo había concertado esa cita? Se dio cuenta de que el padre de su hijo, el hombre con el que había aceptado casarse, se movía en un mundo completamente distinto al suyo, que podía hacer una llamada y exigir cualquier cosa.

Los nervios le atenazaron las entrañas cuando él se paró delante de la tienda, donde bastantes personas estaban mirando los escaparates, y se sonrojó cuando algunas los miraron al abrir la puerta. Un empleado los saludó al instante, pero hablaron demasiado deprisa para el poco italiano que sabía ella.

–Estamos muy honrados de atenderla, *signorina*.

El inglés del empleado era mucho mejor que el italiano de ella e hizo que se sintiera menos aprensiva. Al menos, sabría lo que estaban diciendo.

–Si no le importa venir por aquí, señor Mancini…

Dante dejó que ella siguiera al hombre mayor y entraron en una habitación pequeña pero elegantemente amueblada.

–He seguido sus instrucciones sobre los gustos de la *signorina* y

he seleccionado algunos anillos.

Piper intentó mantener la sonrisa, que todo eso pareciera real, no la pesadilla en que se había convertido de repente. Tenía que recordar que eso no era un compromiso en el verdadero sentido de la palabra. Incluso el contrato que había firmado esa mañana le recordaba que su matrimonio no sería de verdad. Ponerse un anillo era lo mismo que firmar el contrato que él le había entregado con tanta insistencia durante el desayuno.

–Piper…

Ella volvió a sobresaltarse al oír su voz cerca de su costado izquierdo.

–Perdona.

Ella intentó apaciguar los latidos del corazón, que se habían acelerado más por el hombre en sí que por el sobresalto. Se repuso y señaló la mesa con unos anillos sobre un terciopelo azul oscuro.

–Nunca había visto algo así.

–Solo es el principio –comentó él en voz baja.

Sus ojos oscuros dejaron escapar un destello de admiración y, por un instante, ella casi llegó a engañarse, casi llegó a creerse que la amaba y que quería que fuese suya. La cruda realidad era muy distinta. No había ningún motivo sentimental ni lo hacía por amor, desde luego.

–Es suficiente por el momento.

Ella se sonrojó por el encanto seductor de él y, cuando arqueó las cejas insinuantemente, sintió un nudo en el estómago y tuvo que contener la respiración.

–Deberíamos elegir ya el anillo, *cara*, antes de que me olvide por qué estamos aquí y te bese.

La miró con un brillo en los ojos que resaltaba ese color caramelo que le parecía tan atractivo. Podía oler su loción para después del afeitado y notó que los labios se le separaban por iniciativa propia, que le costaba respirar y que se le aceleraba el pulso. Lo miró cohibida mientras él se acercaba más. El pánico se apoderó de ella. Iba a besarla allí, en público.

El hombre mayor tosió con discreción y, afortunadamente, Dante desvió la atención de ella. Intentó reponerse, recuperar la respiración, se sentó enfrente de la mesa y se concentró en los anillos. Fue mirando las piedras preciosas una a una. No podía creerse que estuviese allí, con tantas joyas y tan valiosas al alcance de la mano.

Notó que Dante se ponía detrás de ella y que la sangre le bullía por su cercanía. Cuando le puso una mano en el hombro, creyó que

iba a desmayarse. ¿Por qué hacía todo eso? Solo la quería para salir airoso en una operación empresarial. Se apostaría cualquier cosa a que no quería ser padre. Su reacción a la noticia había sido fría y distante. El día anterior, mientras lo esperaba en su despacho y su secretaria le aseguraba que no solía retrasarse, lo último que se había esperado había sido que le pidiera que se casase con él.

–Elige el que quieras.

Le habló por el costado izquierdo, pero sabía que estaba allí por la calidez de su cuerpo en la espalda y la sensación abrasadora de su mano en el hombro.

–Todos son preciosos.

Piper giró la cabeza para mirarlo y se encontró su cara muy cerca de la de ella, tan cerca que podría besarla sin ningún esfuerzo. La miró a los ojos y ella no pudo desviar la mirada ni siquiera cuando bajó la cabeza y le rozó los labios con los de él. Cerró los ojos y sus labios se ablandaron bajo los de él antes de que se apartara un poco y le acariciara las mejillas con un cariño enternecedor.

–Tú los eclipsas a todos.

No podía dejarse engañar. La voz de la razón intentaba abrirse paso en su cabeza mientras ese beso, ese contacto breve y delicado de sus labios, desataba todo lo que había intentando negarse desde aquella noche en Londres. Se dio la vuelta en intentó concentrarse en los anillos aunque los veía borrosos por las lágrimas que tenía que contener. No era el momento para dejarse llevar por los sentimientos.

–Me gusta este –comentó ella mientras tomaba uno.

Dante se lo quitó, se colocó a su costado, le tomó la mano izquierda y se lo puso en el dedo. Resplandeció en el dedo anular. Ella estaba tan atónita que no pudo decir nada, y tampoco pudo mirar a Dante cuando estaba a punto de ponerse a llorar a mares.

–Creo que mi novia ha elegido ya.

Su voz tenía mucho acento y era tan grave y sexy como la de aquella noche en Londres. La había oído en la cabeza desde que le susurró aquellas palabras tan bonitas y habían hecho el amor aquella primera y única noche. No podía hacer nada y se quedó desorientada mientras el hombre mayor iba de un lado a otro para poner el anillo en un estuche precioso. Solo pudo observar mientras Dante sacaba su tarjeta de crédito y pagaba el anillo, lo que significaba que había pagado para… comprarla, para tener un argumento que le permitiera cerrar la operación que tenía que cerrar.

Sin embargo, para ella, el precio era mucho más elevado. Para ella, todo eso era por su hijo, el único motivo para que hubiese aceptado ese trato.

Capítulo 4

HABÍAN pasado tres días desde que Dante le compró el anillo, lo que había rubricado su trato de una forma mucho más concluyente que cualquier contrato que hubiese firmado. Había dormido todas las noches en su cama, sola, y no había vuelto a intentar acercarse a ella desde el beso en la joyería. Tampoco había hecho nada que pudiera dar entender que quería que su matrimonio fuese algo más que un mero documento. Había dejado muy claro que lo que brotó entre ellos en Londres, fuera lo que fuese, se había acabado para él.

El beso y los gestos mientras elegían el anillo iban dirigidos al joyero. Mientras esperaba a que Dante terminara una llamada todavía sentía el peso de la decepción por haberse dado cuenta de eso. Mientras lo escuchaba, se sentía tan desasosegada y desubicada como la primera mañana, hasta que se dio cuenta de que estaba hablando en inglés.

–Xander también te llamará –comentó él mientras la veía por primera vez y daba por terminada la llamada–. *Buongiorno, cara*.

El tono sensual de su voz no sirvió de gran cosa para mitigar su desilusión.

–*Buongiorno*.

Ella contestó en su idioma y la sensación le gustó casi tanto como la aprobación que captó en sus ojos oscuros y sexys. No podía seguir por ese camino, se advirtió con firmeza mientras también se recordaba que había ido hasta Roma para buscar a un hombre que no había sabido cómo se llamaba hasta que leyó aquel artículo.

–Espero que hayas dormido bien.

Él, como siempre, era el encanto y la cortesía personificados.

–Sí, gracias.

Sentía tanto remordimiento por impedirle dormir en su cama que no podía mirarlo casi mientras estaban sentados a la mesa.

–*Bene*.

Él le sirvió café, pero su aroma hizo que sintiera náuseas por primera vez desde que estaba embarazada y se sirvió un vaso de agua. Lo miró y él volvió a hablar.

–Te espera un día ajetreado.

Ella intentó adivinar qué era lo que iba a tener que hacer. Llevaba tres días encerrada en su piso, más como una prisionera

que como una invitada. Había llamado a su madre, quien había querido que volviera inmediatamente a casa, como sus amigas Katie y Jo de Australia, a las que había escrito un correo electrónico.

Sin embargo, ¿dónde estaba su casa? ¿En Londres con su madre, en Sídney con su pasado feliz o en Roma con el padre de su hijo? La confusión se sumó a la náusea.

–¿De verdad? –preguntó ella.

–Sí. He organizado que alguien te ayude a elegir un guardarropa nuevo.

Ella lo observó mientras bebía café indiferente a todo lo que no fuese lo que él quería. Desde luego, no se había dado cuenta de que ella no podía probar la comida esa mañana.

–No necesito ropa nueva.

Intentó concentrarse para no mostrar debilidad a ese hombre. Había aprendido hacía mucho tiempo que no se podía mostrar debilidad.

–Ahora eres mi prometida, Piper, y si bien cuando nos conocimos en Londres parecías la mujer que captaría mi interés, ahora no convencerías a mucha gente. Se necesitan algunos cambios para que encajes en mi mundo.

–Vaya, siento defraudarte –ella no pudo disimular que se sentía dolida–. No he traído mi ropa de fiesta, no era lo que tenía pensado cuando vine a Roma.

–Claro, ya me lo imagino, por eso he organizado que te ayuden un poco –replicó él con una firmeza que no admitía discusión.

–Ah…

El trozo de cruasán que había tomado con la intención de asentar un poco el estómago le supo a arena. Entonces, ¿no era suficiente para él? Quiso desquitarse.

–No sé para qué cuando dentro de unos meses no entraré en la ropa.

Él la miró fijamente con esos ojos tan penetrantes.

–Para que nuestro compromiso parezca de verdad, y creo que ahora no lo parecería. He organizado que Elizabeth Young, una… intermediaria profesional de Estados Unidos venga a Roma y te asesore. A todas las mujeres les encanta ir de compras y a ti también te gustará con mi nombre y mi dinero a tu disposición.

¿Iban a moldearla para que fuera el tipo de mujer que encajaba como prometida del infame Dante Mancini? ¿No sería para bien independientemente de que se sintiera utilizada? Si representaba el papel tan convincentemente que sus conocidos creían que Dante y ella estaban enamorados, que era la mujer que había conseguido

que quisiera sentar la cabeza y ser padre, habría cumplido su parte del trato. Él no tendría más remedio que cumplir la suya y no abandonar a su hijo aunque el matrimonio hubiese terminado hacía mucho tiempo. Como se estipulaba en el contrato que habían firmado, él pagaría su precio entonces.

–Muy bien.

Piper lo dijo en un tono envarado y vio que él sonreía mientras ella intentaba recordarse por qué había aceptado participar en esa farsa. Dante no podría ser la figura paternal que había sido el padre de ella, pero ¿podía confiar en que se interesara lo más mínimo por su hijo? Si no podía, no tenía ningún sentido estar allí.

–¿Cuándo pondremos a prueba a esta glamurosa prometida?

–Esta noche –los ojos de él dejaron escapar un destello peligroso–. Asistiremos a una fiesta. Además, Bettino D'Antonio nos ha invitado este fin de semana a la Toscana y será la prueba de fuego de nuestro compromiso. Es el hombre con el que quiero cerrar esa operación empresarial y este fin de semana podré convencerlo de que me he reformado y de que tengo valores familiares. Tiene que saber que estás esperando un hijo mío y que estamos enamorados y prometidos.

Ella arqueó una ceja con arrogancia y con la sensación de que estaban manipulándola.

–Entonces, mis obligaciones están muy claras. Tengo que representar el papel de una de las muchas mujeres con las que te han fotografiado este año, por ejemplo, y, a la vez, convencer a todo el mundo de que lo que hay entre nosotros es suficiente como para que pierdas tu reputación de playboy y sientes cabeza.

La rabia que se reflejó en sus ojos le indicó que había dado en el clavo y de que tenía las riendas, al menos, de la salida de esa noche.

–Elizabeth Young es la intermediaria que utilizó Benjamin Carter. Está en Roma y se verá contigo esta mañana.

–¿Benjamin Carter? ¿No era otro de los solteros delatados?

–Sí… Salió en el artículo con Zayn Al-Ghamdi y Xander Trakas.

–¿Esos hombres también vas a casarse para salvar sus reputaciones?

Piper receló. No todos podían querer cerrar una operación empresarial, entonces ¿de qué se trataba todo eso? Si no recordaba mal, uno de ellos era el gobernante de un país del desierto. Desesperada consigo misma por no haber prestado más atención al artículo solo porque se había dado de bruces con la identidad del padre del hijo que estaba esperando, se rebeló contra Dante.

–¿Qué pasará si no quiero que me conviertas en una de tus

mujeres? ¿Qué pasará si no quiero que me cambies?

–Es innegociable, Piper. Elizabeth tiene la lista de lo que quiero exactamente.

–¿Lo que quieres? ¿Qué pasa con lo que yo quiero?

Ya había perdido el pequeño triunfo de conservar el dominio de sí misma. ¿Cómo había podido llegar a creer que una mujer como ella iba a controlar a un hombre como Dante Mancini? Era despiadado. Que estuviese dispuesto a casarse para hacer un negocio, solo eso, debería haber hecho que le saltaran todas las alarmas. Si Dante era tan despiadado, ¿en qué la convertía a ella esa situación tan disparatada? Supo la respuesta al instante. En una madre que intentaba hacer lo que tenía que hacer por su hijo.

–Renunciaste a ese privilegio cuando firmaste el contrato, *cara*. En este momento, todo está dirigido a que salve mi reputación y cierre una operación que llevo siete años persiguiendo.

–Esto no es lo que yo buscaba ni mucho menos. A estas alturas, ya debería estar en Londres después de haberte comunicado que vas a ser padre, algo que creí que tenía que hacer cara a cara. No me imaginé ni por un instante que ibas a proponerme un plan tan disparatado ni a exhibirme como una alhaja para cerrar una operación con alguien que no quiere tener nada que ver con alguien precisamente como tú.

–La próxima vez que leas un artículo sobre mí en una revista de cotilleos, es posible que lo creas cuando me describa como un empresario sin escrúpulos que no se para ante nada.

Dante se acercó más con una mirada implacable y ella supo que, si fuese sensata, haría caso de la advertencia que captaba en ella.

–No se trata ni de ti ni de tu operación empresarial –Piper notó que tenía la sensibilidad a flor de piel. Seguramente era parte del embarazo–. Se trata de nuestro bebé, de tu hijo.

–Un hijo que no quise engendrar –replicó él en tono acusador–. Sin embargo, en este momento, tienes que verte con Elizabeth. Esta conversación tendrá que esperar.

Sacó el teléfono del bolsillo y empezó a dar instrucciones en italiano mientras guardaba unos papeles en el maletín. Cortó la llamada, se dio media vuelta y se puso las gafas de sol que, como empezaba a comprender ella, eran algo más que una protección contra el sol, que ocultaban sus ojos fríos y sin sentimientos.

–Mi coche está esperándonos.

El silencio en el coche fue tan intenso que parecía que podía explotar. La breve conversación que, involuntariamente, habían tenido esa mañana había sacado a relucir todo lo que tenía de

equivocado el trato que había hecho con ese hombre. Era posible que hubiesen pasado una noche maravillosa en la cama y era posible que ella le hubiese entregado su virginidad como un acto de rebeldía contra lo que le había deparado la vida, pero también se había enamorado un poco demasiado de él… y tenía que superarlo lo antes posible. Sentir algo hacia un hombre como Dante iba contra todos sus sueños y esperanzas. Ese final feliz para toda la vida que le había prometido su padre estaba esperándola por ahí…

Dante era increíblemente atractivo hasta en ese momento y su presencia pensativa dominaba el coche. Ella, además, no podía resistir la tentación de mirar su impresionante perfil. ¿Cómo era posible que ella, una chica normal y corriente que había llevado una vida feliz y protegida en Sídney hasta la muerte de su padre, hubiese caído bajo el hechizo de ese soltero multimillonario y recalcitrante que solo buscaba el placer?

Dante todavía notaba la mirada de Piper cuando el coche paró delante de una boutique que, como él sabía por experiencia propia, visitaban mujeres de todo el mundo. La había propuesto Elizabeth cuando se puso en contacto con él por correo electrónico después de que Benjamin Carter hubiese puesto todo en marcha.

Él no había podido disimular su placer por al asombro de Benjamin cuando lo llamó para hablarle de Piper y de lo oportuno que había sido que ella estuviese esperándolo en su despacho precisamente el día que había aceptado que necesitaba una esposa, lo que le había ahorrado el inconveniente de tener que elegir a una mujer. Sin embargo, Piper no solo tenía información que podía destrozarlo profesionalmente, también estaba esperando un hijo suyo. Aunque no le había contado a Benjamin que haría cualquier cosa para proteger a ese hijo, incluso renunciar a su vida de soltero.

Se bajó del coche y lo rodeó para abrirle la puerta a Piper. Sabía que podía haber fotógrafos en sitios como ese, pero esperó que no los hubiese hasta que su prometida hubiese recuperado la identidad que había adoptado tan bien en Londres. Una vez que fuese aquella pelirroja impresionante otra vez, y que llevara su anillo, pensaba darle todas las oportunidades a la prensa para que los fotografiara y divulgara la buena nueva.

Tomó su mano y notó que titubeaba mientras entraban en la tienda, que, siguiendo sus instrucciones, estaría cerrada a los demás clientes mientras ellos estuvieran allí.

–*Buongiorno*, *signor*… *signorina* –si su presencia en la tienda

había sorprendido a la encargada, lo había disimulado muy bien–. La señorita Young está en mi despacho. Por aquí, por favor.

Que la encargada hablase en inglés demostraba que habían cumplido hasta su más mínima exigencia. Miró a Piper y a ese maravilloso pelo rojo que habían recogido con mucho arte en Londres y que, en ese momento, le caía suelto sobre los hombros. Sintió un momento de duda por querer cambiarla. No se parecía nada a las mujeres que solía elegir, pero era una diferencia cautivadora. ¿Acaso no se había aburrido de las mujeres de su círculo?

Dejó a un lado esa idea. A todas las mujeres les gustaba que las vistieran bien, asesoradas por expertos, y que luego las llevaran a un salón de belleza para que las mimaran. Tenía que representar un papel en ese trato y estaba dispuesto a que lo representara a la perfección.

–Te dejaré en las expertas manos de Elizabeth.

Vio que ella tragaba saliva, lo que le indicó lo nerviosa que estaba aunque intentara disimularlo. Le pareció vulnerable y sintió una punzada de remordimiento, hasta que se acordó del papel de mujer segura de sí misma que había representado en Londres.

–¿Cuáles son tus instrucciones para que transformen a tu prometida?

El tono de furia de su voz solo consiguió que él sonriera y, a juzgar por el brillo desafiante de sus ojos, no le había gustado esa reacción.

–Elizabeth tiene instrucciones concretas y se ocupará de que sepas todo lo que tienes que saber. Te he visto natural y elegante, Piper, y estoy seguro de que no te costará nada volver a representar ese papel.

Él llamó a la puerta del despacho y la abrió antes de que ella pudiera decir algo. La mujer que los recibió y saludó llevaba una chaqueta de cuero marrón sobre una blusa blanca y una falda corta, pero, aun así, transmitía elegancia sin estridencias. Él le daba mucha importancia a las primeras impresiones y se alegró de que Benjamin le hubiese propuesto que utilizara los servicios de Soluciones Leviatán, le empresa de Elizabeth Young.

–Señor Mancini… señorita Riley, buenos días.

La mujer se levantó de la mesa para saludarlos con una sonrisa cálida y amable.

–*Buongiorno*.

–Tengo todas sus instrucciones, señor Mancini y Piper… ¿puedo llamarte Piper?

Le hizo la pregunta directamente a Piper, que a Dante le pareció que estaba mucho más relajada. ¿Se había resignado a su situación? También era posible que su empeño en que no hacía falta hubiese sido una treta.

–Sí, claro –contestó Piper mientras lo miraba con una sonrisa.

Él se quedó atónito al darse cuenta de que era una sonrisa sincera, que le había iluminado los ojos y que lo había devuelto a la primera vez que la vio en aquella fiesta en uno de los mejores hoteles de Londres. Supo en aquel instante que la deseaba, y se puso manos a la obra aprovechándose del champán y del anonimato para lograrlo sin importarle las convenciones sociales, como de costumbre.

–*Bene*. Entonces, hasta esta tarde. Tendrás mi coche a tu disposición todo el día y te dejará en mi casa esta tarde.

No le apetecía pasarse el día juzgando vestidos, bolsos y zapatos. Tenía que hacer cosas mucho más importantes, como encontrar la manera de convencer a Bettino D'Antonio de que cerrar la operación con su empresa sería beneficioso para los dos.

Piper se relajó cuando Dante salió del despacho, cerró la puerta y lo oyó despedirse en la tienda. Al menos, nadie presenciaría su transformación en su prometida, aparte de Elizabeth Young, una mujer con una mirada cálida y una sonrisa amable que le había gustado al instante a pesar del papel que tenía en todo eso.

–Deberíamos empezar –comentó Elizabeth mientras tomaba un bloc de notas y un bolígrafo y salía del despacho.

Piper, que deseaba adquirir esa elegancia natural, la siguió a través de la tienda y entró en un probador enorme con muchos espejos.

–La lista de Dante es larga. Ya he elegido algunos vestidos para la fiesta de esta noche, pero supe que uno era perfecto nada más verte.

El entusiasmo de Elizabeth era contagioso y se sintió emocionada mientras aparecía una dependienta. Estaba como en una nube. Elizabeth señaló a una empleada con un traje largo de color bronce adornado con lentejuelas. No había visto jamás un vestido así, y mucho menos se lo había puesto. ¿Cómo era posible que Elizabeth creyera que era perfecto para ella?

–El color bronce entonará maravillosamente con tu pelo y el vestido resaltará tu impresionante figura.

Las palabras de Elizabeth tenían una pasión que transmitió a

Piper. Eso no tenía nada de real, pero estaba sucediendo y tenía que representar el papel de prometida. ¿Qué tenía de malo dejarse llevar por la diversión y el *glamour*?

–Es precioso.

Piper acarició la tela y se preguntó qué se sentiría al llevarlo puesto. ¿Debería decirle a Elizabeth que esa figura tan impresionante iba a durar muy poco?

–Es precioso –repitió Piper–, pero no sé si me quedará bien.

–Pruébatelo –la animó Elizabeth mientras la llevaba detrás de una cortina.

Un rato después, Piper se miró en el espejo dorado y no estuvo segura de que la mujer que la miraba fuese de verdad. ¿Cómo era posible que pareciese tan distinta, y se sintiese así, solo por un vestido?

–Es perfecto.

El tono convencido de Elizabeth cortó de raíz cualquier objeción y Piper tuvo que reconocer que le quedaba muy bien, como si lo hubiesen hecho para ella.

–Entonces, me dejaré guiar por ti.

No tenía ni idea de lo que exigía la fiesta de esa noche, pero la seguridad en sí misma de Elizabeth la tranquilizaba.

–Ojalá fuese tan fácil complacer a todos mis clientes –Elizabeth sonrió mientras hacía un gesto a una empleada para que envolviera el vestido color bronce–. Ahora tengo un vestido negro del mismo diseñador que es perfecto para una noche en el teatro.

Piper se miró por segunda vez en el espejo y vio su cuerpo enfundado por la seda negra más impresionante. ¿Estaba sucediendo eso de verdad? El entusiasmo se esfumó en cuanto la realidad se abrió paso. Estaba pagando un precio muy alto por hacer de Cenicienta. Era posible que fuese al baile, a fiestas o al teatro, pero no iba a encontrar al príncipe azul. A juzgar por lo que había visto de Dante Mancini, el hombre con el que estaba prometida no tenía nada de príncipe azul. Había vivido dos meses con la esperanza de que, después de la maravillosa noche que habían pasado juntos, fuese su caballero andante con una armadura resplandeciente. En ese momento, tenía que reconocer que era imposible, que eso no era un cuento de hadas. Dante Mancini era implacable en los negocios y, al parecer, en el amor. ¿Acaso sabía lo que era el amor?

–No hay tiempo para que sueñes despierta –Elizabeth le sonrió en el espejo y ella no pudo evitar sonreírle también–. Tenemos que elegir muchos más.

–¿De verdad?
–Claro. Vas a pasar un fin de semana en la Toscana y tienes que asistir a muchos actos la semana que viene. Además, tienes que elegir ropa para cuando se note tu embarazo, ropa que resalte la buena nueva, como pidió el señor Mancini.
¿Sabía que estaba embarazada? Dante no le había ahorrado bochornos. Le dolía oír decir, clara y pragmáticamente, que quería que la gente supiera ese detalle tan concreto.
–No sabía que… supieras… –Piper empezó a titubear, como le pasaba siempre que estaba nerviosa–. Todavía es una novedad para nosotros…
Elizabeth la miró con una sonrisa que sofocó todo el nerviosismo que estaba brotando dentro de ella.
–Sé todo lo relativo al trato entre el señor Mancini y tú, sé que tiene que aparentar que sienta la cabeza para reparar el daño que los cotilleos malintencionados han hecho a la organización benéfica que respaldan.
–¿La organización benéfica que respaldan?
Piper estaba desconcertada. ¿No lo hacía por la operación empresarial de Dante? Recordó la conversación en su despacho, cuando él habló de la operación que estaba a punto de perder. No había dicho nada sobre una organización benéfica.
–Claro, la organización benéfica. El artículo de *Celebrity Spy!* estuvo a punto de destrozar el magnífico trabajo que habían hecho ellos cuatro.
–¿Ellos cuatro?
–Sí. Dante, Zayn, Benjamin y Xander. Es como si *Celebrity Spy!* se hubiese propuesto acabar con ellos y con la Fundación Esperanza.
Piper no podía pensar con claridad mientras asimilaba esa información. ¿Por qué quería Dante que ella creyera que hacía todo eso por su operación empresarial? ¿Por qué no le había contado nada sobre la organización benéfica, el motivo verdadero, y había dejado que ella creyera que era completamente interesado?
–¿Y los cuatro van a casarse para dar la impresión de que han sentado la cabeza y han abandonado la vida de solteros?
–Sí, Benjamin, Dante y Zayn van a hacerlo.
Elizabeth no pudo mirarla a los ojos mientras estiraba una chaqueta rosa claro por encima de un vestido cruzado de color rosa palo. Se preguntó dónde iba a llevar semejante ropa.
–Será perfecto para ir a la Toscana y conocer a los clientes de Dante. Mira.
La voz de Elizabeth tuvo cierto entusiasmo forzado y no pudo

mirar a Piper a los ojos cuando se dio la vuelta. Piper fue hasta el espejo en el que se había mirado un montón de veces esa mañana. El vestido parecía caro, como todos los que se había probado, pero lo que la había alterado había sido el giro que había dado la conversación.

–¿Estás segura? Pareces preocupada.

La escasa seguridad en sí misma que tenía Piper se tambaleó por el repentino cambio en la actitud de Elizabeth. Parecía desasosegada por la conversación.

–Claro, es exactamente lo que pidió Dante.

–Dante comentó que eres una intermediaria para organizar matrimonios. ¿Estás buscando novia o inventándote prometidas para Benjamin, Zayn y Xander?

Piper miró a Elizabeth en el espejo y, por un instante, le pareció ver una sombra de pánico en su rostro, pero siguió hablando para intentar averiguar lo que estaba pasando antes de que Elizabeth cambiara de conversación.

–Todos ellos, además de Dante, salían en ese artículo que los calificaba como los solteros más disolutos del mundo. ¿Todos son clientes tuyos?

–Este bolso es el complemento perfecto –Elizabeth le dio un bolso pequeño del mismo color que le vestido y la miró con una ligera arruga de preocupación en la frente–. Sí, Benjamin y Zayn son clientes míos.

–¿Y Xander va a seguir su camino? –insistió Piper.

Sabía que, seguramente, Elizabeth no debería divulgar esa información, pero ella era parte de esa farsa y tenía el derecho a saber lo que estaba pasando. Ella lo hacía por su hijo, pero, al parecer, Dante lo hacía por muchos motivos, menos el de su obligación como padre.

–Eso creo.

–Saber que también es por una organización benéfica mejora las cosas –Piper se acordó de que esa mañana había interrumpido una conversación telefónica que, inusitadamente, Dante estaba teniendo en inglés–. Creo que Dante te dijo que Xander también te llamaría.

–Entonces, esperaré su llamada –Elizabeth tachó el último objeto de la lista–. Ya hemos terminado aquí, pero ahora te espera la peluquería, el maquillaje, la manicura y la pedicura.

–¿Todo esto para salir una noche?

–Ya estás en un mundo distinto, Piper, un mundo con el que sueñan muchas mujeres.

–Yo no soy una de esas mujeres –replicó Piper con la sensación

de que estaba perdiendo el control de todo, incluso de su destino.

Capítulo 5

PIPER le dio vueltas a las palabras de Elizabeth mientras estaba en el salón de belleza. Le habían limado las uñas y le habían rizado el pelo hasta que no se reconoció. En ese momento, cuando tenía una mano en el picaporte del dormitorio para ir a encontrarse con Dante llevando un vestido que mostraba y escondía su cuerpo a la vez, recordó esas palabras una y otra vez.

Estaba en un mundo distinto, un mundo en el que el dinero lo compraba todo, entre otras cosas, una esposa. No le consolaba no ser la única que Elizabeth había pulido para los cuatro hombres del artículo. Sabía muy bien que era parte de un ejercicio para evitar unos daños y que llegaba más lejos de lo que podía haber llegado a imaginarse. Peor aún, él la había elegido solo porque esperaba un hijo suyo y había llegado a Roma justo cuando necesitaba una esposa.

Tomó aliento, se miró el vestido con lentejuelas doradas y de color bronce y se preguntó si alguna vez estaría a la altura del criterio que, evidentemente, Dante deseaba.

Deseaba.

Esa palabra le retumbó en la cabeza. La última que se olvidó de la cautela y llevó un vestido que no era suyo, acabó con Dante en la habitación de un hotel e hicieron el amor apasionadamente, como dos amantes que se reunían después de mucho tiempo separados. Aquella noche, cualquier timidez por estar con él, por entregarse a él, se había derretido con cada beso que la había arrastrado al punto irreversible.

Sin embargo, ¿la desearía en ese momento?

Sacudió la cabeza. No podía dejar que esas ideas se le metieran en la cabeza. Era un trato, no una aventura amorosa y, además, no iba a cometer el mismo error otra vez.

Abrió la puerta con decisión y lo que vio estuvo a punto conseguir que se olvidara de la promesa que se había hecho de no hacer caso al hombre que hacía que temblara con solo mirarla. No quería encontrarlo atractivo, pero al verlo en la puerta de la terraza con un esmoquin impecable, revivió aquella noche en Londres. Había destacado por encima de todos los demás hombres, y no solo porque parecía cautivado por ella.

En ese momento, su aspecto era más devastador y peligroso todavía que el de entonces. Era un peligro para su necio corazón, que se le había acelerado. Sus ojos se oscurecieron a medida que se acercaba a ella y la miró de arriba abajo. La carne se le puso de gallina como si la hubiese tocado de verdad y se detestó a sí misma por desear que la tocara.

–*Mia cara*, eres hermosa.

Él lo dijo con la voz ronca por el deseo y ella supo que le había compensado cada minuto que había pasado con Elizabeth y en el salón de belleza. La deseaba, aunque solo fuese esa noche. Era como si los relojes hubiesen retrocedido en el tiempo. Se sentía tímida y arrastrada por la atracción, como le pasó aquella noche en Londres, y, como entonces, quería que la tomara entre los brazos y la besara.

–Espero que estés contento con todo lo que ha hecho Elizabeth.

Ella no pensaba decirle cuánto le gustaba que le dijeran que era hermosa ni cuánto recordaba cosas que no volverían a suceder, lo deseada y hermosa que había hecho que se sintiera mientras hacían el amor. Ya sabía que ese momento de pasión no se repetiría jamás si quería conservar su frialdad sentimental y su cordura.

–Sí, estoy muy contento y voy a mostrar a toda Roma a la hermosa mujer que va a ser mi esposa.

Él lo dijo en un tono delicado y seductor que le produjo un escalofrío por toda la espalda. Le tomó la mano con suavidad, se la llevó a los labios y la besó sin dejar de mirarla a los ojos. Ella quiso cerrar los ojos por el placer, pero eso habría demostrado que la afectaba, le habría indicado el poder que tenía sobre ella. Su única arma ante su atractivo cautivador y su experiencia como seductor era la indiferencia. Tenía que tener muy presente que todo eso era una farsa aunque no estuviesen en público, que era parte del plan de él.

–Creo que deberíamos limitar el papel de amantes a esta noche, cuando estemos entre los invitados.

Ella hizo un esfuerzo para creerse lo que había dicho, pero él se quedó con la cabeza ligeramente inclinada sobre su mano y arqueó las cejas por las palabras cortantes de ella.

–Uno debería poder decirle a una mujer que es hermosa estén donde estén.

Dante lo dijo con un brillo burlón en los ojos y una sonrisa maliciosa. Estaba jugando con ella, divirtiéndose, pero eso le recordaba cómo era de verdad. Era posible que engañara a todo el mundo y les hiciera creer que iba a sentar la cabeza con una vida de casado y la paternidad, pero ella sabía la verdad y tenía que

recordarla.

–¿Nos vamos?

Piper retiró la mano lentamente y se apartó. Necesitaba espacio para pensar, para ordenar las ideas. No podía volver a dejarse llevar por su atractivo. La última vez que la noche había empezado con un beso en la mano y una sonrisa seductora había acabado…

Dante sonrió. Le gustaba saber que la indiferencia que le había mostrado desde que llegó a Roma había sido fingida, que bajo esa compostura gélida seguía la mujer sexy y ardiente que lo había vuelto loco de deseo, la que no había podido quitarse de la cabeza desde entonces y lo había dejado con la sensación de que era algo inacabado.

Había intentado convencerse de que había sido porque se había marchado antes de que amaneciera y sin despedirse, pero se temía que era por algo más. Por primera vez, después de muchos años de aventuras de una noche y relaciones esporádicas, seguía deseando a una mujer. Para ser más exactos, deseaba a esa mujer, le abrasaba por dentro la necesidad de acariciarla, besarla y poseerla otra vez. Esa necesidad perentoria había aumentado por lo que había hecho Elizabeth. Las lentejuelas doradas y color bronce cubrían la tela casi transparente, pero el vestido se le ceñía como si fuese un líquido que se había vertido por encima de ella. Además, resaltaba la plenitud de sus pechos, que no podían llevar sujetador gracias al escote de la espalda, y la delicadeza de su cintura y sus caderas. Ese vestido tan sexy se ceñía a las caderas y luego se abría un poco, pero no se fijó en más detalles. Solo podía pensar en sus piernas alrededor de él mientras acometía dentro de ella y la reclamaba como propia, como lo sería dentro de poco.

–Pienso llevarte otra vez al dormitorio y quitarte ese vestido.

Dante intentó dominar la voz que le salía ronca por el deseo que lo abrasaba solo de pensar en hacer eso. ¿Cómo había podido llegar a creer que no pasaría nada con esa mujer cuando no había podido quitársela de la cabeza desde que se despertó y vio que se había marchado?

–¿No te parece… apropiado?

Piper lo preguntó con la voz temblorosa por el nerviosismo mientras se apartaba esos rizos tan sexys de la cara. *Maledizione*, ¿no sabía lo que estaba haciéndole? Era increíblemente guapa y la madre de su hijo. En ese momento, también era su prometida. Hacía menos de una semana, había sido un hombre soltero y

alérgico al matrimonio y al compromiso. En ese momento, tenía la responsabilidad de su hijo. Eso le sofocó un momento el deseo que lo dominaba y desenterró el pasado para que lo revisara otra vez. Dejó a un lado esos pensamientos tan inoportunos y volvió a mirar a la hermosa mujer que iba a ser su esposa.

–Tiene todo lo que había esperado, *cara*, y estoy seguro de que no seré el único hombre que querrá hacerlo esta noche.

La voz volvió a salirle ronca por el deseo que no había conseguido sofocar. Piper frunció el ceño por la perplejidad y él cruzó la habitación hasta ella, sin poder contener la necesidad de tocarla, de sentir la suavidad de su piel bajo los dedos, bajo los labios. *Dio mio*, la deseaba como no había deseado a ninguna mujer, incluso más que la primera noche en Londres.

Captó el instante en que ella se dio cuenta de sus intenciones, vio que retrocedía, vio que se sonrojaba y eso hizo que la deseara más todavía. Nunca había sentido esa avidez por una mujer y nunca había tenido que dominar sus anhelos. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería y, en ese momento, quería con todas sus ganas a esa australiana pelirroja.

–No.

Esa palabra, corta y tajante, se abrió paso entre el ambiente cargado de tensión sexual. Ella estaba muy recta, con la barbilla levantada y con un brillo de furia en esos preciosos ojos verdes.

–Hicimos un trato, Dante, y no incluye nada de eso. No somos una pareja de verdad.

–Sí, *cara*, tienes razón. *Mi dispiace*.

Se le mezclaban los idiomas mientras intentaba dominar la reacción a verla así, algo que demostraba que, efectivamente, era un asunto inacabado. ¿El trato que había firmado con ella bastaría para mantenerlo alejado? Debería. Como debería mantenerlo alejado que nunca hubiese querido volver a ocuparse de nadie, volver a ser el responsable de la felicidad de alguien. Ya no iba a perder una parte de sí mismo cuando se marchara una persona y Piper le había dejado muy claro que pensaba marcharse en cuanto se cumpliera el plazo mínimo de su matrimonio, y se llevaría a su hijo. No, no podía permitir que los sentimientos enturbiaran ese trato.

–Espero que nos entendamos el uno al otro.

Su respiración acelerada y entrecortada le indicó que estaba afectada por lo que había estado a punto de pasar, aunque sus palabras fuesen frías y certeras. Quizá no quisiese ser su esposa, pero lo deseaba tanto como él a ella.

–Con toda claridad, *cara*. Ahora, deberíamos irnos. He previsto nuestra llegada para causar la mayor impresión posible y que los medios de comunicación empiecen a hablar de nuestro compromiso.

Ella se miró el anillo y los rizos le cayeron sobre el hombro de tal manera que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para conservar el dominio de sí mismo que tanto la había costado recuperar. Sabía lo que estaba pensando ella mientras miraba el símbolo de su trato. El anillo de platino con un diamante enorme no pasaría inadvertido y no quedaría ninguna duda de que estaban comprometidos.

–Sí, tienes razón –reconoció ella con una firmeza nueva en la voz–. Cuanto antes consigas lo que te has propuesto, antes podremos volver a algo parecido a lo normal. Yo podré volver a Londres y tú podrás seguir como si todo esto no hubiese pasado.

–Eso va a ser imposible durante una temporada. Va a ser complicado demostrarle a Bettino D'Antonio que me he reformado si no te tengo al lado, pero ya tendremos tiempo más tarde para hablar de eso, el coche está esperándonos.

La idea de que ella volviera tan pronto a Londres lo alteraba, pero no estaba preparado para investigar el motivo. Casi acto seguido, se encontró encerrado en el ascensor y el perfume de ella le recordó a aquella mañana en su despacho. Entonces había creído que la imaginación estaba jugándole una mala pasada porque el olor en el ascensor la había evocado muy fácilmente. El olor evocaba a aquella noche en Londres, a la pasión que habían compartido, y en ese momento, mientras se montaban en el coche, le recordaba más de lo que podía soportar.

La observó mientras se sentaba. Ella miraba fijamente al frente mientras el coche se abría paso entre el tráfico de Roma y él se preguntó si también sentiría el magnetismo que los unía y que cada día era más fuerte.

–¡Dios mío! –Piper se quedó boquiabierta y lo miró con los ojos verdes muy abiertos–. Hay demasiadas cámaras, creo que no puedo hacerlo.

Él le tomó una mano y miró ese verde intenso que le recordaba a los bosques italianos en verano.

–Sí puedes, yo estoy contigo.

Ella lo miró a los ojos y la conexión entre ellos hizo que saltaran chispas. Tenía que besarla, tenía que sentir sus labios bajo los de él y tenía que sentir sus pechos al abrazarla. Tenía que rodearla con los brazos y sentir que su cuerpo se derretía entre sus brazos. Ya no podía resistirse más a ella. Se inclinó y ella no se apartó, sus ojos se

oscurecieron hasta parecer el más profundo de los océanos. También lo deseaba. Lo deseaba a pesar de esa indiferencia gélida tras la que se escondía. Sintió una punzada de deseo cuando ella se pasó la punta de la lengua por los labios, un gesto que hizo que apartara la mirada de esos ojos cargados de deseo. Lo deseaba.

–No puedo hacerlo… –susurró Piper cuando Dante se inclinó más.

Iba a besarla. Reconoció la sombra que le había velado los ojos, que le había borrado el color caramelo, y no podía resistirse. No podía moverse ni podía hacer nada menos esperar a sentir sus labios, y se odiaba a sí misma por desear ese beso, por necesitarlo.

Él susurró algo que le pareció tan seductor que solo podía ser en italiano y ella cerró los ojos mientras sus labios se rozaban y le producían una oleada de cosquilleos por todo el cuerpo. Suspiró cuando el deseo se reavivó por dentro de ella como aquella noche en Londres, como si nada hubiese cambiado. Volvió a suspirar y correspondió, y la respiración se le aceleró cuando el beso se hizo más profundo. ¿Podía saberse qué estaba haciendo?

–No.

Lo empujó y se apartó con la respiración entrecortada. Estaba muy excitada, pero no podía permitir que volviera a suceder, no podía ceder.

–No puedo –añadió ella.

Él le sonrió seguro de sí mismo, completamente convencido de que volvería a caer en su cama solo por un beso.

–Acabas de hacerlo, *cara*.

–No me refiero a eso.

Ella replicó con indignación, como si lo más normal del mundo fuese que la besaran hasta casi volverla loca.

–Me refiero a todos esos fotógrafos –añadió ella–. No puedo ser quien quieres que sea.

–Puedes y lo harás. Tenemos un trato, ¿no?

Él entrecerró los ojos y ella miró por la ventanilla. No le gustaba la idea de pasearse por delante de esa manada de lobos con ese vestido tan ceñido y cuando tenía el cuerpo ardiendo por el beso.

–¿Qué pasará si lo hago mal?

Ella lo miró y vio que arqueaba las cejas. Entonces, él sonrió y su atención se desvió hacia esa sonrisa, a esos labios que acababan de besarla y de dejarla en un estado de euforia embriagadora. No podía volver a permitirlo y tenía que estar en guardia.

–No te preocupes, *mia cara*. Yo estaré a tu lado todo el rato.

Eso era precisamente lo que le preocupaba. Sin embargo, cuando se bajó del coche y las cámaras empezaron a disparar los flashes, Dante cumplió su palabra y estuvo a su lado. Empezó la representación. Ella sonrió con timidez mientras posaron un momento con Dante rodeándole la cintura posesivamente y obligándole a apoyarse a lo largo de su cuerpo. La chispa de deseo que se acababa de reavivar volvió a recorrerle todo el cuerpo hasta que le resultó casi imposible sonreír a las cámaras.

Si había creído que el beso había sido potente, se había equivocado. Era como si estuviese ardiendo en llamas en una calle de Roma. El olor de su loción para después del afeitado se adueñaba de todos sus sentidos y la solidez de su muslo contra el de ella le evocaba imágenes de los dos desnudos.

Entonces, Dante habló con la prensa y le dio la vuelta para llevarla hacia el hotel con él. Ella se concentró en recorrer la corta distancia sobre los tacones, a los que no estaba acostumbrada ni mucho menos. Cualquier cosa era preferible a concentrarse en el contacto de su cuerpo y en las palpitaciones de deseo que sentía por dentro.

–¿Siempre pasa lo mismo? –preguntó ella cuando estuvieron en la paz y seguridad del hotel.

–Te acostumbrarás.

La llevó al salón, donde las mesas estaban puestas con todo lujo de detalles. A eso sí estaba acostumbrada después haberse pasado horas poniendo mesas así y atendiéndolas mientras los ricos de Sídney primero y de Londres después cenaban y ella permanecía invisible. Esperaba sinceramente poder ser invisible en ese momento, pero vestida como estaba vestida, con un hombre como Dante al lado y el deseo devorándola por dentro, era imposible.

–No estoy segura de que quiera acostumbrarme.

Notaba las miradas de curiosidad y las miradas fijas y no le gustaban lo más mínimo. Tocaban el punto débil de sus inseguridades y le recordaban las burlas de su infancia.

–Eso suena como si quisieras echarte atrás de nuestro trato, Piper.

Él tomó dos copas de champán y le ofreció una a ella, pero la rechazó con la cabeza y Dante pidió una bebida más adecuada.

–No estoy echándome atrás de nada –replicó ella con una sonrisa y una delicadeza que esperó que disimulara su fastidio–. Voy a cumplir el trato por el motivo acertado.

–¿Qué es…?

¿Cómo podía preguntarlo siquiera? Ella esperó cuando se acercó un camarero con un zumo en una bandeja de plata. Dante lo tomó, dio las gracias y se lo ofreció a ella, que lo miró directamente a los ojos.

–Nuestro hijo.

–¿No lo soy yo?

¿Cómo podía preguntarlo con todo descaro cuando había sido quien le había obligado a firmar ese trato?

–No. Tú lo haces para cerrar una operación empresarial aunque te gustaría que todo el mundo creyera que lo haces por un motivo benéfico. Sin embargo, si sé algo de ti, es que no querrías casarte ni por tu hijo. Lo que leí de ti en *Celebrity Spy!* es verdad. Hasta el momento, no he visto nada que lo desmienta.

–Tú, al menos, está bien informada sobre mí. Yo, en cambio, no sé casi nada de ti.

Ella se crispó cuando la conversación dio un giro que no había esperado.

–No hay mucho que saber.

–Me gustaría saber por qué eras la que recibías en la fiesta de Londres. ¿Cuál es tu profesión exactamente?

Ella intentó contener las ganas de sorprenderle, pero eran demasiado fuertes.

–Solo soy una camarera.

No era el empleo que le habría gustado tener, no era lo que había esperado ser cuando empezó a ir a la universidad en Australia, pero las circunstancias se le habían puesto en contra.

Vio que él apretaba los dientes y una sensación de triunfo se adueñó de ella. A Dante no se le había pasado por la cabeza la posibilidad se casarse y ser padre, pero, si se le hubiese pasado, jamás habría querido que su esposa hubiese sido una camarera.

–¿Y te parece suficiente?

–Tuve que conformarme.

Ella lo contestó sin darse cuenta de que estaba dando pie para tener una conversación sobre sí misma que prefería no tener. No quería hablar de su querido padre y del vacío en su vida. Era una chica normal y corriente, pero había sido una princesa para su padre y él había sido la persona más importante del mundo para ella.

Afortunadamente, otros invitados se acercaron y ya no pudieron hablar, al menos, de su pasado y de los acontecimientos que le habían cambiado la vida. Había cosas que no quería contarle a un hombre que era incapaz de sentir algo. Él no lo entendería nunca.

Dante abrió la puerta de su piso y, por primera vez, se alegró de estar relegado en el cuarto que había usado como despacho. Ahí, al menos, no tendría la tentación de besar a Piper. Después de haber pasado la noche atormentado por su cuerpo enfundado en el vestido color bronce que le había elegido Elizabeth, corría el peligro de dejarse arrastrar por el deseo que lo dominaba por dentro. Jamás había tenido que contenerse, siempre conseguía lo que quería, fuesen mujeres o coches veloces. Contenerse era una sensación desagradable y no sabía cuánto tiempo podría aguantar la tentación sin caer en ella.

–Piper…

Él se dirigió a ella con delicadeza mientras dejaba el bolso en una mesa antigua de la sala. Quería volver a decirle lo guapa que estaba y lo mucho que la deseaba, pero decidió que lo mejor, para los dos, era atenerse a las condiciones del trato. No podía permitirse querer cuando sabía que ella se marcharía algún día, como hizo la noche que concibieron a su hijo.

Ella lo miró con la incertidumbre reflejada en los enormes ojos verdes y, cuando se mordió el labio inferior, él apretó los puños a los costados. No era la primera vez que recordaba esos labios debajo de los suyos solo unas horas antes, cómo le habían correspondido con avidez. Tampoco era el momento de recordar que, si hubiesen estado allí, y no en el coche, no habrían ido a la fiesta.

–¿Pasa… algo? –preguntó ella con una voz titubeante.

Pasaban muchas cosas. Estaba cayendo bajo el hechizo que, como empezaba a creer, ella no sabía que estaba provocando. Parecía ignorar lo que le hacía. Esa noche había visto que sonreía y se reía con personas a las que no conocía y que también le sonreían y se reían con ella, lo que le había llenado de orgullo.

–Solo quería decirte que esta noche has causado muy buena impresión. Gracias.

–Lo he hecho por mi bebé.

Él se mordió la lengua. Era tarde y no era el momento de enredarse con una conversación que no quería tener a ninguna hora del día. Su manera de decir «mi bebé» le había llegado muy dentro de sus encallecidos sentimientos y le había dolido más de lo que se había imaginado que era posible.

–Mañana saldremos hacia la Toscana, donde lo repetirás… y esa vez será por mí y por mi operación empresarial.

Capítulo 6

PIPER iba sentada en el coche deportivo que se dirigía a toda velocidad hacia la Toscana. Se alegraba de que ya no sintiera las náuseas que había sentido a principios de esa semana. Dante conducía con mucha soltura y ella no pudo evitar mirarlo, aunque se sintió abochornada cuando la sorprendió. Sus gafas de sol ocultaban la expresión de sus ojos y seguramente era lo mejor, después del deseo abrasador que había visto en ellos cuando volvieron de la fiesta.

No quería enamorarse más de lo que ya estaba y, desde luego, no quería repetir lo que pasó en Londres. Se trataba solo de su hijo. Solo importaba que su hijo o su hija conocieran a sus dos padres.

–Ya casi hemos llegado –comentó él mirándola fugazmente–. Esta noche cenaremos en su villa nueva y lo mejor será que antes nos contemos algunas cosas de nosotros mismos, ¿no?

–¿Eso es para que nuestro compromiso sea verosímil o porque quieres sinceramente saber algo sobre la madre de tu hijo?

Él la había sorprendido con la guardia baja al no tener en cuenta sus sentimientos y había aceptado el reto que le había planteado sin querer. Jamás serían una pareja de verdad, pero él sería siempre el padre de su hijo y estaba dispuesta a recordárselo a él las veces que hiciese falta.

–Saber los detalles es necesario en cualquiera de los casos.

Dante frenó un poco, dejó la carretera principal y entró en una carretera más estrecha que atravesó un pueblecito somnoliento antes de salir al campo otra vez.

–Este fin de semana será decisivo después de meses de negociaciones entre D'Antonio y yo. También ha invitado a Gianni Paolini, mi rival en esta operación, y pienso sacar todo el partido que pueda al compromiso que hemos anunciado y a nuestro hijo.

La tensión por haber pasado unas horas en el coche con él, sin perder detalle de cada movimiento que hacía, la había dejado agotada y no pudo evitar el arrebato de irritación.

–¿Eso quiere decir que no puedo decir lo que sé de ti sino dar una imagen muy distinta?

–Es lo que acordamos, Piper.

Entraron en un camino flanqueado por cipreses y ella, que sabía

que él tenía razón, miró por la ventanilla justo cuando apareció una villa muy grande.

–Es preciosa… –murmuró ella más para sí misma que para Dante.

–Me alegra oírtelo decir –él detuvo el coche delante de la villa antigua–. Aquí es donde vengo para alejarme de todo. Es el único sitio donde me relajo de verdad, menos este fin de semana. Bettino D'Antonio acaba de comprarse una villa en el pueblo de al lado, que piensa utilizar durante los meses de invierno, y me viene bien aunque prefiero no hacer negocios desde aquí.

Dante se bajó del coche y ella lo miró mientras pasaba por delante del aerodinámico capó negro. Miró hacia la villa y a ella le pareció que su rostro se relajaba como si ese fuese el sitio donde se encontraba a gusto de verdad.

Cuando le abrió la puerta, ella intentó bajarse con toda la elegancia que le permitía la falda tubo, aunque, a juzgar por las cejas arqueadas de él, fracasó estrepitosamente y se le levantó la falda. Él puso una expresión maliciosa y le tendió la mano para ayudarla a bajarse.

–He pedido que nos sirvan el almuerzo en la terraza. Podremos hablar sobre lo que tenemos que saber el uno del otro y después deberías descansar antes de la cena.

Ella no sabía si quería hablar lo más mínimo con Dante. No quería contarle su pasado a un hombre al que solo le importaba cerrar la siguiente operación empresarial. Sin embargo, si conseguía cerrarla, ella habría cumplido su parte del trato. ¿Cumpliría él su promesa y estaría siempre al lado de su hijo? Estaba segura de que su hijo o su hija no tendrían con él la relación que había tenido ella con su padre, el tipo de relación que había hecho que se montara en un avión con rumbo a Roma y convencida de que buscar a Dante era lo acertado. No había querido privarle a su hijo de la posibilidad de que tuviera lo que había tenido ella, pero, a medida que pasaban los días, más convencida estaba de que Dante no era como su padre.

–Si queremos convencer a la gente de que estamos prometidos de verdad, creo que tenemos que saber algo el uno del otro.

Lo siguió a la villa y admiró el lujoso interior. Parecía más un hogar que el moderno piso de Roma y los cuadros y antigüedades que vio le despertaron la curiosidad. Dante abrió una puerta doble que daba a una terraza cubierta por una glicinia que estaría preciosa en verano.

–Estamos prometidos de verdad, ¿no?

Ella comprendió, por el tono de su voz, que estaba burlándose y divirtiéndose. No lo estaban. Si estuviesen prometidos de verdad, ella estaría perdidamente enamorada de él y él de ella. No podía negar que se sintiesen atraídos, pero eso no era amor, ¿verdad?

–No lo estamos en el verdadero sentido de la palabra, no estamos enamorados.

–Sin embargo, hemos acordado que parecería que estamos enamorados, ¿verdad, *cara*?

–Sí, por motivos muy distintos.

–Entonces, propongo que nos relajemos y disfrutemos del sol invernal de la Toscana antes de ocuparnos de que todo el mundo que nos encontremos se quede convencido de que nuestro compromiso es verdadero.

Dante se sentó a la mesa y pareció muy tranquilo y contento con toda la situación. Ella, en cambio, era un manojo de nervios. ¿Era por el trato que había firmado con Dante o por él en sí mismo? Ni siquiera podía pensar la respuesta a esa pregunta.

–Pareces cansada –comentó Dante mientras se dejaba caer sobre el respaldo.

No encontraba fácilmente la calma que siempre encontraba cuando llegaba a la Toscana, pero, claro, nunca había ido allí a hacer negocios y ese negocio nunca había sido tan importante. Tenía que conseguir ese contrato y eso, junto a la imagen que la organización benéfica tendría de él, era lo que lo había llevado a aceptar la propuesta de Benjamin para que sentara la cabeza como respuesta a muchos problemas, entre otros, una noche de pasión desenfrenada con una pelirroja impresionante con la que ni siquiera había intercambiado los nombres.

–Estoy un poco cansada. ¿No podríamos resolverlo todo para que pueda descansar y darme una ducha?

Ella se pasó el pelo por detrás de la oreja y lo miró con un brillo de inquietud en los ojos verdes. Él dejó a un lado el remordimiento por estar incomodándola e intentó borrar la imagen de ella en la ducha que se le había presentado de repente.

–Cuándo y dónde nos conocimos lo dejaremos igual, al menos, no nos equivocaremos con eso. Sin embargo, diremos que hemos estado viéndonos en secreto desde entonces.

Él puso un tono enérgico mientras contaba lo que se suponía que habían hecho.

–¿Por qué en secreto?

Ella frunció las delicadas cejas con un desconcierto sincero y le pareció tan inocente como había sido, sin que él lo supiera, antes de que la llevara a su habitación del hotel de Londres.

–Para protegerte de la prensa, claro. Aunque no salió como habíamos querido, como demuestra el artículo de *Celebrity Spy!*, lo que me da la oportunidad perfecta para refutar sus afirmaciones.

–¿Y dónde nos vimos en secreto?

Ella hablaba con eficiencia, como si estuviese llevando una reunión de trabajo.

–En Londres y Roma. ¿Qué te gusta hacer? ¿Adónde te habría gustado ir?

Ella lo miró y suavizó un poco la mirada implacable.

–A galerías de arte.

–¿Arte? No tenía ni idea –comentó él sinceramente sorprendido.

–¿Por qué ibas a saberlo? Ninguno de los dos esperaba que la noche que pasamos juntos fuese terminar así. Ni siquiera nos dimos los nombres.

Piper fue hasta la balaustrada de la terraza y se cruzó los brazos como si quisiera proteger de él todos los detalles sobre ella. Dante la observó mientras miraba el paisaje tan querido para él. No había esperado nada de aquellas horas ardientes con ella, y mucho menos despertarse solo a la mañana siguiente. ¿Por eso se le había quedado en la cabeza y le había llenado la memoria con la pasión de aquella noche? En ese momento, mientras observaba a esa mujer menuda y esbelta perfectamente vestida con otra propuesta de Elizabeth, quería sinceramente saber algo más de ella. ¿Qué le gustaba? ¿Cuál era su música y su comida favorita? Las preguntas se le amontonaban en la cabeza.

–¿Qué me dices de tu familia?

–¿Mi familia? –ella lo miró con recelo–. Solo somos mi madre y yo. Nos mudamos a Londres, donde nació ella, después de la muerte de mi padre.

Dante sintió algo parecido a la lástima. Ella también sabía lo que era perder a un ser querido.

–Sin embargo, te criaste en Australia, ¿no?

Él se acercó a ella y vio que lo observaba con detenimiento, sin perderlo de vista un instante, como había hecho la mañana que fue a su despacho.

–Sí, en Sídney. ¿Quieres saber algo más sobre mi infancia?

El tono cortante debería haberlo disuadido, pero hizo que se acercara a ella saber que también había perdido a su padre y sintió la extraña necesidad de hablar de algo que había enterrado hacía

mucho tiempo.

–Tú, al menos, conociste a tu padre, tuviste un vínculo con él, y eso es mucho más de lo que puedo decir yo.

–Lo siento.

La expresión de lástima en sus ojos mientras lo miraba y le ponía una mano en el brazo disimuló la sorpresa por la inesperada confesión que le había hecho él.

–No lo sientas –él se quitó su mano del brazo y se concentró en el paisaje toscano–. No conocí casi a mi padre ni me importa. No era un hombre al que me habría gustado conocer.

–No digas eso. Todos los niños necesitan un padre.

–No uno que abandona a una mujer, a un niño pequeño y a un hijo recién nacido. Ningún niño se merece un padre como ese.

–¿Eso fue lo que te pasó?

Sus maravillosos ojos verdes estaban desbordantes de lástima y apretó los dientes. No necesitaba la lástima de nadie, y menos de ella.

–Sí –contestó él sin poder dominar casi la rabia.

–¿Dónde está tu hermano?

La pregunta de Piper lo estremeció al acordarse de la época en la que esa era la única pregunta para la que había querido una respuesta.

–Murió.

Los fantasmas volvieron a perseguirlo, desenterraron aquellos años cuando ni su madre ni él sabían a dónde había ido el adolescente Alessio. No podía hacer esto en ese momento. No quería compartir eso con nadie, y menos con una prometida que había conseguido mediante un trato.

–Desapareció durante unos años hasta que descubrí que había muerto.

–Eso hace que lo que me pasó de niña parezca muy trivial.

Él se dio la vuelta para mirarla justo cuando bajaba la mirada como si le avergonzara haber reconocido eso.

–¿Qué te pasó?

–Nací ciega del ojo izquierdo –contestó ella sin mirarlo–. Los otros niños se burlaban de mí sin ninguna compasión hasta que me operaron para que pareciera normal. Luego, cuando tenía siete años, me atropelló un coche. No lo vi, pero, afortunadamente, iba despacio. Después de eso, mis padres, sobre todo mi padre, me arroparon e intentaron protegerme de cualquier daño. Ojalá yo hubiese podido hacer lo mismo por mi padre. Quizá no hubiese muerto cuando iba de pasajero en un coche que tuvo un accidente.

Dante la había abrazado antes de pensar siquiera lo que estaba haciendo. Su cuerpo se adaptó al de él, que le acarició el pelo e inhaló el olor de su champú mientras solo quería consolarla.

–No tenía ni idea.

Él se acordó de lo que dijo ella al principio y de que siempre lo miraba fijamente, sobre todo, la primera mañana en su despacho. En ese momento, lo entendía.

–No me gusta hablar de mi padre –replicó ella mirándolo.

–Me refería a tu vista.

Dante le levantó la barbilla con el pulgar antes de que ella pudiera bajar la mirada.

–Nadie se daría cuenta –añadió él.

Ella se ruborizó por la vergüenza y se apartó.

–Podremos hablar más tarde. No me siento muy bien.

Él la miró mientras se alejaba y quiso llamarla para volver a abrazarla y consolarla. Curiosamente, abrazarla lo consolaba a él. Era una sensación extraña y, como un niño que estaba aprendiendo a nadar, que le gustaba el agua y le aterraba a la vez, se alejó del peligro. No había buceado nunca en los sentimientos y no iba a empezar en ese momento.

Tenía los nervios a flor de piel mientras entraban en la villa del hombre con el que Dante quería hacer negocios, el hombre al que ella tenía que convencer de que su relación era de verdad. Se había puesto el vestido verde esmeralda que Elizabeth le había elegido para la cena y le había indignado que Elizabeth hubiese sabido más que ella sobre lo que la esperaba. Sin embargo, la indignación se le había disipado cuando Dante la había visto y la había mirado con un placer sincero y con algo más. Algo que la había estremecido solo de pensarlo… Sin embargo, no era el momento y se concentró. Tenía que representar un papel, su parte del trato que habían firmado hacía una semana en Roma.

–¡Dante! –le saludó Bettino mientras le estrechaba la mano con energía–. Tengo que confesar que no me creía del todo la noticia de que estabas prometido, pero ahora puedo ver por qué un hombre como tú ha sucumbido a la necesidad de casarse.

Piper sonrió a Bettino e intentó pasar por alto la descarga de tensión que había pasado de Dante a ella por las palabras de ese hombre.

–Bettino, te presento a Piper Riley, mi prometida.

Dante disimuló la tensión y sus palabras sonaron cargadas de

orgullo. Piper notó que los nervios le atenazaban las entrañas y seguía sin poder creerse que se hubiese prestado a esa farsa. Quería evitar a Bettino a pesar de su sonrisa afable y de sus ojos de abuelo. Quería alejarse de su mirada, no ser el centro de ella, pero eso era parte del trato que había hecho con Dante y lo cumpliría tan bien que ni siquiera él dudaría de su autenticidad. Tenía que hacerlo si quería que Dante se pareciera a un padre para su hijo.

Sonrió al hombre con el que Dante quería cerrar la operación y recurrió a todo lo que le habían explicado sobre cómo comportarse en público; primero la empresa para la que había trabajado en Sídney y Londres y luego Elizabeth, quien la había aleccionado en el arte de ser el tipo de mujer que Dante necesitaría a su lado.

–Gracias por invitarme a su preciosa casa, señor D'Antonio. Es un auténtico placer estar aquí con Dante.

Dante le rodeó la cintura con un brazo mientras hablaba y ella lo miró y tomó aire al sentir esa calidez que la abrasaba por dentro. Afortunadamente, se había quedado en su costado derecho y no dio un respingo cuando la tocó. Era posible que contarle su ceguera no hubiese sido una mala idea, aunque se le había escapado antes de que pudiera evitarlo, algo que no solía pasarle.

–Me alegro de que Dante te haya traído. Siempre es un placer conocer a mujeres hermosas.

–Naturalmente, el placer es mío, Bettino.

La voz de Dante estaba cargada de deseo y admiración mientras la miraba y su sonrisa habría engañado a cualquiera… como la oscuridad rebosante de deseo de sus ojos.

–Los demás invitados llegarán enseguida –Bettino volvió a dirigirse a Dante–. Después de esta cena, tomaré le decisión de con quién voy a cerrar la operación, pero, hasta entonces, quiero que os relajéis y disfrutéis de la velada. Quiero ver al verdadero Dante Mancini, como quiero ver al verdadero Gianni Paolini.

–Una forma muy astuta de hacer negocios –comentó Dante.

Piper, sin embargo, se preguntó si era la única que le había visto apretando los dientes.

Bettino se rio y lo siguieron adentro de la villa, donde una camarera les ofreció una copa de champán, un papel para el que Piper se sentía más preparada.

–Piper prefiere zumo –Dante volvió a rodearla con un brazo y a mirarla–. Estamos ansiosos por ser padres.

Bettino se rio y le dio una palmada en el hombro.

–¿No solo vas a casarte sino que también vas a ser padre?

Piper se puso roja como un tomate por lo poco sutil que había

sido Dante al contarle la noticia a Bettino, pero todo pasó a un segundo plano cuando Gianni Paolini llegó con su esposa. Era un italiano algo mayor, casi de la edad de Bettino. Ella notaba la presencia de Dante a su lado y ese halo de poder que le había transmitido la noche que se conocieron en Londres, pero ¿sería suficiente? De repente, le importaba.

Cuando empezó la cena, los hombres hablaron sobre la operación y Piper escuchó a Dante, que hablaba apasionadamente de su empresa. Su interés aumentó cuando Bettino le preguntó por qué había creado su propia empresa y le pareció que él sacaba pecho.

–De adolescente empecé a retirar escombros de los solares y pronto se convirtió en una empresa en expansión, una empresa que esperaba que mejorara las cosas a mi madre, quien nos crio sola a mi hermano y a mí.

–¿Tienes un hermano? –le preguntó Bettino.

Piper contuvo el aliento y no oyó casi la conversación trivial de las otras mujeres.

–Me hermano murió.

Se hizo un silencio tan tenso que podría haberse cortado con un cuchillo. Afortunadamente, las dos mujeres mayores habían empezado a hablar de las distintas regiones de la Toscana y Piper se añadió para desviar la atención de Dante.

–Me encantaría ver muchas partes de la Toscana.

–Entonces, tienes que pedirle a tu prometido que te lleve –comentó la esposa de Gianni Paolini.

Piper creyó que su táctica había dado resultado hasta que, repentina y inexplicablemente, la atención se centró en ella.

–¿Qué haces, Piper? –le preguntó la esposa de Bettino.

Ella se sintió como si estuviese a punto de caer en la trampa y de decir que era camarera, en paro para más señas. Sin embargo, decidió que no iban a ser más listas que ella y se centró en sus sueños profesionales.

–El arte es mi pasión. Lo estudié durante un tiempo en la universidad.

–¿No terminaste la carrera?

La pregunta, llena de intención, quedó flotando en el aire y, para empeorar las cosas, notó la mirada de Dante clavada en ella.

–No, no la terminé. Tuve que volver a casa para estar con mis padres cuando mi padre se puso muy enfermo.

Volvió a sentir todo el dolor al decirlo en voz alta.

–¿Qué habrías hecho si te hubieses licenciado en arte?

La voz de Bettino, en contraste con la de su esposa, transmitía interés y ella se enorgulleció, como le pasaba siempre que alguien mostraba interés sincero por su materia.

–Habría creado una empresa de restauración.

Ella dejó a un lado el dolor por haber perdido a su padre y se centró en la única cosa que siempre le había apasionado, el arte.

–Deberíamos hablar más tarde. Estoy pensando en encargarle a alguien que anime este sitio con un poco de arte.

–Gracias, pero no podría cuando voy a tener un hijo en verano.

–Bobadas –la voz de Bettino se suavizó–. Buscaremos una solución.

A Piper le costó dominar la emoción por esa perspectiva, pero tuvo que hacerlo. Tenía que recordar que era la operación de Dante, no la de ella. Lo miró con una sonrisa que no pudo disimular y no vio ni la irritación ni el fastidio que había esperado ver después de esa breve conversación. En cambio, vio el mismo deseo que había visto en sus ojos mientras llegaban, pero más intenso todavía. Era como si el deseo ardiera y ella pudiera sentir el calor a través de la mesa. Se sonrojó y bajó la mirada con la esperanza de que la conversación tomara otro curso.

–¿Piensas pasar mucho tiempo aquí? –le preguntó Dante a Bettino.

Piper se preguntó si lo habría hecho para rescatarla, pero, fuera por lo que fuese, se alegró de dejar de ser el centro de atención.

Ya cerca de la medianoche, Dante le puso el abrigo sobre los hombros. Estaba muy contento porque la noche había salido bien. Piper había estado impresionante, se había convertido en la mujer alegre y segura de sí misma que había conocido en Londres. Se había dominado cuando le hicieron preguntas que, a juzgar por la conversación que habían tenido antes, sabía que le dolerían. Se había sentido atraído por ella como no lo había estado nunca por otra mujer, había deseado con todas sus ganas saber algo más de la mujer que había debajo del exterior sexy, pero había desechado la idea inmediatamente.

La noche que se conocieron en Londres había tenido una relación sexual intensa con ella, le había arrebatado, sin querer, la virginidad y habían engendrado un hijo que los uniría para siempre. Sin embargo, eso no cambiaba nada. Ella siempre sería suya, independientemente de dónde o con quién estuviera, y esa noche, aunque no lo quisiera, tendría que ver cómo cerraba la puerta de su

dormitorio y lo dejaba fuera.

Era lo mejor. No quería compromiso y sentimientos. Era algo que no podía hacer porque las pocas veces que lo había hecho había expulsado a quienes había querido, los había alejado de su vida para siempre. Después de la muerte de Alessio, había jurado que nunca volvería a unirse sentimentalmente a nadie.

Sin embargo, era complicado cumplir ese juramento con Piper. Lo cautivaba, hacía que la deseara solo con una de esas miradas de reojo que le dirigía cuando creía que él no se daba cuenta. Cuando había reconocido su ceguera del ojo izquierdo, había querido abrazarla para demostrarle que no le importaba lo más mínimo, que era la mujer más sexy y deseable que había conocido en su vida. Quería, más que nunca, cuidarla y protegerla para siempre.

La deseaba más todavía después de que Bettino D'Antonio prácticamente le hubiese comido en la mano. Esa noche había estado maravillosa, su belleza había resplandecido con una sutileza que esas mujeres tan vanas con las que solía salir no podrían lograr nunca. Había hecho que volviera a desearla entre sus brazos y en su cama. Deseaba tenerla completamente antes de que su matrimonio acabara y siguieran por caminos separados.

Bajó la cabeza hacia su oreja izquierda para susurrarle lo bien que lo había hecho cuando ella dio un respingo y se giró para mirarlo con los ojos como ascuas verdes. Sin embargo, se acordó enseguida de su papel y le sonrió con dulzura justo cuando Bettino se acercó a ellos en el inmenso vestíbulo. Se molestó consigo mismo por no haberse acordado de lo que ella le había dicho antes, pero no había podido aguantar las ganas de estar cerca de ella, como aquella noche en Londres, cuando lo único que le importó fue hacerla suya.

–Me has asustado –le dijo en voz baja antes de dirigirse a Bettino–. Gracias otra vez por esta noche tan interesante y me sentiré muy honrada de ayudarte a encontrar las obras de arte que quieres.

–Gracias. Puedes estar segura de que me pondré en contacto contigo por este asunto –aseguró Bettino con firmeza.

Dante se preguntó qué pasaría después. ¿Se había dicho o hecho algo que hubiese puesto en peligro la operación? Había llegado a pensar que el amor de Piper por el arte podría haber atado la operación, que quizá hubiese obligado a Bettino a tomar una decisión antes de que terminara la velada.

La expresión de asombro sincero de Piper fue tan inesperada que Dante se rio ligeramente por su placer tan inocente.

–Estaré esperando, *signor*.

–Buenas noches, Mancini –se despidió Bettino.

Él rodeó posesivamente a Piper con un brazo, pero no fue por aparentar, como él suponía que pensaría ella, fue porque quería hacerlo. Necesitaba sentirla cerca, inhalar el embriagador olor de su perfume y sentir su maravilloso cuerpo. No le gustaba la idea de desearle buenas noches cuando llegaran a su villa, no le gustaba cuando el deseo le palpitaba con fuerza por todo el cuerpo. La deseaba como no había deseado a ninguna mujer en su vida.

–Buenas noches –se despidió Dante.

Bettino tomó la mano de Piper y se inclinó como si fuese a besarla en un gesto propio de otro siglo. Ella se sonrojó y le sonrió, y Dante sintió una punzada muy profunda de celos.

–Buenas noches, Piper. Estoy encantado de haberte conocido. Tu presencia aquí ha sido un auténtico placer.

–Gracias –replicó ella con delicadeza.

Dante se vio dominado por el deseo. Era una mujer hermosa por dentro y por fuera y una mujer así no era para él, pero ni saber eso le aplacaba la necesidad que lo atenazaba por dentro.

La necesidad y el deseo, que no creía que pudiese dominar mucho tiempo, formaban un cóctel muy potente mientras conducía todo lo deprisa que le permitían las estrechas carreteras. Además, notaba que ella lo miraba y eso se sumaba a la tensión sexual que los envolvía. ¿Lo notaba ella también? Ya no había escapatoria, ya no podía eludirlo, deseaba a Piper y la deseaba esa noche, en ese momento.

Capítulo 7

PIPER observó a Dante, que cruzaba a grandes zancadas la sala de la villa. Tenía una expresión muy intensa y se le aceleró un poco el corazón. Parecía como si quisiera devorarla en ese instante y lugar. Era la misma expresión que tenía cuando entraron en su habitación del hotel de Londres.

–Esta noche has causado buena impresión.

Él se paró con un brazo por encima de la chimenea de piedra y ella tuvo que hacer un esfuerzo para resistirse al brillo apasionado de sus ojos, y a la reacción de su propio cuerpo. No podía desearlo cuando se había quitado la careta, cuando había dejado claro que solo era un empresario que haría cualquier cosa para conseguir sus objetivos. Estaba utilizándolos a su hijo y a ella. ¿Cómo podía encontrarlo atractivo cuando toda su vida había soñado con un hombre cariñoso y atento? No le convenía nada, pero estaba muy a gusto con él. Como la otra vez, quería estar con él de todas las maneras posibles, quería arriesgarlo todo a cambio de sus besos y sus caricias.

Naturalmente, no le había engañado con su voz apagada y triste cuando había hablado de su hermano durante la cena. Había hablado de lo complicado que había sido para su madre sacar adelante a dos muchachos. Esa revelación le había sorprendido, pero esperaba haberlo disimulado bien. Al fin y al cabo, eran cosas que debería saber si era su prometida.

–Hice lo que pude.

Piper se sentó en uno de los sofás. No podía quedarse de pie en medio de la habitación y mirándolo como si estuviese esperando que pasara algo. Estaba segura de que la tensión saltaría por los aires en cualquier momento.

–Has estado maravillosa y te has ganado a D’Antonio. Te adoraba, prácticamente se derretía cada vez que hablabas, y lo sabes.

Él lo dijo en un tono cáustico, y ella supo que algo había cambiado. Había algo distinto entre ellos, aunque no sabía qué.

–Contarle tu pasión por el arte fue una jugada brillante.

–Es verdad, Dante. Es lo que habría hecho si no hubiese dejado la universidad cuando mi padre se puso enfermo.

–Una jugada bien ejecutada, ¿no?

–Debería irme a la cama.

Piper se levantó. Tenía que escapar de ese hombre que dominaba hasta el más mínimo espacio de la habitación, y del anhelo de su cuerpo para que él lo besara y acariciara. Tenía que marcharse como fuera.

–Háblame de la enfermedad de tu padre.

Se quedó helada y miró a Dante, que seguía apoyado en la repisa de la chimenea como si no pasara nada.

–No hay nada más que decir.

Ella disparó las palabras en tono defensivo mientras el dolor se adueñaba de ella y hacía que le flaquearan las rodillas. Quería sentarse, pero no quería que la mirara desde arriba.

–Me habría venido bien saber ese detalle antes de haber pasado la noche intentando convencer a D'Antonio de que somos una pareja enamorada, una pareja a punto de casarse, lo que significa que se cuenta sus pasados.

–Tú también tienes la culpa de eso.

Él se apartó de la chimenea y se dirigió hacia ella, que no pudo moverse aunque sabía que era lo que tenía que hacer. La intensidad de su mirada hizo que sintiera miedo en el corazón, y que previera algo, aunque no sabía qué.

–No compartimos nuestras vidas, ¿verdad, Dante? Estamos prometidos para casarnos, pero solo porque le conviene a tu operación empresarial.

Se le amontonaron las preocupaciones por el futuro que la habían agobiado durante la semana anterior y no pudo contener el caudal de palabras.

–¿Qué pasará cuando cierres tu ridícula operación? ¿Te alejarás de mí y de tu hijo como si no hubiésemos existido?

Dante se detuvo justo delante de ella y el corazón se le aceleró como solo se le había acelerado una vez antes, cuando él le tomó la mano y la llevó a la habitación de su hotel.

–No tienes un concepto muy elevado de mí, ¿verdad, *cara*?

Él lo dijo con mucha delicadeza, lo que hizo que ella se irritara más todavía. No era una niña malhumorada a la que había que apaciguar.

–No tienes una reputación precisamente inmaculada, Dante. ¿Qué tengo que pensar?

No iba a hablar de eso esa noche, y menos iba a reconocer cuánto le gustaba. Estaba cansada y eso, sumado al embarazo, tenía que ser el motivo para que sus sentimientos estuviesen a flor de

piel. No podía ser por Dante. No quería que fuese por Dante, no quería que la alterara.

–Nunca incumplo un trato, Piper. Jamás –replicó él en un tono tajante–. Tenía que saber algo sobre la enfermedad de tu padre, es el tipo de cosas que sabría un novio atento.

–Muy bien. ¿Qué quieres saber?

Ella se alejó de él para poner distancia entre ellos. No podía soportar el olor de su loción para después del afeitado ni la calidez de su cuerpo tan cerca del de ella ni, desde luego, esa mirada oscura que la atravesaba con su intensidad.

–¿Cuándo murió?

Piper cerró los ojos un instante y tomó aire. No sabía si podía hacerlo, pero sí sabía que lo que él decía tenía sentido. Si querían parecer una pareja recién prometida, él tenía que saber algo sobre ella.

–La noche que te conocí en Londres era el primer aniversario de su muerte.

Ella levantó la barbilla y lo miró a los ojos como si lo desafiara involuntariamente a que preguntara más, un desafío que él aceptó.

–Entonces, utilizaste la atracción entre nosotros como una vía de escape.

Él se puso rígido y sus ojos casi la abrasaron.

–Sí –reconoció ella con atrevimiento.

Seguía avergonzada por la manera de haberse rebelado contra todo lo que defendía, contra la moral que le habían inculcado. En ese momento, el único problema era que podía entender por qué se había empeñado su madre en que se mudaran a Londres, para conservar lo poco que le quedaba de familia. ¿Acaso no estaba ella a punto de arrojar su vida en manos de ese hombre por el bien del hijo que estaba esperando?

–¿Por qué yo? ¿Habías planeado este resultado, este embarazo inesperado, desde el principio?

Él levantó las manos con un gesto de impotencia y se dio la vuelta, dándole tiempo a ella para que se recuperara. Sin embargo, la recuperación duró poco porque volvió a mirarla con los ojos como ascuas.

–¿Por eso no insististe en que tomase medidas anticonceptivas?

–¡No! –exclamó ella boquiabierta mientras retrocedía–. Creía que estabas diciendo que estaba solucionado.

Él se acercó y ella retrocedió otro paso hasta que se topó con la pared.

–A lo mejor ya sabías quién era yo…

–No tenía ni idea de quién eras, y si lo hubiese sabido, jamás me habría marchado de la fiesta contigo.

Furiosa con la ridícula idea de que el destino los había unido precisamente aquella noche, hizo frente a la furia de él.

–No puedo seguir haciendo esto.

–¿Qué no puedes seguir haciendo? –le preguntó él mientras se acercaba amenazadoramente.

Su voz era más profunda, su acento era más fuerte y la rabia se mezclaba con la pasión en sus ojos oscuros. A ella le latió el corazón con tanta fuerza que casi le dolió.

–Esta farsa –contestó Piper sin poder apartar la mirada de la de él y sin poder apaciguar el corazón.

–¿A qué farsa te refieres, *cara*?

–Al… Al compromiso.

Ella balbució mientras él se acercaba un poco más con esos ojos tan sexys clavados en el alma, como si supiera la respuesta que ella no podía darse a sí misma.

–Creo que te refieres a la fría indiferencia que has adoptado desde que llegaste a Roma.

–Es la única forma de sobrellevar esta farsa.

Le fastidió que su voz se convirtiera en un susurro y la delatara, que su cercanía estuviese privándole de la poca energía que le quedaba después de las últimas horas.

–Sin embargo, no todo es una farsa, ¿verdad, *mia cara*?

Le acarició la cara con suavidad, pero ella no pudo evitar que se le cortara la respiración, y tampoco soportó la satisfacción que se reflejó en los labios y en los ojos de él. No lo soportaba a él y, sin embargo, lo deseaba con toda su alma.

–Claro que lo es, no significas nada para mí.

Tenía la respiración entrecortada y él le miró el cuello, donde vería que tenía el pulso desbocado, y los pechos, que le subían y bajaban cada vez que respiraba.

–No mientas.

La intensidad de sus ojos despertó una oleada de deseo dentro de ella que le llegó hasta el mismísimo centro de su feminidad.

–Si no, tendré que demostrarte lo equivocada que estás, demostrarte lo falso que es eso –añadió él.

–¡No te atreverás! –exclamó ella mientras una vocecita interior le pedía a él que se atreviera.

Los ojos de Dante dejaron escapar un destello de deseo y ella supo perfectamente lo que iba a hacer. Iba a besarla… y estaba deseándolo. Quería sentir sus labios, paladearlo y mucho más. Sin

embargo, ese no era el trato que habían hecho. Habían firmado un trato en un papel, un trato que decía que no habría nada físico entre ellos, y mucho menos sentimental.

–No me desafíes, Piper. Siempre acepto los desafíos y siempre los gano.

–No esta vez.

Ella lo miró con más rabia por su reacción a él que por su fanfarronada de que siempre ganaba los desafíos.

–Entonces…

Él arqueó las cejas y apoyó una mano en la pared de tal manera que su cara quedó tan cerca de la de ella que, si levantaba la barbilla, sus labios se encontrarían con los de él.

–El desafío sigue en pie, ¿no? –preguntó él.

–Claro…

Ella dejó escapar un susurro ronco con la esperanza de que hubiese parecido firme, pero sabiendo que había sonado como si se hubiese derretido.

–¿Y si te beso te dará igual?

–Claro. No hay nada entre nosotros.

Afortunadamente, esa vez la afirmación había sonado mucho más convincente.

–¿Estás segura, *cara*?

Le tomó la cara con una mano y le pasó el pulgar por los labios. Ella no pudo evitarlo, pero cerró los ojos y se le entrecortó la respiración antes de que se le escapara un suspiro muy tenue.

¿Por qué iba a resistirse? Fuera lo que fuese lo que explotó entre ellos en Londres, seguía presente. Ella quería volver a vivirlo, quería dejarse llevar por un momento de inconsciencia. Lo deseaba y ¿acaso no se inmunizaba uno si se inoculaba lo que no debería?

Dante apoyó el brazo en la pared y la miró. Sentía un cosquilleo en el pulgar de pasarlo por los labios que anhelaba besar. No se había acostado con una mujer desde aquella noche en Londres. Había intentado convencerse de que había estado muy ocupado, pero ya sabía que había sido porque todavía deseaba a Piper. Ella, de alguna manera, había sorteado las murallas que cercaban sus sentimientos, y que siempre habían sido impenetrables, y en ese momento, después de haber pasado una semana con ella, tenía que aceptar la verdad. Todavía la anhelaba y solo había una manera de sobrellevar esas necesidades, saciarlas.

Volvió a mirarla y captó que esos ojos verdes estaban

expectantes. Lo deseaba tanto como él a ella. La pasión abrasadora que se reflejaba en sus ojos era como la que lo dominaba por dentro. Era lujuria sin disimulos, como la de la noche que pasaron juntos en Londres, una noche que le había cambiado la vida en más sentidos que los que pudo haber previsto cuando le dio la noticia bomba aquella mañana en su despacho.

–Eres muy hermosa y en este momento solo quiero besarte.

Sus pensamientos se convirtieron en palabras no para cautivarla, como solía hacer para seducir a una mujer, sino porque quería saber lo que sentía de verdad él mismo.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y la estrechó contra la pared con las manos entre la masa de rizos rojos que le enmarcaban la cara. Sus ojos se encontraron fugazmente mientras las caras casi se tocaban y le agradó ver que el deseo insaciable resplandecía más que nunca, lo que despertó una reacción desenfrenada en él. Era suya. Esa mujer era suya y esa noche la reclamaría de la forma más elemental. Bajó la cabeza con la intención de rozarle los labios para provocarla, pero tomó aliento cuando sus labios se encontraron con los de ella y captó el anhelo innegable mientras Piper tomaba las riendas del beso y le exigía casi demasiado.

Dejó escapar una maldición en italiano sobre su boca y paladeó su avidez y su deseo, solo comparables a los de él. La estrechó con más fuerza contra la pared para sentir sus pechos y cómo contoneaba las caderas sobre su erección, más dura que nunca.

Se apartó un poco sin salir de su asombro por la intensidad de ese deseo que había brotado como llamas alrededor de ellos, un fuego que amenazaba con abrasarlos, y eso era lo único que él quería en ese momento. Piper introdujo los dedos entre su pelo y volvió a acercarlo.

–Bésame –le ordenó ella.

Él sonrió al reconocer a la mujer con la que había hecho el amor en Londres. Había vuelto la tentadora ardiente que lo había llevado a donde no lo había llevado ninguna mujer y esa vez no se le iba a escapar hasta que él estuviese dispuesto a soltarla.

–Pienso hacer algo más que besarte.

El gruñido gutural que salió de su boca fue bárbaro y todo el cuerpo le palpitó por el deseo que exigía una satisfacción inmediata. Ella volvió a besarlo antes de que pudiera decir algo más. Fue un beso exigente y erótico y se quedó sin respiración cuando su lengua se encontró con la de ella. El corazón se le disparó, solo una vez había sentido esa pasión desenfrenada, ese deseo incontenible, y había sido con esa mujer, la mujer que le había entregado su

virginidad y, en ese momento, esperaba un hijo suyo. Era suya y eso no cambiaría independientemente de lo que pasara.

Bajó la mano por su cuello y se detuvo cuando ella profundizó el beso. Entonces, le puso la mano en el pecho y notó el pezón duro bajo la tela del vestido. Sintió unas ganas incontrolables de rasgarle el vestido para poder deleitarse con esos pechos, para mordisqueárselos hasta que gritara de placer como hizo la otra vez.

–Dante…

Piper susurró su nombre sobre sus labios y contoneó más las caderas contra él. Se sintió dominado por una oleada de anhelo ardiente. Ya nada podría detenerlo. Tenía que saciar ese deseo abrumador, y pronto.

Bajo la mano hasta su cadera sin dejar de besarla y le levantó el vestido hasta que pudo acariciarle la suave piel del muslo. Ella dejó de besarlo y él la miró con un deseo incontenible. Esos ojos verdes todavía lo desafiaban, todavía lo incitaban a que la tomara. Tenía la respiración acelerada y entrecortada y los labios hinchados, pero no era suficiente. Empezó a acariciarla con delicadeza y contuvo la respiración cuando introdujo los dedos por dentro de las bragas. Estaba tan ardiente para él como lo estaba él para ella.

–¿Todavía me desafías? –preguntó él con la voz ronca mientras dejaba de acariciarla.

La rabia se reflejó en los ojos de ella e hizo que brillaran con chispas de pasión y furia.

–Sí… Todavía te desafío.

Ella lo susurró con la voz entrecortada mientras le introducía los dedos entre el pelo de la nuca y conseguía que sintiera un estremecimiento de placer por toda la espalda como no había sentido jamás. Dante la miró a los ojos y tiró con delicadeza del encaje de las bragas. Ella siguió mirándolo con una mezcla de rabia y pasión que fue casi su perdición y arqueó una ceja de la más seductora de las maneras.

–¿Estás segura, *cara*?

–Te desafío –repitió ella con la voz ronca y sexy.

Dante tiró con firmeza y desgarró las braguitas de encaje por la costura.

–¡Dante! –exclamó ella con sorpresa aunque no hizo nada para evitar lo que él pudiera hacer.

–¿Y sigues diciendo que no hay nada entre nosotros?

–Sí –ella abrió más los ojos cuando él introdujo los dedos entre los rizos que cubrían su feminidad húmeda y cálida–. No hay nada en absoluto.

–Sin embargo, quieres que te acaricie, ¿verdad, *cara*?

Ella cerró los ojos cuando él le separó los pliegues con los dedos y notó lo mucho que lo deseaba, pero tenía que mantener el dominio de sí mismo, tenía que ser quien marcara el ritmo de ese baile de deseo frenético e inesperado.

–Dante, no podemos… Por favor, no…

Piper contuvo la respiración cuando su caricia la arrastraba hacia el límite.

–Sí podemos y lo haremos.

Siguió acariciándola, siguió aumentando sus ganas de entrar en ella, pero antes quería llevarla al clímax, demostrarle cuánto lo deseaba. Ella se estremeció y se aferró a él cuando ese clímax se adueñó de ella. Era muy receptiva y ardiente. La deseaba ahí mismo, contra la pared, ya no podía parar.

Piper abrió los ojos sin poder creerse lo que había pasado. Se sentía débil, pero todavía quería más y esa necesidad embriagadora la privó de cualquier resto de sentido común mientras bajaba las manos temblorosas para desabrocharle el pantalón. Tenía que palparlo, tenía que acariciarlo como él la había acariciado y, lo que era más importante, tenía que recuperar el control que él le había arrebatado con una facilidad alarmante.

Él bajó la cabeza casi hasta su hombro mientras ella le liberaba toda la extensión de la erección con una mano. Notó la dureza cálida mientras él le besaba el cuello. Fue una sensación tan nueva y excitante que creyó que podía perder la cabeza. Él dejó escapar un gruñido cuando ella lo rodeó con los dedos.

Dante la levantó antes de que ella pudiera dejarse llevar por esos anhelos nuevos que se adueñaban de su cuerpo. Instintivamente, lo rodeó con las piernas y se apoyó en la pared para ponerse donde quería estar, estrechada íntimamente contra él.

Dante la miró con los ojos negros por el deseo. Envalentonada por el poder que parecía tener sobre él, se cimbreó hasta que notó que la tocaba con esa calidez pétrea.

Algo desenfrenado y desconocido estaba desatándose alrededor de ellos como una tormenta que era cada vez más devastadora. Solo podía mirarlo a los ojos mientras la sujetaba, hasta que, de repente, la tormenta amainó y todo quedó en un suspenso tenso. Ella había oído hablar del ojo de la tormenta, pero nunca se había imaginado que pudiera ser así… con un hombre como Dante Mancini.

–Dante…

Ella lo susurró expectante, deseando más y, de repente, preguntándose si habría llegado demasiado lejos. Su respuesta fue un beso arrebatador y cerró los ojos cuando su lengua se abrió paso entre la boca de ella y volvió a empezar ese baile erótico y desenfrenado. Contoneó las caderas, mientras él la sujetaba contra la pared, para sentirlo, provocarlo y atormentarlo. Dante dejó escapar una maldición en italiano y se apartó un poco para mirarla. Esa tensión expectante volvió a cargar el ambiente. Tenía los ojos tentadoramente sombríos y se movió con ella. Entonces, Piper se dio cuenta de que no había controlado nada, que ni siquiera había sido la que lo provocaba o atormentaba. Sin embargo, ya le daba igual, solo quería tenerlo dentro y en ese momento.

Él, como si le hubiese leído el pensamiento, acometió, la empujó contra la pared y la agarró de los muslos para colocarla donde quería tenerla. Ella se aferró a él como si su vida dependiera de ello, y era posible que así fuera. La pasión la dominó por completo cuando él se retiró y volvió a acometer dentro de ella. Sintió una erupción de anhelo palpitante cada vez que entraba más en ella. Se movió con él como si su cuerpo hubiese nacido para hacer eso. Dante había despertado a la mujer que llevaba dentro aquella noche en Londres y, en ese momento, solo quería que la poseyera por completo.

Mientras se movía, los labios de él la besaron con tanta pasión que la cabeza le dio vueltas y cerró los ojos para entregarse a la sensación de ser de Dante. Sus respiraciones se aceleraban y se entrecortaban más con cada segundo que pasaba. La besó en el cuello y ella inclinó la cabeza hacia atrás dejándose llevar por el momento.

–¡Dante!

Gritó cuando él la elevó hacia otro clímax. Cada movimiento de él hacía que estuviese más dentro de ella, justo donde quería que estuviese. Lo acompañaba en un baile desenfrenado donde se había perdido todo juicio y sentido común.

–Eres mía, Piper… Mía.

Su susurro ronco no significó nada mientras todo explotaba alrededor de ella y volvió a gritar aunque oía los gritos de Dante mientras también se liberaba. Se aferró a él cuando el cuerpo empezó a temblarle, pero no se atrevió a decir nada. Se le apaciguó el pulso y supo que había jugado una partida peligrosa, y la había perdido. Las últimas palabras que había dicho él antes de que los dos explotaran habían sido triunfales, había demostrado que allí seguía lo que había brotado entre ellos en Londres, fuera lo que

fuese, y que ella lo deseaba tanto como siempre.

La miró con los ojos todavía cargados de deseo, pero la soltó poco a poco y cuando tocó el suelo con los pies, se alegró de que la pared la sujetara. Él, sin decir una palabra, la tomó de la mano y la llevó hacia la escalera. Eso no había terminado todavía, y ella no tenía ningunas ganas de que terminara.

Capítulo 8

PIPER estaba satisfecha entre los brazos de Dante, tenía la espalda pegada a él mientras la abrazaba. Miró con detenimiento el anillo con un sello de su mano derecha mientras él dormía. La complicada «A» tenía que significar algo. ¿Sería la inicial de una mujer que le había roto el corazón y que le había impedido que volviera a amar? ¿Por eso era siempre tan frío y cauto?

Dante se agitó y ella se dio la vuelta entre sus brazos para mirarlo. Estaba irresistible con el pelo despeinado por haber hecho el amor y haberse quedado dormido, pero tendría que resistirse a él. No era el momento de correr el riesgo de enamorarse y se temía que estaba peligrosamente cerca de que le pasara precisamente eso. En ese momento, tenían que hablar de asuntos prácticos.

–*Buongiorno, mia cara*.

Su voz ronca era tan sexy como todo él y se preguntó si la habría saludado con el mismo cariño si no se hubiese marchado de aquel hotel de Londres. ¿Le habría gustado lo mismo verla en la cama? Seguramente, no. En aquel momento, no había tenido nada para ofrecerle, nada que darle a cambio, como tenía en ese momento. Hizo bien en marcharse aquella mañana. Sin embargo, se alegraba de saber lo que era despertarse abrazada por ese hombre.

–Buenos días –le saludó ella con timidez.

–Esta vez no te has escapado de mí, *cara*.

Los ojos de Dante se oscurecieron y ella supo que tenía que levantarse de la cama antes de que la convenciera para que se quedara.

–No, pero eso es exactamente lo que voy a hacer en este momento.

Se destapó e intento fingir que le daba igual estar desnuda y que él observara cada movimiento que hacía.

–¿Y por qué?

Ella sintió un escalofrío de placer por toda la espalda. La voz de él era hipnotizadora y sexy, pero no le hizo caso, se puso la bata y fue a ducharse.

–Porque tenemos que hablar sobre nuestro trato y a dónde vamos a partir de ahora.

Piper contestó por encima del hombro y entró en el cuarto de la

ducha antes de que él pudiera replicar. Abrió el grifo e intentó no pensar en que su compromiso no solo le ayudaría a cerrar la operación y a salvar su reputación con la organización benéfica, también implicaría a sus familias. Ninguno de los dos tenía padre, pero sus madres se merecían saber que esperaban un hijo y formar parte de su vida.

Se quitó la bata, se metió debajo de los chorros de agua caliente y cerró los ojos. Todavía podía oír la voz de su madre cuando hablaron después de su llegada a Roma. Entonces tuvo que hablarle de Dante porque sabía que podía aparecer en la prensa, pero todavía tenía que hablarle del bebé. Ensimismada, no oyó que Dante entraba en la ducha y dio un grito cuando la atrajo hacia sí. A pesar del agua caliente que le caía por encima, no tuvo dudas sobre sus intenciones.

–¿Qué haces? –le preguntó ella entre risas.

Piper nunca había hecho eso, pero era algo que harían unos amantes, ¿no?

–Disfrutar todo lo que puedo de este cuerpo mientras sigue desnudo.

La besó, fue un beso largo e indolente, y el agua que caía sobre ellos hizo que las sensaciones fuesen más intensas. Correspondió al beso y anheló ese último momento de pasión con él antes de que sacara a relucir el asunto del compromiso y de lo que iba a significar para todo el mundo.

–Vuelve a la cama –le pidió él con la voz ronca.

El fuego del deseo resplandecía en sus ojos y avivó más el de ella. Dante cerró el grifo, le tomó la mano y se detuvo un instante para envolverla en una toalla grande. Piper se abrazó con ella y lo miró de soslayo mientras tomaba una toalla más pequeña, se secaba y se la ponía alrededor de las caderas. Eso no sofocó el deseo que la abrasaba por dentro solo por estar tan cerca de él.

La llevó al dormitorio antes de que pudiera decir algo, volvieron a la cama con la sábanas color crema arrugadas y él quitó la masculina colcha color bronce.

–Pienso hacerte el amor otra vez antes de que hablemos de lo que sea.

–Pero tenemos que hablar.

–Nada de hablar.

La empujó con delicadeza y cayó en la cama con la toalla abierta para que pudiera verla. Sin embargo, tardó mucho en aprovecharse de eso, hasta que dejó caer la toalla que tenía alrededor de las caderas, se tumbó a su lado en la cama y la besó por el cuerpo. Besó

con delicadeza su abdomen todavía plano y ella, en su estupor inducido por el deseo, se imaginó que besaba a su hijo. Le acarició la cintura con el más cariñoso de los gestos y ella tuvo que cerrar los ojos con todas sus fuerzas para contener las lágrimas.

Se agarró a las sábanas cuando él bajó la cabeza y casi no pudo creerse las sensaciones que se apoderaban de ella. El amor y el deseo estaban empezando a entrelazarse y sabía que era peligroso. Eso no resolvería nada, pero sí era una manera de sobrellevar la situación y estaba dispuesta a afrontarlo. Él hacía que se sintiera viva, hacía que se sintiera hermosa y, después de años creyendo que no se merecía el amor, era casi excesivo… porque eso no era amor, nunca podría ser amor.

Volvió a besarla hacia arriba hasta que llegó a los pechos y le succionó los pezones endurecidos antes de ponerse encima. La dureza de su erección la animó a ser suya otra vez. Era una tentación a la que no podía resistirse y lo recibió dentro, se deleitó con todos sus movimientos y se dejó llevar una vez más.

El cuerpo de Dante todavía vibraba por las increíbles relaciones sexuales que había tenido con Piper desde que volvieron a la villa la noche anterior. Nunca había pensado poseerla con esa vehemencia, y menos contra la pared del salón, pero ella le hacía algo que no le había hecho ninguna mujer, como se lo había hecho aquella noche en el hotel de Londres. Hacía que perdiera el dominio de sí mismo, hacía que se olvidara de todo, hacía que se desenfrenara.

En ese momento, la observaba mientras cruzaba el salón para acompañarlo delante de la chimenea recién encendida. No era invierno todavía, pero quería sentir ese bienestar y el relajo que le proporcionaba. Además, también quería compartir ese momento especial con Piper. Por primera vez en su vida, quería permitir que una mujer estuviese cerca, al menos, durante un tiempo.

–Vaya, una chimenea abierta. No está mal, no estoy acostumbrada.

Piper le sonrió y se sentó en una butaca con las piernas, cubiertas por unos vaqueros, debajo de ella.

–Es mucho mejor desde aquí.

Él se sorprendió a sí mismo al invitarla a que se acercara. Podía deberse a que siempre se relajaba cuando estaba allí o a la intimidad que habían vivido desde que llegaron, pero quería tenerla cerca. Nunca había querido tener a nadie cerca. ¿Qué estaba pasándole?

–Me lo imagino…

Ella se sonrojó mientras iba a sentarse en el sofá y se concentró en el fuego como si no pudiera mirarlo a él.

–La verdad es que es muy romántico.

¿Romántico? ¿Había querido ser romántico cuando lo encendió? ¿Se los había imaginado acurrucados y disfrutando el uno de la compañía del otro? Había querido olvidarse de todo aunque solo fuese por ese día, pero no había querido que ella pensara en algo romántico ni mucho menos. No creía en las cosas románticas ni quería vivirlas. Esas cosas llevaban a sentimientos más complicados como el amor y eso era algo que no quería tener que sobrellevar por nada del mundo.

–La chimenea me parece relajante –comentó él–. Es uno de mis placeres invernales cuando estoy aquí, en la villa.

–Tenemos que hablar… –ella lo dijo con cautela y lo miró–. Sobre anoche…

–¿Te refieres al éxito que tuviste con Bettino D’Antonio al hablarle de arte… o a lo que pasó cuando volvimos?

Él también lo preguntó con cautela porque no quería que ella le diera demasiada importancia a las horas que habían pasado en la cama ni al deseo que se había adueñado de ellos. Él no lo consideraba hacer el amor porque eso le daría un significado completamente distinto.

–La cena –contestó ella sin disimular la indignación–. ¿De verdad crees que Bettino se quedó impresionado?

Dante se acercó a ella en el sofá, le tomó una mano y le besó los dedos.

–*Mia cara*, lo cautivaste y estoy seguro de que no vamos a conseguir un contrato sino dos.

Él ya tenía una buena impresión sobre la operación empresarial y sabía que tenía que agradecérselo a Piper. Su charla sobre arte y sobre su deseo de crear una empresa de restauración había sido tan espontánea y rebosante de entusiasmo que D’Antonio no había podido resistirse a ella, y si era sincero, él tampoco había podido. La había observado y había visto que le resplandecían los ojos con una felicidad y un placer sinceros mientras hablaba de arte. Él también se había sentido un poco desplazado por no haber sabido hasta qué punto era importante para ella. Le había contado que le gustaba visitar galerías de arte, pero, evidentemente, se trataba de algo más.

–Pero no tengo un título ni una empresa –Piper se quedó pálida al darse cuenta de las implicaciones–. Yo no puedo aceptar un

contrato cuando ya hay empresas muy buenas. Además, el bebé…

–Se puede crear una empresa en este instante si quieres. Tus conocimientos son más que suficientes.

–Eso tú no lo sabes.

–Estoy seguro de que, como mínimo, son suficientes. ¿Cuántos cursos hiciste?

–Estaba en el último curso cuando mi padre se puso enfermo. En realidad, solo me faltaban los exámenes finales. Quería haber vuelto, pero…

–Eso es más que suficiente para empezar y un encargo de D'Antonio te daría un empujón, ¿es eso lo que quieres?

–Lo pensaré.

Ella lo dijo con cautela otra vez y él quiso abrazarla y decirle que la ayudaría. ¿Por qué quería hacerlo? ¿Por qué quería enredarse sentimentalmente con esa mujer más de lo que ya estaba?

Se encogió de hombros, le soltó la mano y se dejó caer sobre el respaldo del sofá mientras miraba la expresión pensativa de ella. Podía notar que sus reservas se debían a muchas más cosas.

–Tengo que hacer otras cosas antes.

Ella lo miró y él le aguantó la mirada como si la desafiara a que dijera lo que pensaba, a que le contara lo que la preocupaba.

–¿Qué es eso tan importante, Piper?

Ella lo miró con incertidumbre y él sintió un temor que le borró de un plumazo toda la paz y tranquilidad que había encontrado.

–Me gustaría que los dos fuésemos a Londres.

Piper bajó la mirada y él sintió que sus largas pestañas lo dejaban al margen.

–¿Hay algo concreto que quieras hacer allí? ¿Quieres que te vean en algún sitio para ratificar nuestro compromiso?

Él lo dijo en un tono despreocupado, pero el miedo estaba atenazándolo por dentro y amenazaba con asfixiarlo. Esa mujer, que según ella no quería nada de él, parecía querer mucho más de lo que podía darle.

–Sí –ella asintió con la cabeza–. Me gustaría que viéramos a mi madre.

Sus temores se hicieron realidad y el impacto en el pecho fue muy fuerte.

–No. Este compromiso es para cerrar una operación empresarial y para legitimar a nuestro hijo. No hace falta que la familia entre en él.

La intranquilidad lo dominó por dentro. ¿Qué pensaría su madre cuando leyera que iba a casarse y, peor aún, que iba a ser padre?

–Tu madre también querrá saberlo –replicó ella–. Aunque no puedas contarle la sórdida verdad.

El tono dolido de su voz debería haber hecho que sintiera remordimientos, pero él sofocó los sentimientos y se cerró en sí mismo. Habían pasado una noche apasionante que no debería haber cambiado nada, pero, por algún motivo, lo había cambiado todo.

–Mi madre solo sabrá lo que tenga que saber y te aconsejo que hagas lo mismo con la tuya. Esto no es un compromiso de verdad y no hay ninguna necesidad de complicarlo más todavía.

La rabia se adueñó de él mientras intentaba contener el miedo a lo que pensaría su madre por su última operación o a la falsa esperanza que podría ser para ella que creyera que por fin había dejado atrás el pasado.

–¿No lo complicamos anoche?

Ella le arrojó la acusación con un brillo de dolor en los ojos verdes. Estaba alterándola y causándole dolor. Cuando se acercaba a alguien, siempre hacía algo que les dolía o los alejaba de él, hasta que acababan abandonándolo.

–Tú complicaste las cosas en Londres al hacerme creer que no se necesitaba protección.

Le molestaba que ella hubiese conseguido despertar sus sentimientos y, lo que era peor, que le importara lo que sentía ella y por eso adoptó la actitud de defensa propia tan típica de él.

–¡No me extraña que tu hermano se marchara de casa en cuanto pudo!

Dante lo vio todo rojo cuando oyó hablar de Alessio. Ella también abrió esa herida, como si no tuviese bastantes preocupaciones ya.

–Jamás metas a mi hermano en esto. Mi madre y él son el motivo para que luchara tanto. Todo lo hice por ellos, quería ofrecerles una vida mejor, pero fue demasiado tarde para mi hermano.

Ella lo miró y se le esfumó toda la irritación.

–¿Por qué fue demasiado tarde?

La pregunta llenó el vacío que se había abierto entre ellos y volvió a conectarlos de una manera que él no sabía si podría soportar.

–Mi hermano tenía unas compañías nocivas y, desde la adolescencia, estaba siempre metido en líos.

Dante notó la atracción de la conexión entre Piper y él como notaba la mirada de lástima de ella. Sintió lo peligroso que era abrirse, sacar a relucir unos sentimientos que había enterrado hacía

muchos años.

–¿Qué pasó?

Ella estaba tan guapa como él la había visto siempre, pero algo había cambiado dentro de él. Ella había abierto una puerta que él había cerrado y de la que se había olvidado, una puerta que ya no podía volver a cerrarse. Se zarandeó mentalmente. A ninguno de los dos les serviría de nada agobiarse con los sentimientos.

–Le fastidiaba la autoridad que tenía sobre él y se rebelaba contra todo lo que yo decía.

–¿Acaso no es lo que hacen todos los adolescentes?

Ella se inclinó hacia él con una sonrisa cariñosa. Él olió su perfume, el mismo olor que lo atormentó en el ascensor de su oficina aquella mañana después de la reunión con Xander, Zayn y Benjamin. En ese momento, su vida era irreconocible.

–No todos los adolescentes se escapan y dejan a una madre destrozada.

Dante apretó los dientes al recordar los sollozos de su madre. Piper había avivado los recuerdos y ya no podía sofocarlos.

–¿Lo encontraste? Quiero decir, él… volvió… ¿verdad?

Ella balbució y, seguramente, se debió a la rabia que tenía que reflejarse en su rostro. No había querido hablar de eso con nadie, y menos con esa mujer.

Todavía le obsesionaba el dolor de los primeros días después de que Alessio se hubiese marchado. Cada vez que había mirado a su madre, había sabido que ella se lo reprochaba, que sabía que era culpa de él. Él había expulsado a Alessio. Había intentado ser una figura paternal antes de ser un hombre siquiera, había decidido meter en vereda a su hermano indisciplinado cuando solo había tenido diecisiete años. Alessio y él habían librado una batalla de voluntades durante tres años, hasta el día que cumplió dieciséis años. Ese día se marchó de la casita donde su madre había luchado para criarlos. Había sido la última vez que lo vieron vivo.

–No supimos nada de él durante cuatro años.

–Entonces, ¿lo encontraste?

Dante recordó el espanto de aquel día, cuando supo la verdad sobre la desaparición de Alessio. Nunca podría perdonarse que su hermano hubiese muerto algunos años antes y solo.

–Averigüe que había muerto, solo, a los dieciocho años.

Piper se quedó boquiabierta y eso le indicó lo que él ya sabía, que era espantoso y que era culpa suya. Miró las llamas, que ya solo eran un resplandor naranja alrededor de los troncos. No podía mirar a Piper, no quería ver el espanto y el reproche reflejados en su

rostro. Solo confirmarían lo que había sabido desde aquel día.

–Es muy triste –susurró ella.

–Murió a manos de una pandilla rival –le explicó Dante sin poder mirarla todavía–. Fue culpa mía. Debería haberlo obligado a que volviera la primera vez que se marchó. Mi obligación era mantenerlo a salvo.

Ella lo agarró del brazo y él la miró. La compasión que vio en sus ojos fue excesiva.

–No es culpa tuya, Dante.

–Le fallé, Piper. Les fallé a él y a mi madre. No hice lo que debería haber hecho. No los protegí ni me ocupé de ellos.

Cuando Piper le contó que estaba esperando un hijo suyo, pareció que le daba más importancia a la operación empresarial y a salvar su reputación, pero lo hizo porque tenía que cuidar de ella y de su bebé. Jamás se le había ocurrido que podría querer, que querría volver a ponerse en una situación vulnerable, pero era lo único que había querido hacer desde que supo por qué estaba ella en Roma.

Lo miró y le pareció insoportable el dolor que captó en sus ojos. Quiso abrazarlo, decirle que no era culpa suya e intentar aliviarle el dolor, como había hecho él cuando le confesó que había nacido ciega del ojo izquierdo. Aquello no le había importado a él y eso no le importaba a ella. Quería que comprendiera que no tenía la culpa cuando él mismo había sido tan joven.

–No debes reprochártelo –replicó ella apretándole el brazo con suavidad.

–No sabes nada de eso.

Él se soltó el brazo y el rechazo le dolió mucho más que las palabras gélidas.

–Quiero saberlo.

Piper lo miró y vio que se pasaba el pulgar por el anillo, como había hecho mientras ella leía el contrato. Entonces, la tensión había echado chispas, como en ese momento.

–¿Y si conozco a tu madre? –siguió ella–. ¿No debería saber algo al menos?

Él dejó escapar un improperio en italiano, pero contuvo las ganas de retroceder y abandonar el asunto. Tenía que saber algo sobre su pasado. No solo porque podría conocer al alguien que lo supiera, sino porque quería saberlo por su hijo. Su madre era la abuela del hijo que estaba esperando. ¿Podía negarle él algo así?

–No vas a conocer a mi madre. Le explicaré cuál es la verdadera situación, y te aconsejo que tú se lo expliques a la tuya. Así, nadie se hará ilusiones.

–¿Ilusiones de qué? ¿De amor y felicidad?

Ella intentó que el dolor no se reflejara en la voz, pero el rechazo de él le había llegado muy dentro. Aun así, lo que había dicho él tenía sentido. Quizá fuese preferible decirle a su madre la verdad en vez de contarle un cuento de hadas. Así, al menos, no tendría que darle más explicaciones cuando él la abandonara y la dejara como madre soltera y sola en el mundo, salvo por su propia madre.

–El amor y la felicidad son para necios –contestó él con el ceño fruncido.

Ella se acordó de aquella mañana en su despacho, cuando había sido la última persona que él había querido encontrarse. Dante volvió a tocarse el anillo y ella volvió a centrar su atención en su hermano.

–Le pasara lo que le pasase a tu hermano, no fue culpa tuya.

Piper se acercó más a él para intentas saber más y entenderlo.

–Yo quería que mi madre viviera mejor. Lo había pasado muy mal para criar a dos hijos ella sola y sin medios, y Alessio era rebelde e indisciplinado desde pequeño.

Piper recordó el artículo del *Celebrity Spy!* que había leído. Si bien contaba su vida de playboy con todo tipo de detalles, también le daba el mérito de haber hecho su propia fortuna. ¿De verdad le había motivado tener que ocuparse de su hermano Alessio? Miró su anillo.

–¿Qué es ese anillo?

Hizo la pregunta antes de que pudiera pensarla, antes de que pudiera evitarlo, y el aire se congeló un segundo, mientras él la miraba. Ella se mordió el labio inferior y lo miró. Estaba mirándose la mano derecha, donde tenía el anillo de oro con un sello que ella había observado mientras dormía a su lado aquella mañana.

–Lo compré el día que él cumplía dieciséis años y pensé dárselo por la noche, después de la cena familiar, pero Alessio había pensado otra cosa y se había marchado hacía tiempo. Pasé la noche consolando a mi madre y enfadado con él, con la única esperanza de olvidarme de ese joven egoísta y de borrarlo de mi vida.

Ella se llevó una mano a la boca para contener el espanto, pero no lo consiguió.

–Tuvo que ser atroz para tu madre.

–Nunca me perdonaré haberle hecho eso.

–¿Tú?

–Si no hubiese sido tan estricto con Alessio, si no hubiese intentado que fuese el hombre que yo quería que fuese en vez de permitirle que encontrara quién era, no estaríamos teniendo esta conversación.

–Sigo sin entender por qué es culpa tuya –insistió ella con desesperación.

–Eso es porque no me conoces, *cara*. Si te mezclas en mi vida, no saldrá nada bueno.

–Saldrá nuestro hijo y eso es bueno para mí.

Ella se lo espetó con rabia porque no dejaba que se acercara a él, no dejaba que traspasara la barrera invisible que había levantado a su alrededor.

Entonces, él alargó una mano lentamente y le tocó la cara. La rabia se esfumó al instante y anheló algo más que una caricia.

–Eres muy generosa, no dejes que te cambien eso, y yo menos que nadie.

Él le rozó los labios con los suyos antes de que pudiera decir algo y ella cerró los ojos. Cuando él volvió a separarse, fue como si se fuera detrás de una barrera de hielo. Ella todavía podía verlo, pero la frialdad de sus ojos le advirtió de que se había terminado lo que habían vivido durante ese fin de semana.

– Se ha acabado lo que ha pasado entre nosotros aquí. Hicimos un trato y pusimos nuestras condiciones, ahora ha llegado el momento de concluirlo todo.

Capítulo 9

VOLVIERON a Roma y Piper se despertó sola la primera mañana, como Dante le había advertido. Sabía que lo que habían vivido en la Toscana había terminado después de haber pasado un fin de semana maravilloso entrelazada con su fibroso cuerpo. Él tenía que cerrar una operación y ella tenía que representar un papel.

Había percibido su distanciamiento mientras volvían a Roma. A medida que pasaban las horas, más lejos estaba del hombre que había sido en la Toscana y más se acercaba al hombre que había visto en su despacho, al hombre distante que no confiaba en nadie. El empresario implacable había vuelto.

Se levantó de la cama. Los miembros todavía le dolían por las horas de pasión que había pasado con Dante. ¿Cómo había podido convertirse en una mujer así? Ella, que no había tenido ninguna experiencia con los hombres antes de conocer a Dante y que ya estaba a su altura como amante. Hacía que lo anhelara sin tocarla siquiera y reaccionaba con avidez, con ganas de darle tanto placer como él le daba a ella.

Aunque su cuerpo le pertenecía, no podía darle su corazón, no podía enamorarse de él. Hubiera lo que hubiese entre ellos, tenía que reducirse al deseo, aunque, si tenía el valor de reconocerlo, sabía que sus sentimientos habían superado ese punto hacía mucho tiempo. Algo que tenía que ocultarle a él. El trato que habían firmado era solo eso, un trato.

Contuvo una náusea e hizo un esfuerzo para mantener al margen los sentimientos mientras se dirigía hacia las puertas que daban a la terraza. Se había dado cuenta enseguida de que a él le gustaba salir por las mañanas, aunque era invierno y ya hacía frío.

–Buenos días –dijo ella.

–No esperaba que te levantaras tan pronto –comentó él.

Dante dejó de mirar la ciudad y volvió adentro. Pasó al lado de Piper, que pudo captar su olor a recién duchado y el aroma de la loción para después del afeitado, y sirvió café mientras ella intentaba reponerse de la impresión que le había producido en los sentidos. Por un instante, mientras se agarraba al marco de la puerta por la náusea y el aturdimiento, no se enteró de que él estaba hablándole.

–¿Te pasa algo?

–Yo…

La cabeza empezó a darle vueltas y no pudo formar las palabras. Se agarró al respaldo de una silla en un intento desesperado por mantenerse de pie mientras se le revolvía el estómago y lo veía todo negro. Cerró los ojos y oyó que Dante decía algo con rabia. Quería resistir, pero no podía y se dejó llevar por la tranquila inconsciencia de la oscuridad. Entonces, notó que la rodeaba con los brazos, notó su cuerpo estrechado contra la fuerza y seguridad del de él e hizo un esfuerzo para abrir los ojos y para que la cabeza dejara de darle vueltas. Él la miró mientras la tomaba en brazos.

–Vas a volver a la cama y a esperar al médico.

Ella quiso oponerse, quiso decirle que casi todas las mujeres se desvanecían y tenían náuseas cuando estaban embarazadas, pero estaba asustada. Jamás se había sentido tan débil, tan enferma y derrotada. ¿Estaba mal? Sin embargo, no podía preguntárselo a nadie para que la tranquilizara, solo tenía a Dante, estaba a su merced. Cerró los ojos cuando otro mareo se adueñó de ella.

–Es preocupante que no puedas discutir conmigo.

Ella volvió a abrir los ojos, dejó que su voz profunda la sacara de esa inconsciencia que su cuerpo buscaba con ansia y sofocó el dolor que le hacía el tono enojado de sus palabras. ¿Dónde estaba el hombre cariñoso y atento con el que había hecho el amor la mañana anterior mientras el sol salía por detrás de las colinas de la Toscana? ¿Qué había sido del hombre que se había abierto a ella, que había levantado las barreras para dejar que entrara en su mundo?

Le había contado cosas que no le había contado a nadie. Si hubiese mantenido las barreras levantadas durante el tiempo suficiente, ¿habría encontrado a un hombre cariñoso y atento que estaba haciéndose daño, que estaba culpándose de algo de lo que era inocente, a un hombre que necesitaba amor? ¿Podía amar al hombre que había visto aquel día en la Toscana?

Sí, podía.

Se dio cuenta cuando él la abrazaba con más fuerza, pero no podía permitirse amar a ese hombre. La miraba con una expresión implacable mientras sorteaba los muebles para llevarla al dormitorio que acababa de abandonar. La tumbó en la cama, pero tardó un momento en soltarla y le recordó la pasión que habían vivido durante el fin de semana. Los ojos color caramelo de él se oscurecieron con un sentimiento indescifrable para ella, que tomó aire entrecortadamente, como si la hubiese besado. Él se apartó, le

puso la mano fugazmente en la frente y se incorporó todo lo alto que era junto a la cama. Por un instante, a ella le pareció captar una preocupación sincera en sus ojos, pero en seguida dejó paso a una rabia aplastante.

–Quería hablar sobre la necesidad de que hagamos algo más para que nuestra historia de amor sea lo bastante verídica como para acallar los cotilleos de todo el mundo, pero no es el momento. Tienes que descansar.

La náusea y la decepción le cayeron como una losa. Solo le preocupaba esa ridícula operación.

–Muy bien –concedió ella, que todavía sentía la calidez de su mano en la frente–. La farsa seguirá hasta que no quede la más mínima duda de que estás reformado.

Ella no pudo evitar el tono de rabia mientras el pánico la dominaba. ¿Qué pasaría si él se echaba atrás y se negaba a tener algo que ver con su hijo?

–Esperarás a estar bien. Piensa en el bebé, Piper, y, por una vez en tu vida, haz lo que te digo –le pidió él con una mezcla de rabia y desesperación.

Entonces, ¿se preocupaba por el bebé? Se sintió muy asustada de repente, por el bebé y por ella, y le dio la espalda cuando las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas. No había ido a Roma para eso. No compensaba poner en peligro a su hijo para que él ampliara su empresa gracias a un compromiso falso, y eso era lo que estaba haciendo en ese momento, estaba poniendo en peligro a su hijo.

Las lágrimas le caían en cascada, pero mantuvo la cara oculta, no quería ver la rabia en sus ojos o el fastidio en las arrugas de su rostro. Hasta que, por fin, oyó que se marchaba después de haber dejado escapar una maldición en italiano.

El remordimiento lo corroía por dentro mientras esperaba a que el médico saliera del dormitorio de Piper. Había vuelto a hacerlo. Había defraudado a alguien que había confiado en él. No se había preocupado por Piper, solo había pensado en sí mismo y, en ese momento, ella estaba enferma. Peor aún, la necesidad egoísta de cerrar la operación de su vida había puesto en peligro a su hijo. Cerró los ojos por esos pensamientos sombríos, porque el pasado se mezclaba con el presente. ¿Qué pasaría si ella perdía el hijo, su hijo? Sería culpa suya, como lo había sido que Alessio se marchara de casa.

Se dio cuenta, con una claridad alarmante, que deseaba ese hijo o esa hija, pero eso no cambiaba nada. La mujer que estaba esperándolo había aceptado el trato que le había propuesto y había puesto sus propias condiciones. Tampoco cambiaba que, después de cómo había hecho las cosas con Alessio, no era apto para ser padre.

Oyó el chasquido de la puerta y lo sacó de esos pensamientos sombríos. Quiso preguntarle al médico si todo iba bien, si el bebé estaba bien, pero tenía la boca seca y no podía formar las palabras.

–Su prometida y el bebé tienen que descansar, señor Mancini, y también necesitan amor y atenciones.

La sonrisa de ese hombre mayor contrastaba con el tono de advertencia de su voz… ¿o sería que el remordimiento hacía que se imaginara la censura del médico?

–Entonces, descansará –replicó él dejando a un lado el amor y las atenciones.

No podía darle ninguna de las dos cosas. Piper estaría mejor sin él en su vida, pero ¿qué haría con su hijo? ¿Podía permitir que el pasado lo apartara de su propio hijo aunque fuese un hijo que nunca había pensado tener ni había querido tener?

–Volveré a pasarme mañana.

–*Grazie.*

No pudo decir nada más y se quedó mirando la puerta del dormitorio, aterrado del porvenir que había dentro. Ya le había hecho daño a Piper, la había presionado para crear esa historia de amor falsa, se había empeñado en cambiarla y la había paseado por Roma. Sin embargo, cuando llegaron a la Toscana, el tiempo que pasaron en la villa había sido muy distinto e inesperado. Él había incumplido la promesa que se había hecho a sí mismo y había perdido el control, como si hubiese querido comprobar lo que podría conseguir si se permitía tener sentimientos. ¿Había provocado él eso? ¿Estaba enferma porque, egoístamente, la deseaba?

Entró despacio en el dormitorio y las acusaciones del pasado lo acompañaron como si fuesen su sombra. Quería cuidar y proteger a Piper, pero ¿cómo iba a hacerlo cuando tenía un corazón duro y frío como una piedra? ¿Cómo iba a hacerlo cuando ya había demostrado que no era apto como padre?

–Siento ser un incordio –dijo ella mientras se apoyaba en las almohadas con lágrimas en los ojos.

Él era el responsable de esas lágrimas y algo le atenazó el corazón con fuerza, pero solo pudo sentir remordimiento.

–Soy yo quien tiene que disculparse –él desvió la mirada para no

ver la palidez de su rostro y miró los tejados de Roma por la ventana–. He presionado demasiado.

–¿Y qué pasa con la fiesta de esta noche? ¿Cómo vamos a convencer a todo el mundo si no te acompaño?

Ella lo preguntó con un temblor de pánico que hizo que sintiera más remordimiento todavía.

–Habrá otras fiestas. Tienes que descansar por el bebé.

Se dio la vuelta para mirarla y su expresión de preocupación le encogió el corazón, lo que le demostró que no era tan frío y desapegado como había creído.

–Solo quiero que todo esto acabe, Dante.

Ella tragó saliva y tomó aire. Él la miró a los ojos y vio una firmeza implacable bajo el cansancio.

–Lo único que podemos hacer respecto a la operación es esperar.

Se sentó en el borde de la cama y le tomó una mano. ¿Qué tenía esa mujer que hacía casi imposible que pensara racionalmente? Ella lo había cambiado, había hecho que anhelara cosas que eran imposibles. ¿Era tan atractiva, tan tentadora y tan irresistible porque había hecho que vislumbrara lo que podría haber ocurrido si el pasado no le hubiese bloqueado el camino?

–¿Esa operación es lo único que te importa, Dante?

Piper no pudo disimular la decepción. Lo único que seguía queriendo era esa operación después de todo lo que habían vivido durante el fin de semana y de todas las barreras que habían derribado. Sin embargo, contuvo el aliento cuando él se sentó en el borde de la cama y le tomó una mano. Miró el contraste de su piel blanca con la morena de él y no pudo negar que sentir sus dedos le daba seguridad. Su mano era grande, cálida y tranquilizadora.

–Lo único que quiero es que te pongas bien.

La voz de Dante, delicada y alarmantemente sexy, hizo que levantara la mirada. Vio algo nuevo e indescifrable en sus ojos y tuvo que contener la respiración.

–No te habrías puesto enferma si las cosas hubiesen salido como estaba previsto.

Piper miró mientras él ponía la mano que tenía libre encima de la de ella y hacía imposible que la retirara, como le resultaba casi imposible retirar los sentimientos. Lo único que no había salido como preveían las condiciones del contrato era el tiempo que habían pasado en la Toscana, el fin de semana que habían sido amantes. ¿Se arrepentía?

–¿Qué cosas?

Ella quería saber qué estaba pasando. Cada vez estaba enamorándose más de él y tenía que saber qué sentía. Estaba tan cerrado en sí mismo que esa podía ser su única oportunidad.

–Acordamos, como parte del trato, que no tendríamos relaciones íntimas. Creo que lo llamaste un «matrimonio sobre el papel».

Él estaba acariciándole la mano con los dedos, estaba impidiéndole que pensara en lo que ella misma había dicho y había permitido que pasara. Estaba a punto de decírselo cuando él volvió a hablar.

–Debería haber tenido más dominio de mí mismo.

–Dante, no tienes que culparte todo el rato.

Piper lo dijo con un hilo de voz mientras él la miraba a los ojos como si buscara la verdad. Por un instante, pensó que iba a inclinarse hacia delante para besarla, pero habló con firmeza y dio por terminado el momento de reflexión.

–Los dos somos responsables de lo que pasó en la Toscana.

¿Cómo podía decirle que había anhelado tanto que la acariciara y besara que habría vendido su alma al diablo si así hubiese podido ser suya una vez más? ¿Qué pensaría de ella si se lo dijera?

–No volverá a pasar –añadió él–. Tienes mi palabra.

Dante retiró las manos y dejó una sensación de frialdad en las de ella, que se abrazó para mitigar el dolor que le había hecho lo que había dicho. No quería su palabra, quería que volviera a suceder, quería que la amara de verdad.

–Entonces, seguimos teniendo un trato.

Ella lo dijo antes de que pudiera pensar lo que significaba. Él se levantó con una mirada dura como el granito.

–*Va bene*. Volveremos a ser unos enamorados en cuanto hayas descansado. Hay muchos acontecimientos los próximos días y los cotilleos se dispararán si nos ven juntos.

La debilidad de esa mañana dejó paso a una firmeza férrea para acabar con eso de una vez por todas. El médico le había dicho que el bebé no corría ningún peligro, que ella había tenido demasiado ajetreo, y, en ese momento, estaba decidida a cumplir su parte del trato. Solo tenía que tener presente que lo hacía por su bebé, para que su padre permaneciera en sus vidas.

–Como he dicho, solo quiero acabar con esto. Por favor, haz lo que tengas que hacer para mañana por la noche –replicó ella en un tono tajante que no pareció afectarle lo más mínimo a él.

–Mañana por la noche hay una ópera y me gustaría que fuéramos. Iremos si el médico me asegura que todo está como

debería estar.

Su voz y su cara ya no tenían ni rastro de preocupación. Había vuelto el hombre despiadado que le había planteado el trato y había tomado las riendas.

–No pasa nada, Dante. Es normal que una mujer se sienta mal al principio del embarazo.

Ella intentó decirlo en tono despreocupado, pero no pudo mirarlo.

–Es posible, pero no voy a correr ningún riesgo.

Él corazón de Piper latió con más fuerza todavía. ¿Estaba intentando decirle que se preocupaba por ella… o algo más? ¿Significaba eso que lo que habían vivido en la Toscana había sido sincero y no solo un arrebato de deseo?

Las palabras de él abortaron cualquier esperanza antes de que ella pudiera decir algo o permitiera que esos pensamientos tomaran cuerpo.

–El bebé es esencial para este trato.

Él se marchó y dejó esas palabras inhumanas flotando en el aire. No sabía el daño que le había hecho después de que, ridículamente, hubiese llegado a creer que había alguna esperanza de que pudiesen construir algo por la felicidad futura de su hijo.

Capítulo 10

A LA noche siguiente, Dante esperó en la terraza con las luces de Roma alrededor de él. Allí fuera se sentía libre, libre para pensar… o al menos era lo que había pasado hasta que había dejado que Piper entrara en su vida. En ese momento, solo pensaba en ella, se metía en recovecos de su mente donde no había entrado ninguna mujer y hacía que todo fuese complicado. Además, su madre se había enterado de que se había prometido y, aunque le había negado que estuviese enamorado, aunque le había dicho que solo era por una cuestión de negocios, ella estaba empeñada en conocer a su prometida. El remordimiento volvió a corroerlo por la esperanza que había captado en su voz de que fuese algo más.

–No estaba segura de lo que había que llevar a la ópera.

El acento de Piper, al que ya se había acostumbrado, lo sacó de sus pensamientos y se dio la vuelta para mirarla. Estaba en la puerta que daba al piso y la luz del interior silueteaba sus curvas y hacía que deseara cosas que no tenía derecho a desear. Nunca la había visto tan guapa… o deseable. El vestido rojo se le ceñía al cuerpo y las bandas que se le cruzaban por delante de los pechos le despertaron un deseo que había sofocado firmemente desde que estuvieron en la Toscana.

–El rojo es perfecto.

Él lo contestó inexpresivamente mientras reprimía los recuerdos de los momentos que habían pasado juntos durante el fin de semana, momentos que no podían repetirse. Había creído que, si se dejaba llevar por el deseo que le quedaba desde Londres, ese deseo desaparecería. Eso solía bastar para que se le apagara el interés por una mujer, pero no había conocido a una mujer como Piper, una mujer que hacía que sintiera otra cosa, que hacía que anhelara cosas que no podía anhelar cuando había deshecho las vidas de su hermano y su madre. En realidad, no era mejor que su padre y de joven se había prometido no ser como él.

–Entonces, estoy preparada para que nos marchemos.

Tomó un bolso plateado, se levantó el vestido para volver a entrar en el piso y él vio unas sandalias plateadas atadas a los tobillos que, de repente, le parecieron la cosa más sexy que había visto nunca. ¿Tenían que salir esa noche? Dio vueltas en la cabeza a

la idea de quedarse y se avivaron los rescoldos de la pasión que los había abrasado en la Toscana, a la idea de relajarse en compañía de Piper antes de irse a la cama, a la cama de él no al maldito cuarto sobrante.

Dejó escapar una maldición para sus adentros. Era imposible. Tenían que representar la farsa de su compromiso, tenía que recordar por qué la había organizado. Las palabras de Benjamin Carter surgieron del rincón de su cabeza donde las había relegado. «Tenemos que encontrar una mujer que esté dispuesta a casarse pronto y sin rechistar. Una mujer en la que podamos confiar, que sea fiel y discreta».

Piper se dio la vuelta cuando él entró en el piso.

–Perdona, ¿has dicho algo?

–Tenemos que irnos. La idea de ir a la ópera no es por diversión, es para divulgar nuestro compromiso, para que la prensa se entere y contrarrestar el artículo.

–Lo sé –contestó ella con una repentina frialdad en los ojos que lo atravesó.

–*Va bene* –Dante abrió la puerta del piso y esperó a que ella pasara–. Si nos ven esta noche, solo necesitaremos salir un par de veces más y, con un poco de suerte, cerraré la operación con D'Antonio.

–Entonces, demos motivos para que todo el mundo hable de nosotros.

Piper salió y se quedó en un silencio sepulcral mientras el ascensor los llevaba hasta el coche que estaba esperándolos, un silencio que se mantuvo durante el corto trayecto hasta el edificio de la Ópera. Cuando entraron, él se alegro al ver que Piper se tomaba en serio el papel que tenía en su vida. Sonrió y posó con él delante de los fotógrafos como si hubiese nacido para ser una celebridad. Llevaba con tanta naturalidad esa ropa exclusiva, y era tan distinta a la pelirroja con vaqueros y un poncho que se presentó en su despacho, que parecía increíble que solo hubiese pasado poco más de una semana.

Se mantuvo en su papel incluso después de que la prensa hubiese desviado su atención hacia otros ricos y famosos. La observó mientras hablaba con una pareja de personas mayores. Sabía que debería alegrarse de que se hubiese adaptado a ese papel, pero le desasosegaba que lo hubiese hecho tan fácilmente. Había pasado de ser una chica normal y corriente a ser otra con una fortuna a su disposición. Le gustaba representar el papel de ser su prometida y parecía dispuesta a saborear todo lo que pudiera esa

forma de vida.

Cuando Piper volvió a su lado, con una sonrisa sincera en los labios, él vio que Capricia Conneta se dirigía hacia ellos y puso un gesto de fastidio para sus adentros. Iba a ser una prueba de fuego para la recién adquirida confianza en sí misma de Piper. Capricia no era una mujer que se escondiera detrás de cortesías.

–*Ciao*, Dante –la morena alta y esbelta lo abrazó y le dio un beso en cada mejilla antes de dirigirse a Piper–. ¿Tú eres la mujer que ha conseguido convencer al crápula de Dante Mancini para que te ponga un anillo en el dedo? Enhorabuena. Evidentemente, eres una mujer mejor que yo.

–En realidad, él tuvo que convencerme a mí para que lo llevara.

La réplica altiva a esa adversaria desconocida fue inesperada y Dante tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse por la expresión de Capricia.

–No des por supuesto que puedes domarlo. Es un hombre implacable, tanto en una sala de reuniones como en un dormitorio.

Capricia se dio media vuelta y se alejó con un gesto muy teatral dejando en el aire esas palabras cargadas de despecho.

–¿Por casualidad es una examante?

Él asintió con la cabeza. No se sentía nada orgulloso por haber estado relacionado con semejante mujer, pero ella siguió hablando antes de que él pudiera decir algo.

–¿Podemos ocupar nuestros asientos?

Dante notó que Piper podía estar perdiendo la entereza, que el enfrentamiento con Capricia la había afectado más de lo que quería que él notara y se había quedado pálida.

–¿Estás segura de que estás bien o…?

–Claro –le interrumpió ella–. El espectáculo tiene que continuar y todo eso.

El tono amargo de su voz le indicó otra cosa, pero la acompañó a los asientos.

–¿Un palco? –le preguntó con cierto nerviosismo.

–Hemos venido para que nos vean. Somos unos enamorados que hemos salido…

–Claro, qué tonta.

Dante se había sentado a su izquierda y la había observado durante casi toda la ópera. Había parecido completamente absorta por lo que pasaba en el escenario y ajena a la presencia de él. Lo supo porque había estado en el lado de su ojo ciego, pero le irritaba

muchísimo que pudiera borrarlo de su cabeza con esa facilidad cuando él no podía dejar de pensar en ella. No lo había mirado ni una vez ni le había hecho ningún gesto que hubiese demostrado que estaban enamorados a cualquiera que hubiese estado mirándolos.

En ese momento, estaba sentado a una mesa con otros cuatro comensales que intentaban sacarle a Piper toda la información posible sobre su compromiso. Ella les sonreía con amabilidad, pero, cuando él la miraba, ella apartaba la vista con timidez. El rubor de sus mejillas debería haberle enojado, pero, por algún motivo extraño, no le enojaba. Eso resaltaba lo distinta que era a Capricia y a ese tipo de mujeres, y hacía que lo que sentía por ella fuese más intenso cuando no quería sentir nada en absoluto… por nadie.

–Nunca me imaginé que acabarías claudicando y casándote –comentó uno de los hombres mientras levantaba una copa y enojaba más todavía a Dante.

Sin embargo, él también levantó la copa y se acordó de la conversación que había tenido hacía poco con su madre, quien había dado por supuesto que por fin había hecho las paces consigo mismo y podía sentar la cabeza para formar una familia. Si supiera la verdad… Sin embargo, nunca la sabría.

–¿Habéis fijado una fecha? –le preguntó una mujer mayor.

Piper lo miró con una sonrisa, pero él captó que estaba pidiéndole ayuda con la mirada.

–El verano que viene –contestó él mientras Piper arqueaba las cejas–. En la Toscana.

El estómago de Piper dio un vuelco al pensar en el verano siguiente, cuando sería madre y estaría casada con el padre de su hijo. ¿Cómo se había precipitado todo de esa manera cuando lo único que había querido había sido decirle a Dante que iba a ser padre? Había creído que el destino le había echado una mano cuando había visto el artículo y había podido averiguar el nombre del padre del hijo que estaba esperando.

–¡Una boda en verano! Naturalmente, saldréis en un artículo… –la mujer desvió la atención hacia Dante–. Eso sí, cerciórate de que sea mejor que el último en el que saliste…

Piper miró fugazmente a Dante y vio que apretaba los dientes por el sarcasmo. No pudo evitarlo y le tomó la mano, que tenía cerrada en un puño encima de la mesa. Giró bruscamente la cabeza y ella le sonrió.

–Claro que será muy distinto. Hablará del que, con toda certeza,

será el día más feliz de mi vida.

Piper contuvo la respiración cuando la miró. La pasión que se reflejaba en sus ojos convencería a la pareja de personas mayores de que estaba enamorado de ella. Entonces, para su sorpresa, él se llevó su mano a los labios y le besó los dedos mirándola fijamente.

–No tengo la más mínima duda –replicó la mujer antes de meterse en una conversación vehemente con su marido.

Aunque la conversación era en italiano y no entendía ni una palabra, sabía que ella era el tema de la conversación.

El resto de la noche transcurrió muy bien y Dante mantuvo toda su atención centrada en ella. Él había representado su papel a la perfección y ella había hecho lo mismo. Sabía que él esperaba que su compromiso fuese la comidilla de toda la alta sociedad de Roma y que las fotos de ellos en la ópera salieran en la revista que había provocado ese trato.

Ella había intentado sonreír durante toda la noche y el esfuerzo estaba pasándole factura. Estaba encantada de poder cerrar la puerta a Roma y a las personas con las que se había mezclado. Sentía un poco de náuseas. El esfuerzo para ser una prometida entregada había sido excesivo. Estaba agotada.

No podía creerse el tipo de vida que estaba llevando. No solo le dejaba fría la ropa que llevaba, los sitios a los que iba y los empleados que tenía a mano para que le proporcionaran todo lo que necesitaba, también era la gélida y velada superioridad de las personas que vivían esa vida. Dante parecía cómodo en ese mundo, pero ella no estaba plenamente convencida de que perteneciera a él o de que quisiera formar parte de él. Le había parecido que estaba más relajado y contento en la Toscana.

–No estoy segura de que me guste captar toda esta atención –comentó ella mientras lo miraba servirse una bebida.

Debería acostarse directamente, pero estaba segura de que no se dormiría. Él estaba más frío con ella desde que salieron del restaurante. Sus muestras de afecto solo habían sido de cara a la galería.

–Se necesita tiempo para acostumbrarse –replicó él tapando la frasca y respondiéndole sin querer la pregunta que no había formulado.

–¿Cuánto tardaste tú?

Ella quería hablar, sentirse más cerca de él, saber más cosas de él. Estar cerca físicamente no era suficiente para ella, para la chica que siempre había soñado que un príncipe azul se la llevaría y serían felices para siempre. Aunque él no lo era, ni mucho menos, sí

había hecho que esa noche se sintiera como una princesa.

–No me acuerdo –él eludió la pregunta–. Pareces cansada. ¿No deberías descansar por el bebé?

Estaba preocupado… no por ella, por el bebé, por el hijo que no quería en realidad, el que había llegado como parte del trato que había firmado con ella para salvar su reputación. ¿Acaso no lo convertía eso en alguien tan superficial como todos los hombres y mujeres con los que había departido esa noche?

–Sí, lo estoy –una sombra de preocupación cruzó el atractivo rostro de él cuando ella contestó en un tono un poco cortante–. Buenas noches.

–Mañana por la mañana saldré temprano –él dio un sorbo de brandy y miró la bebida en vez de mirarla a ella–, pero te recomiendo que descanses todo el día, tenemos una fiesta por la noche.

–¿A qué hora quieres que esté preparada para que represente el papel de tu prometida?

Se sorprendió a sí misma por la dureza de su pregunta y él también se quedó asombrado a juzgar por su manera de arquear la ceja.

–Saldremos a las siete.

–Muy bien.

Ella se dirigió hacia el cuarto que debería ser el de él. A pesar de la pasión que había brotado en la Toscana, él no mostraba ninguna intención de compartirlo con ella. Debería alegrarse, al fin y al cabo era lo que deseaba, pero el rechazo, a ella como mujer, le dolía más de lo que había podido imaginarse. Tendría que endurecerse si quería que ese maldito trato saliera bien. Solo tenía que recordar por qué estaba haciéndolo, por su bebé.

Capítulo 11

HABÍAN desaparecido el entusiasmo y la energía por representar el papel de prometida de Dante. Él estaba cada vez más distante, al menos, en privado. En público era más encantador y atento todavía, lo cual, resaltaba el desapego.

Miró por la ventanilla mientras el coche avanzaba entre el tráfico de Roma e intentó sofocar la náusea, que ya era omnipresente. El médico había vuelto a visitarla ese día ante el empeño de Dante, pero les había asegurado que era parte del embarazo y que pasaría. La voz de Dante la sacó de sus pensamientos.

–Llegaremos dentro de unos minutos. Le fiesta es uno de los acontecimientos más esperados de la vida social en Roma y la prensa estará expectante.

–Entiendo. Esta noche será como todas las demás. Pienso cumplir mi parte del trato.

–Como yo pienso cumplir la mía.

Dante la miró y el coche vibró un instante por la atracción que seguía sintiendo por ella.

–Eso espero, Dante. Tú estás haciéndolo por un trato, pero yo estoy haciéndolo por nuestro hijo.

–También un trato.

La réplica cortante dejó zanjada la conversación y le confirmó que seguía siendo tan interesado como siempre. Debía de haberse imaginado esos recuerdos de cercanía cuando estaba enferma. Ellos solo eran una operación empresarial.

Cuando el coche se paró delante de uno de los mejores hoteles de Roma y vio la legión de fotógrafos a ambos lados de la alfombra roja, deseó no tener que hacer aquello y enfrentarse a todos ellos. Los fotógrafos eran lo de menos, lo de más eran las mujeres que vivían esa vida en la que ella debería encajar. Mujeres como Capricia Conetta, quien no solo era examante de Dante, sino que practicaba el arte del esnobismo. Ella jamás se había sentido una de ellas.

Dante se bajó primero del coche y le tendió la mano para recorrer la alfombra roja. El vestido verde esmeralda, con una abertura por delante, enseñaba las piernas más de lo que a ella le

gustaría e intentó pasar por alto la mirada cargada de deseo de Dante. Se recordó que todo era teatro. Él estaba representando el papel de novio encandilado. En público, nadie podía dudar de la atracción que sentía por ella, nadie podía dudar que la deseara, pero se olvidaba de ese papel en cuanto estaban solos. Ella también tenía que aprender a hacerlo si quería salir indemne de esa farsa.

–Sonríe –le susurró él mientras se acercaba.

Cuando lo miró, vio que sus labios casi rozaban los de ella. Clavó sus ojos en los de él y se olvidó del resto del mundo, solo quería que la besara, necesitaba sentir sus labios y paladearlo mientras estrechaba su cuerpo contra el de ella. Sonrió, pero no rompió el hechizo. Oyó que él decía algo, pero no supo qué ni en qué idioma. Solo podía mirar sus ojos oscuros. Cerró los suyos cuando los labios de él tocaron sus labios, deseaba tanto su beso que no podía soportarlo.

Él no se apartó y el beso siguió siendo leve, tan provocador que era una tortura. Piper suspiró en sus labios y, cuando se apartó, abrió los ojos como impulsados por un resorte. Entonces, se dio cuenta del resplandor de los flashes y de que los fotógrafos estaban llamándolos. La multitud que se había congregado para ver la llegada de los ricos y famosos gritaba y vitoreaba. Se sonrojó y tragó saliva sin saber qué decir.

–Ha sido muy convincente, *cara*.

El brillo malicioso de sus ojos hizo que vibrara por dentro y que la emoción se adueñara de ella. Casi se había delatado, casi había dejado que él viera y notara lo que sentía, que cada vez era más intenso, y eso habría sido el mayor de los errores.

–Creía que era lo que querías –replicó ella mientras se reponía.

Se dio la vuelta para mirar a los fotógrafos antes de que él tuviera tiempo de decir algo y no tuviera más remedio que quedarse a su lado. Sonreía, pero no lo hacía por sí misma ni por Dante, lo hacía por su hijo y por el trato que había firmado con ese hombre, con el que había pasado la primera noche para demostrarse que estaba viva, que podía sentir y, sobre todo, que podía hacer lo que quería. Qué mal había salido todo.

Un momento después, él la llevó por la alfombra roja y entraron en el hotel. Por un instante, se sintió perdida y vacía, ese beso, levísimo, la había dejado sin fuerzas. Él le puso la mano en la parte baja de la espalda y la guio entre la multitud de invitados a la fiesta. Su entrada había llamado la atención de algunos invitados y el alma de le cayó a los pies cuando vio que Capricia se dirigía hacia ellos con los ojos clavados en Dante. Era la persona que

menos le apetecía ver cuando se sentía tan frágil y desplazada. Había pasado todo el día luchando contra las crecientes ganas de desaparecer, de olvidarse del trato y de Dante, pero no podía hacerlo, tenía que pensar en el bebé.

–*Ciao*, Dante –Capricia se colgó de él mientras se besaban en las mejillas–. Observo que todavía no te has cansado de tu protegida.

Piper se mordió la lengua por el insulto, que había dicho en inglés para que ella lo entendiera. No quería ser como esa mujer. Se acordó de cuando era niña y se quedaba sola en el colegio porque nadie quería ser amiga de la niña que era ciega de un ojo. Entonces, tampoco tuvo ganas de ser una más. Sabía, con resignación, que no pertenecía a ese mundo y nunca pertenecería.

–¿Como habrías hecho tú?

Dante lo preguntó con un tono ligeramente seductor, pero con una mirada implacable que indicaba su verdadero estado de ánimo. Capricia prefirió pasarlo por alto y centrarse solo en el coqueteo.

–Ahora, si me disculpáis, volveré con mi novio.

Dante había visto que Piper se había quedado pálida antes incluso de que hubiese llegado Capricia. Sonrió por el asombro que se reflejaba en ese momento en su cara. Él había despachado a la mujer con la que había tenido una aventura muy fugaz y la llevaba entre los invitados aunque el remordimiento lo corroía por dentro. Se había dado cuenta de que había estado más pálida e inquieta y se había empeñado en que la viera el médico para cerciorarse de que el bebé y su madre estaban bien. No quería correr riesgos.

También sentía remordimientos por haberla llevado con él noche tras noche, pero había sido necesario. Era imprescindible que convenciera a todo el mundo, y a Bettino D’Antonio, de que había dejado de ser un playboy y había sentado la cabeza. También había decidido que concedería una exclusiva sobre su compromiso a *Celebrity Spy!* Sería la manera más segura de que se supiera que estaba decidido a cambiar de vida.

–Siento lo de Capricia –le comentó Dante en voz baja mientras le daba un vaso de agua–. Nadie debe presenciar una escena así si queremos llevar a buen puerto este trato.

¡Maldición! ¡No había querido decir eso! Había querido decirle que ella, en su estado, no tenía por qué oír esas cosas. Había querido demostrar que se preocupaba, que estaba a su lado. ¿Por qué le había salido eso y había parecido tan interesado, tan parecido al Dante Mancini que el mundo creía que era?

–Solo demuestra lo increíble que es que te hayas prometido.

No lo miró, pero dio un sorbo de agua y miró alrededor como si le interesaran los invitados a la fiesta. Lo desconcertaba. Unas veces creía que le gustaban esas cosas, la ropa nueva y glamurosa y ser el centro de atención, pero, de repente, decía cosas que no encajaban con ese tipo de mujer.

–No ha sido tan fácil como me imaginaba.

Él había dicho lo que pensaba antes de que hubiese tenido la oportunidad de pensarlo mejor, algo que no hacía nunca… que no lo había hecho hasta que esa mujer había entrado en su vida.

–¿Has sabido algo de Bettino?

Ella lo miró con un brillo vehemente en los ojos que hacía que parecieran dos esmeraldas. Él miró la copa de champán e intentó dominar la inquietud que sentía por no haber sabido nada de D'Antonio. Había estado seguro de que la charla de arte de Piper había bastado para convencerlo, pero, al parecer, todavía no estaba convencido.

–No –contestó él después de dar un sorbo.

Supo, por la expresión de incertidumbre de ella, que estaba frunciendo el ceño. Creía que se lo reprochaba a ella. Aun así, no podía moderar sus palabras. No estaba acostumbrado a no conseguir lo que quería.

–No entiendo por qué tarda tanto.

–No ha pasado ni una semana desde que cenamos en su villa –replicó ella.

Piper intentaba apaciguarlo, pero él notaba que estaba poniéndose de mal humor.

–Demasiado tiempo.

La miró e intentó adivinar lo que iba a decir. ¿Ella también pensaba que su compromiso no había servido para ganarse a D'Antonio?

–Podrías ir conmigo a conocer a mi madre. Si llegamos juntos a Londres, podría servir de algo.

–No.

Él dejó escapar una maldición para sus adentros. ¿Por qué se empeñaba tanto en meter a su madre en su supuesto trato? Él le había explicado la situación a su madre y ella no había entendido nada. Entonces, ¿por qué Piper tenía que darle una impresión falsa a su madre?

–Te aconsejé que le explicases la situación verdadera a tu madre –añadió él.

Dante lo dijo sin alterarse, pero en un tono implacable e

intentando que los demás invitados no oyeran su conversación. Todavía existía la posibilidad de que su operación saliera bien y, lo que era casi igual de importante, existía la posibilidad de que la organización benéfica que financiaba siguiera queriendo que fuese patrono. Tenía que ayudar a que los niños desfavorecidos se diesen cuenta de que valían para algo en la vida, sobre todo, cuando un solo acto de amabilidad le había puesto a él en el camino de conocerse a sí mismo y, en definitiva, lo había convertido en el hombre adinerado que era en ese momento.

–Solo intento convencer a los medios de comunicación de que lo que hay entre nosotros es de verdad.

–Pero no lo es, ¿verdad, *cara*?

La miró como si quisiera indicarle que lo único verdadero que había entre ellos era esa atracción sexual que los había llevado a esa situación y lo había cambiado todo. Lo único que quería era que todo volviera a ser como la mañana que ella había firmado el contrato y, si tenía que apartarla para que entendiera que su situación era insostenible, lo haría… y había una manera de conseguirlo con toda certeza.

–Me gustaría conceder a *Celebrity Spy!* la exclusiva de nuestro compromiso.

–¿Qué?

Piper parpadeó sin creerse lo que había oído. ¿Había dicho que había invitado a la revista que era la responsable de lo que estaba pasándoles?

–Será la mejor manera de que todo el mundo vea que vamos en serio.

Dante clavó los ojos oscuros en los de ella como si la retara a que se opusiera. Esa vez le había pedido demasiado, había llevado demasiado lejos su interés por la operación empresarial.

–Tú lo haces, no yo.

La decepción fue infinita. Si eso no demostraba que ella solo era una operación empresarial, incluso después del fin de semana que habían pasado en la Toscana, nada lo demostraría.

–Firmaste el contrato e, incluso, añadiste tus condiciones, Piper. Ahora no puedes echarte atrás. Daremos esa entrevista. Así, por lo menos, no tendrás que cansarte yendo de fiesta en fiesta todas las noches.

El murmullo de la fiesta los rodeaba y Piper miró alrededor, miró a las mujeres con piedras preciosas y vestidos exclusivos que,

seguramente, no volverían a ponerse jamás. No pertenecía a ese lado de ese mundo, ella estaba entre bambalinas, en los frenéticos preparativos de esos actos.

–Este no es mi mundo, Dante.

Ella misma captó el tono resignado de su voz y supo que tenía que reunir fuerzas para hacer lo que había que hacer.

–¿No te gusta la atención, la ropa nueva y los sitios glamurosos?

–No es a lo que estoy acostumbrada.

–Me cuesta creerlo, *cara*.

Sin inclinó hacia ella con una voz grave y sexy y ella supo que no lo hacía porque quisiera hacerlo, sino que era parte del teatro.

–Muy bien, nos marcharemos en cuanto podamos.

Durante el resto de la fiesta, intentó pasar por alto el tono gélido de Dante y su insistencia en que el trato que tenían era como cualquier otro. No lo era para ella. Ella había hecho el trato por la felicidad futura de su hijo, no era una ridícula operación empresarial. Además, aunque quisiera parecer mejor por la organización benéfica que financiaba, eso no aliviaba el dolor del rechazo ni justificaba que tuviera que aparecer en una revista posando como su prometida.

Allí, en la fiesta, mientras observaba a esas mujeres falsas y vanidosas, supo que, independientemente de sus intenciones originales, no quería que su hijo se criara formando parte de esa vida. Ella no formaba parte de esa vida, pero habría encajado en ella, habría aprendido a formar parte de ella, si Dante la hubiese querido de verdad. No la había amado en ningún momento y su matrimonio no sería el cuento de hadas que había soñado, pero sí podía ser un matrimonio feliz para criar a su hijo si él dejaba a un lado la parte empresarial de su relación.

Cuando dieron las doce y su fuerza llegó al nivel más bajo, supo que había terminado. Lo había intentado, había intentado darle a Dante lo que quería, pero ya sabía que nada sería bastante para él. Quería marcharse, pero la imagen del contrato firmado le quemaba en la cabeza. Había accedido a ser su prometida primero y su esposa durante dos años después. ¿Podía soportar el mundo de él y confiar en que cumpliría su parte del contrato?

Supo la respuesta sin ambigüedades. No, no podía.

Capítulo 12

HABÍA intentado ser racional y que los sentimientos no influyeran en sus decisiones, pero después de la noche más solitaria de su vida aceptó por fin que estar con Dante no podía salir bien. Si él no quería atenerse plenamente al trato que firmaron aquella mañana en su despacho, ¿cómo iba a estar al lado de su hijo?

No podía soportar la idea de que su hijo quedara desolado cuando su padre no se presentara un día, como estaba previsto, y sabía que ese era el padre que sería Dante. Para él, nada sería tan importante como cerrar la siguiente operación. Además, si bien no podía impedir que Dante viera a su hijo o hija, quería algo más para su bebé, quería que recibiera lo que ella había recibido de su padre, un amor incondicional y un padre que estuviera al lado de ellos pasara lo que pasase. Dante ya había demostrado que él no veía así la paternidad. Que no quisiera implicar a su madre en la vida de su hijo le demostraba que pensaba tener un papel muy pequeño cuando el bebé hubiese nacido.

Hizo el escaso equipaje que había llevado a Roma y se puso los vaqueros y el poncho que llevaba el día que fue a esperarlo a su despacho. Echó una ojeada al dormitorio que había esperado compartir con él después de los días que habían pasado en la Toscana, salió y fue a buscar al hombre al que, en teoría, estaba prometida. Estaba serena. Aquello había terminado, fuera lo que fuese.

–*Buongiorno.*

Él ni siquiera dejó de leer lo que estaba leyendo y el alma se le cayó un poco más a los pies. Ella no le interesaba lo más mínimo, solo era una marioneta, la había utilizado cuando había hecho lo que había creído que tenía que hacer al decirle que tenían un hijo como resultado de la noche que habían pasado juntos.

–¿Estás trabajando tan temprano?

Ella lo dijo con despreocupación mientras se servía un vaso de agua y lo observaba para memorizar al hombre que amaba.

El hombre que amaba…

Se quedó mirándolo y preguntándose qué había pasado. ¿Cuándo le había entregado el corazón a un hombre que no sabía lo que eran los sentimientos, y mucho menos el amor?

–Esta tarde tengo una reunión y será larga. Esta noche podrás descansar. Mañana tenemos una cena y entonces organizaré la entrevista de la exclusiva.

Sus palabras gélidas, como si estuviese hablando con un empleado, se abrieron paso entre sus pensamientos. Amaba a ese hombre e iba a tener un hijo suyo, pero eso no significaba nada para él.

–Esto no es lo que quería, Dante.

Lo dijo antes de que pudiera pensarlo, pero, una vez dicho, sintió un alivio inmenso. Tenía que ser sincera consigo misma y el bebé. Daba igual lo que sintiera por Dante, su amor no contaba, él era inaccesible y le desgarraría el corazón quedarse e intentar encontrar al hombre que podía ser, el hombre que ella deseaba. Recordó todo lo que le había contado sobre Alessio. Entonces, él había tenido sentimientos. ¿Tanto le había cambiado la pérdida de su hermano?

–¿Qué no es?

Él la miró con el ceño fruncido y el tono cortante de su voz la devolvió al presente. Él no tenía ni idea. ¿De verdad creía que le gustaba esa vida materialista donde todo el mundo parecía tener alguna intención oculta?

–El… El trato que hicimos –ella balbució antes de encontrar una fuerza interior–. No puede salir bien.

Él dejó los papeles y se acercó a ella con una mirada de recelo.

–¿Qué estás queriendo decir?

Estaba tan cerca que, si cerraba los ojos y tomaba aire, inhalaría su loción para después del afeitado y ese olor a recién duchado que le encantaba, que la recordaba al fin de semana que habían pasado en la Toscana. Apagó los sentidos para que los sentimientos no entraran en su decisión. Tenía que ser firme por su hijo, ya que no por ella.

Se puso muy recta y lo miró a los ojos. Captó desconfianza donde había visto deseo y pasión. Si se hubiesen quedado aislados en la Toscana, quizá hubiese podido sortear las barreras que lo rodeaban, el muro impenetrable que utilizaba para dejar fuera a los demás. Sin embargo, la calidez sincera y la comprensión se habían esfumado en cuanto había vuelto a Roma, a su mundo sofisticado. La propuesta de conceder una exclusiva sobre su compromiso se sumaba a la sensación de que la había utilizado, y eso le dolía más que cualquier otra cosa.

–No puedo ser lo que quieres que sea.

Esos ojos oscuros que habían estado llenos de deseo hacia ella se

habían convertido en unos ojos duros como el granito, pero ella hizo un esfuerzo para decir lo que había que decir.

–Y tú, Dante, tampoco puedes ser lo que quiero que seas. No saldrá bien.

–Hicimos un trato.

Dante entrecerró los ojos, pero ella no se dejó intimidar aunque él se acercó más y amenazó con liquidar la fuerza a la que tenía que aferrarse.

–Sí –Piper retrocedió para alejarse de la intensidad de su mirada–, y he intentado cumplir mi parte de ese trato. Yo no tengo la culpa de que Bettino no haya elegido tu empresa y, desde luego, no tengo la culpa de que tu círculo social no haya hecho nada más que conjeturas sobre nuestro compromiso.

–Las conjeturas serán completamente distintas si vuelves a tu estilo de siempre.

Piper captó el brillo de desagrado en sus ojos. La había mirado como la miró en su despacho. Sintió una punzada dolorosa que le recordó a su infancia, cuando se quedaba sola y las chicas murmuraban sobre ella. Sabía muy bien por qué no la deseaba ya, y no tenía nada que ver con la ropa que llevara. Ella le había dicho la verdad, que no era perfecta, y en ese momento, por ese motivo, no encajaba ni en su mundo ni en sus planes.

–No puedo ser lo que no soy, Dante.

Por fin reunió la fuerza que le había faltado desde hacía días y podía hacer lo que sabía que tenía que hacer, aunque le doliera, aunque significara darle la espalda al hombre que le había robado el corazón. Ya no quería volver a ser esa chica solitaria. El amor de su padre le había dado valor para aceptarse y para ser esa persona. Necesitaba un hombre como él, no como Dante.

–Como tú tampoco puedes ser lo que necesito –añadió ella.

–¿Qué estás intentando decir?

La aspereza de su tono estuvo a punto de acabar con la firmeza que necesitaba para llevar a cabo la decisión que tomó la noche anterior mientras daba vueltas en la cama.

–No puedo quedarme… así –contestó ella con las manos extendidas en un gesto de desesperanza.

–¿A cambio de qué te quedarías? ¿De más ropa y joyas? ¿De dinero?

La acusación despiadada hizo mella en sus sentimientos ya desequilibrados. Creía que era una mujer materialista como Capricia, que salir de compras e ir a una fiesta lo arreglaría todo.

–Si crees de verdad que me quedaría por algo de eso, es que no

me conoces en absoluto.

Corría el peligro de que se le notara el asombro y la decepción y por eso le dio la espalda, cruzó la habitación y se dirigió hacia el refugio de su dormitorio. No tenía nada más que decirle. Era posible que se hubiese enamorado de él, pero, si había llegado a tener alguna duda sobre marcharse, lo que acababa de decirle le confirmaba que era exactamente lo que tenía que hacer.

Se dio la vuelta y lo miró por última vez. La rabia que vio en su atractivo rostro fue lo que le faltaba.

–Adiós, Dante.

El pasmo le daba vueltas en la cabeza. Iba a marcharse, no iba a cumplir el trato. Debería alegrarse. Al fin y al cabo, no tenía ningunas ganas de casarse, y menos de ser padre. Le aterraba idea de volver a ser responsable de alguien. No podía ser lo que necesitaba alguien cuando el remordimiento por la muerte de Alessio todavía lo corroía por dentro. Ese remordimiento se hizo mayor cuando Piper le contó por qué había ido a Roma. Lo había desgarrado, a él y a su vida, cuando le había dicho que quería algo que él no podía darle. No podía amar a un hijo, no podía estar a su lado en los trances de la vida cuando le había fallado tan estrepitosamente a su propio hermano. No podía volver a hacérselo a nadie.

–Hicimos un trato, Piper. Firmaste los documentos, aceptaste convertirte en mi esposa y ese trato seguirá en vigor hasta dos años después de que nos hayamos casado.

Él se obligó a no pensar en lo que implicaba empeñarse en que se casaran.

–¿Qué matrimonio sería ese si seguimos este camino desastroso? ¿Qué padres seremos si nuestro hijo no puede conocer siquiera a sus abuelas? –preguntó Piper con impotencia.

Se puso las manos en el abdomen, que todavía no daba muestras de contener a ese hijo del que hablaba, aunque, por lo menos, el médico había confirmado que estaba embarazada. ¿Debería haberle exigido que se hiciera la prueba que confirmara que era el padre del bebé? Las preguntas se le amontonaban. La reaparición de Piper en su vida lo había desbaratado tanto que no lo había pensado, algo que no solía pasarle. Normalmente, tenía las riendas de todo.

La última vez que no las tuvo, cuando jugó mal su baza, su hermano desapareció en la oscuridad de última hora de la tarde. Se había enfadado con Alessio, pero se había enfadado más todavía

consigo mismo. Había expulsado de su vida a otra persona por quererla. Había querido a su padre y los había abandonado sin despedirse siquiera. Había querido a Alessio, había intentado ser un padre y un hermano para él, solo había querido darles lo mejor a su madre y a su hermano, pero la noche que Alessio se marchó él había enterrado el corazón y los sentimientos, y se había convertido en el hombre encallecido que era en ese momento. Eso era lo más seguro.

–No voy a meter mi madre en nuestro sórdido trato.

Sabía muy bien lo que estaba haciendo ella y no iba a consentirlo. Su madre ya lo había pasado bastante mal. Ya le reprochaba a él todo el dolor que había padecido y estaba seguro de que no iba a permitir que Piper fuese una preocupación más. Lo único que había querido toda su vida era que se perdonase a sí mismo, que sentara la cabeza y que tuviese hijos. Era muy irónico que ella hubiese conseguido lo que deseaba, pero que él no se hubiese perdonado a sí mismo. Eso era imposible.

–No puedes fingir con tu madre que nuestro matrimonio es de verdad.

Ella lo dijo sin disimular la emoción y se quedó delante de la puerta del dormitorio, un dormitorio que él no había utilizado desde la llegada de ella. Sin embargo, sí había dormido con ella en la Toscana y le había gustado la sensación de dormir con ella entre los brazos, algo que no había hecho jamás con ninguna mujer. En el fondo, sabía que no había sido solo porque estaba relajado en la villa, sabía que tenía que ver con la mujer a la que abrazaba después de haber hecho el amor con ella… y era algo que le ponía los pelos de punta.

–Ya le he escrito un correo electrónico para explicarle la situación, que nuestro compromiso y matrimonio son por el bien de la Fundación Esperanza.

Vio el dolor reflejado en aquellos maravillosos ojos verdes, pero era lo mejor. Se sentía como si estuviese al borde de un cráter lleno de sentimientos burbujeantes y que, si daba un paso en falso, caería y esos sentimientos lo devorarían.

–Y por tu operación con Bettino –añadió ella en un tono dolido–. No creo que vayas a olvidarte de la operación, pero sí creo que eres tan frío en insensible que le has escrito un correo electrónico para contarle esa noticia. ¿Cómo he podido llegar a pensar que…?

Ella no acabó la frase, pero él tampoco quiso saber lo que había estado a punto de decir. Ya lo sabía a juzgar por la expresión de su rostro y de la preocupación que veía en sus ojos. ¿Cómo había

podido llegar a pensar que podría casarse con él? No quería oír la verdad, solo quería alejarla de sí mismo más todavía.

En vez de pensar en la única mujer que se le había quedado en la cabeza después de una noche de pasión, la única mujer a la que podría haber amado si las cosas fuesen distintas, volvió a pensar en su madre y en la reunión que tenía con ella más tarde. Su madre lo había citado en su casa después de haber recibido el correo electrónico, pero no iba a reconocérselo a Piper. No quería darle esa munición y, desde luego, no quería que su madre fuese al piso de él y conociera a Piper. Sabía intuitivamente que, si las dos se conocían, él perdería el control de todo y lo único que quería conservar siempre era el control.

Esa noche iría a ver a su madre y describiría a Piper como una mujer tan fría e interesada como él. En ningún caso le contaría que Piper estaba esperando un hijo suyo. Eso le daría demasiadas esperanzas y ya se las dio cuando le aseguró que encontraría a Alessio después de que se marchara. Años más tarde, cuando lo encontró, vio un dolor en el rostro de su madre como el que no le había visto jamás. Le había dado falsas esperanzas y no iba a volver a hacerlo.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Dónde estaba el hombre cariñoso con el que había pasado el fin de semana en la Toscana? Ese hombre frío e interesado era mucho peor que el que había descrito *Celebrity Spy!*, era, precisamente, lo que no quería como marido… ni como padre de su hijo.

Tenía que marcharse, no podía hacer otra cosa. Tenía que volver a Londres y olvidarse de esos sueños absurdos de felicidad. No tenía a nadie en el mundo, menos a su madre, pero tampoco necesitaba a un hombre con un corazón tan frío como el de Dante.

–¿Cuánto tardaste en decidir que cerrarías esa maldita operación si te comprometías conmigo?

Ella se lo preguntó con una rabia gélida en los ojos mientras él recogía su maletín, guardaba los papeles que había estado leyendo y lo cerraba. Iba a dejarla para que se carcomiera con el rechazo mientras él seguía con su vida y trabajaba hasta la noche. La miró con los ojos oscuros entrecerrados y ella sintió un escalofrío que, paradójicamente, le dio el valor y la firmeza para hacer lo que tenía que hacer.

–Hablaremos esta tarde.

–Esta tarde no estaré aquí –replicó ella en el ambiente cargado

de tensión.

Él se acercó a ella, que se mantuvo en su sitio.

–Sí estarás aquí. Firmaste un contrato, pero, sobre todo, puedo darte el tipo de vida que quieres.

Ella avanzó lentamente hacia él mirándolo a los ojos. Se le revolvía el estómago por la incredulidad de que pudiese ser tan frío y sintió unas náuseas como no las había sentido nunca, pero las dejó a un lado con rabia.

–Firmé un contrato para representar el papel de tu prometida y para que tú cerraras esa operación. Tú fuiste quien quiso cambiarme y quien me convirtió en alguien que no soy ni podré ser jamás.

–Todavía no he cerrado esa operación.

–No te pertenezco, Dante.

A Piper le tembló la voz por la mezcla de pasión e impotencia y él supo que tenía razón.

–No voy a dejar que me cambies.

Las compuertas de los sentimientos se habían abierto y Piper no podía contenerlos más. Todo el dolor y la humillación que había acumulado se desbordaron antes de que Dante pudiera decir algo.

–No puedo ser lo que quieres que sea, Dante. No soy una marioneta que se adapta a tus circunstancias y menos lo es nuestro hijo.

–¿Estás intentando decirme que no ganas nada con nuestro trato? ¿Qué me dices de la ropa y joyas que tienes?

–Me dan igual.

El estómago se le revolvió otra vez y llegó a pensar que tendría que ir corriendo al cuarto de baño. ¿Le importaría lo más mínimo a él?

–Entonces, ¿qué es lo que no te da igual, *mia cara*? ¿Qué es lo que quieres ganar de verdad?

Ella captó cierto tono de fastidio controlado y no se sentía lo bastante bien como para aguantarlo en ese momento.

–Si vamos a casarnos por el bebé, quiero que conozca a sus abuelas, sobre todo, cuando no tiene abuelos.

Ella mantuvo su posición con firmeza y, por un instante, creyó que él iba a darle un motivo para que sus madres no entraran en la vida del bebé.

–No puedo mantener esta conversación, ni en este momento ni nunca –Dante se puso la chaqueta y tomó el maletín–. Tenemos un trato, ajustémonos a él, ¿no?

–No –contestó ella sin inmutarse.

Él abrió los ojos por la sorpresa. ¿Acaso nadie la había negado nada al todopoderoso Dante Mancini? Fue hasta la puerta, la abrió y se dio la vuelta para mirarla.

–Hicimos un trato, Piper, y nada ha cambiado, pero, en este momento, voy retrasado.

–Vete, Dante. No quiero volver a verte. Cometí un error enorme al venir aquí y pienso enmendarlo.

Capítulo 13

BETTINO D'Antonio cortó la llamada y Dante se quedó un momento mirando el teléfono. Debería ponerse a dar saltos de alegría porque había conseguido el contrato, pero le daba igual si Piper se había marchado, le daba igual si no podía compartirlo con ella. Su entusiasmo por haber cerrado la operación más lucrativa de su carrera estaba empañado por el miedo. Dejó escapar un improperio en voz baja y se guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

–¿Algún problema?

La pregunta de su madre no pudo sacarlo de la desolación en la que se encontraba desde que, hacía dos días, había llegado a su piso y había comprobado que Piper se había marchado, a pesar del contrato y como le había dicho que haría. Solo se había llevado lo que era suyo desde el principio, ni siquiera se había llevado el anillo de compromiso. Lo había dejado en la mesa de él, al lado de la copia del contrato de ella, para dejarle muy claro lo que pensaba de las dos cosas. Jamás se había sentido tan a la deriva como en ese momento.

–No –él intentó contestar con entusiasmo, pero no lo consiguió a juzgar por la expresión de su madre–. Era sobre la operación que he estado persiguiendo. La he conseguido, ya tengo una de las mayores empresas de energía solar.

Su madre frunció el ceño y lo miró con reproche. Él vio a Alessio por un instante. Siempre había creído que se parecía a su madre, que tenían los mismos ojos y que ella lo miraba muchas veces como su hermano pequeño. Era otro recordatorio constante de su culpa, como si Alessio siguiera allí para reprenderlo por no haberlo cuidado.

–¿Merecía la pena?

–Claro.

Él intentó no pensar en el trato que había hecho con Piper, el trato por su hijo, para cerrar esa operación que hacía que su empresa de energías renovables fuese una de las mayores del mundo.

–¿Estás seguro?

¿Qué pretendía su madre? ¿Acaso quería que se sintiera peor de

lo que ya se sentía? Tomó las llaves del coche, asfixiado por unos sentimientos que no podía analizar en ese momento.

–Tengo que volver a Roma para poner en marcha las cosas con D'Antonio.

–Antes tienes que ir a Londres.

Su madre lo dijo con delicadeza, como siempre, pero él captó una firmeza férrea.

–Dante, tienes que resolver algunas cosas allí.

Fue como si se hubiese estrellado contra una pared. Aquel era el motivo por el que había querido mantener alejadas a Piper y su madre. Su madre no la conocía ni sabía nada sobre su hijo, pero ya estaba del lado de Piper. Aunque le había explicado el trato frío e interesado que había aceptado, si bien se había saltado un detalle importante, su madre estaba buscando algo más. ¿Qué les pasaba a las mujeres que querían una felicidad para toda la vida que era imposible?

–No voy a ir detrás de ese contrato concreto. Ha salido mal, aunque, al menos, ha logrado lo que yo quería.

Terminó de hablar y apretó los dientes por la rabia que sentía porque Piper se había marchado otra vez, una rabia mezclada con el dolor. La echaba de menos y la deseaba como nunca había creído que fuese posible y ella se había marchado.

–¿Un contrato por una empresa de energía solar vale más que tu felicidad?

Su madre lo preguntó con suavidad, pero con una firmeza que le indicó lo que opinaba. Su madre siempre le había dicho que trabajaba demasiado. Estaba orgulloso de su empresa, pero no había parado de trabajar para que fuese mejor y mayor, como si todavía estuviese buscando algo que corrigiera las cosas porque nada estaba bien. ¿Por qué iban ser distintas las cosas cuando su padre los había abandonado y Alessio había desaparecido? Estaba recibiendo lo que se merecía otra vez. Había alejado a Piper y a su hijo con ella.

–La empresa es mi felicidad. Ahora, tengo que marcharme.

No podía hablar de eso en ese momento, cuando sabía que lo que decía su madre era verdad, una verdad que no estaba dispuesto a reconocer. Se dio la vuelta para marcharse.

–Tienes que dejar de castigarte, Dante. La muerte de Alessio no fue culpa tuya.

Las palabras de su madre hicieron que le costara dar otro paso. Recordó el día que vio a su padre por última vez y lo que le dijo: «Ocúpate de ellos». Era un hombre tan egoísta que abandonaba a su familia con dos niños pequeños y, seguramente, lo dijo por decirlo,

pero él, con casi ocho años, adoptó el papel de protector y mantuvo a su familia incluso antes de que hubiese terminado el colegio. En ese momento había empezado su necesidad de triunfar.

–Eras un niño cuando tu padre se marchó…

Las palabras de su madre hicieron que se diera la vuelta para mirarla sin darse cuenta de que había apretado los puños con tanta fuerza que las llaves del coche se le habían clavado en la palma de la mano.

–Nunca quise que ocuparas su lugar, quise que fueses un niño y que crecieses a tu ritmo.

–No podía ver cómo te matabas –él lo dijo gruñendo mientras el dolor se adueñaba de él–. Me dejó a cargo de vosotros, me convirtió en el hombre de la casa cuando era un niño.

–Y yo me culpo a mí misma por lo que eso te ha hecho.

La emoción de su madre solo hizo que la rabia que sentía contra su padre y el remordimiento por haber defraudado a Alessio fuesen más intensos.

–Dante, no deberías excluir el amor de tu vida. Vive por ti mismo, no por tu padre.

Esa palabras le dieron vueltas en la cabeza y unas imágenes de Piper colisionaron con el pasado, imágenes de su sonrisa en la Toscana, de la pasión en sus ojos mientras la hacía suya una vez más y del dolor en su voz mientras le decía que no podía volver a hacerlo. ¿Ella habría sentido amor?

–No necesito el amor.

Se lo había dicho más a sí mismo que a su madre, pero supo que era mentira mientras lo decía. Con Piper, había visto lo que podía ser el amor y la felicidad, había vislumbrado una vida que no tenía derecho a desear.

–He visto las fotos, Dante, y lo que ha salido en televisión. Esa mujer te ama.

–No –replicó él en tono tajante–. Todo forma parte del trato que hicimos para que la gente creyera que estamos enamorados.

–Igual que tú la amas a ella –su madre se acercó a él–. Vete con ella, Dante, y arregla esto por ti y por ella, pero, sobre todo, por el bebé.

Se quedó mudo. ¿Cómo sabía su madre lo que le había ocultado con tanto esfuerzo? *Maledizione*. Solo se lo había dicho a Elizabeth Young porque no había tenido más remedio.

–Tengo razón, ¿verdad? Una mujer sabe esas cosas.

–¿Sobre el bebé? –él supo que era inútil negarlo–. Sí.

La resignación se adueñó de él. No había querido que su madre

se hiciera la ilusión de que iba a ser abuela, de que él iba a sentar la cabeza y formar una familia. Nunca lo había querido hasta que conoció a Piper. En ese momento, también tendría que desgarrar el corazón de su madre.

–No, tengo razón sobre que la amas.

Su respuesta lo arrancó de sus pensamientos abatidos.

–Te equivocas –replicó él rotundamente.

Se marchó de la villa de su madre para buscar la soledad de su coche. Tenía que pensar, tenía que asimilarlo todo y ordenar sus sentimientos, sentimientos que había eliminado de su vida hacía muchos años. Sentimientos que no debería desear, pero, entonces, ¿por qué quería recuperarlos? Estaba enamorado de Piper.

Las náuseas matutinas habían empeorado desde que había llegado a Londres. Entre lágrimas, le había contado toda la historia a su madre, quien la había abrazado. Había sentido remordimientos mientras se le secaban las lágrimas porque había estado segura de que su madre se habría reprochado a sí misma haberla sacado de Sídney y de su entorno. Katie y Jo, sus amigas, la habían bombardeado con correos electrónicos y llamadas para darle ánimo, pero no podían hacer mucho más desde Sídney y Piper jamás se había sentido tan sola. La gustaría que estuviese su padre para que le dijera que todo acabaría saliendo bien. Casi podía oírlo en ese momento: «Nunca te olvides de que te espera un final feliz para toda la vida, Piper».

Se lo había dicho infinidad de veces y ella siempre le había tomado el pelo, pero, en ese momento, lo único que quería era un final feliz para toda la vida con Dante. Sin embargo, era un deseo vano y no le había gustado marcharse de Roma, dejar al hombre que amaba.

Había estado enfadada con Dante durante los primeros días que había pasado en Londres, pero, en ese momento, ya había conseguido aceptarlo. El hombre al que amaba no la amaba ni podía hacerlo. Habían pasado cuatro días desde que se marchó de Roma y no había sabido nada de él. Ni siquiera sabía si había cerrado la operación con Bettino D’Antonio. Solo sabía que se le estaba rompiendo el corazón y que no sabía cómo arreglarlo.

Una llamada firme en la puerta de la casa que tenía alquilada su madre la sacó de la desdicha y encendió una lucecita de esperanza en su corazón. ¿Habría ido a buscarla? Entonces, se apagó tan deprisa como se había encendido. Dante no la perseguiría cuando

no podía tener ningún sentimiento. Seguramente, ya estaría con la siguiente mujer de su vida y ella seguiría enamorada para siempre y tendría un hijo como legado y recordatorio permanente de él.

Abrió la puerta con el corazón apesadumbrado y el frío londinense la dejó sin respiración un instante. Entonces, vio a Dante, le flaquearon las rodillas y el estómago le dio una vuelta de campana. Estaba increíblemente guapo. El abrigo que llevaba encima del traje le daba un aire distinguido y se acordó de que aquella noche, en la fiesta, había pensado lo mismo. La noche que la había besado delante del todo el mundo en la alfombra roja, entre los destellos de las cámaras que inmortalizaban el momento. Aquel beso había estado repleto de pasión y deseo, como si hubiese querido besarla de verdad. Le había dado esperanza, una esperanza falsa, y había tenido que aceptar que era parte del teatro.

–¿Piper?

El tono interrogativo de su voz la enervó y la expresión firme y decidida de su rostro le indicó que no podía esperar cosas que él no podía dar. Sobre todo, cuando ella había incumplido el trato. Había tenido que marcharse para conservar la cordura. Su amor había aumentado cada día, como había aumentado el dolor por saber que él no la amaría nunca, hasta que había llegado a ser insoportable.

–¿Qué quieres, Dante? Creía que habíamos dicho todo lo que había que decir.

Cruzó los brazos y se quedó en la puerta entreabierta. Solo quería protegerse, disimular su amor, su entusiasmo por haberlo visto, pero el brillo sombrío de sus ojos le ponía los nervios a flor de piel.

–Tenemos que aclarar cosas… sobre el bebé.

Él dio un paso y ella, instintivamente, se quedó donde estaba. No podía dejar que cruzara el umbral de su vida nueva. La decisión era dolorosa todavía y le daba miedo que consiguiera que se le esfumara la poca fuerza que tenía, que consiguiera que cambiara de opinión.

–Propongo que dejemos todo eso en manos de los expertos legales.

No iba a obligarlo a ser padre, a formar parte de la vida de su hijo, y, desde luego, no iba a entrar en detalles en ese momento. Había seguido el consejo de su madre y había buscado asesoramiento legal para encontrar la manera de rescindir el contrato.

–¿Eso es lo que quieres? –le preguntó él en un tono gélido.

–Yo no quería nada de todo esto.

El dolor por tener que contener los sentimientos hizo que le saliera un quejido y se dio la vuelta para entrar apresuradamente en la casa. Oyó que se cerraba la puerta de la calle y supo que no iba a librarse de él. Se quedó en la sala de la casita adosada, se miró en el espejo que había encima de la chimenea y se preguntó cómo era posible que la vida se le hubiese complicado tanto.

«Porque lo amas».

Las palabras le retumbaron en la cabeza. ¿Cuándo había sucedido? ¿Cómo se había enamorado de un hombre como Dante? No hacía falta que se preguntara esas cosas. Se había enamorado de él la noche que se conocieron, la noche que la hizo suya para siempre.

Vio en el espejo que Dante entraba en la pequeña habitación, sus miradas se encontraron y sintió un estremecimiento por la intensidad de la de él. Por un instante, deseó que él también la amara, que estuviese allí porque no podía imaginarse la vida sin ella.

–¿Para qué fuiste a Roma?

Dante le disparó la pregunta, pero ella le aguantó la mirada e intentó interpretar esos ojos que ocultaban cualquier rastro de sentimiento. Hasta que se dio la vuelta para mirarlo, pero la firmeza de su mentón, oscurecido por una barba incipiente como la de la primera mañana en Roma, hizo que perdiera la entereza.

–Ya lo hemos hablado, Dante. Solo quería decirte que ibas a ser padre, nada más. Tú lo convertiste en otra cosa, tú lo convertiste en un trato, algo sórdido y corrosivo, para cerrar una operación empresarial.

–Entonces, ¿por qué firmaste el contrato?

Su acento era más marcado y el estremecimiento de excitación fue un poco más intenso. ¿Cómo podía afectarla tanto después de todo lo que le había hecho?

–Quería que mi hijo tuviera lo que yo había tenido, un padre que lo quisiera, que pasara el tiempo con él y, sobre todo, que fuese a estar a su lado pasara lo que pasase. Sin embargo, tú no puedes ser ese, ¿verdad, Dante?

Sabía que estaba presionándolo, que estaba obligándolo a que afrontara todo lo que había enterrado desde la muerte de Alessio, pero ¿qué podía perder? Nada.

Una sombra de dolor le cruzó los ojos, pero fue tan fugaz que ella se preguntó si se la habría imaginado.

–No, no puedo ser ese hombre.

Lo reconoció de una forma tan brusca que le alcanzó el corazón

y tuvo que cerrar los ojos por el sentimiento tan descarnado que captó en su voz.

–No llevo a ese hombre dentro, Piper. No puedo ser lo que necesitas.

Ella abrió los ojos como impulsados por un resorte y vio que lo tenía tan cerca que podría dejarse caer en sus brazos si quisiera, pero ¿arreglaría eso las cosas?

–Como yo tampoco puedo ser la mujer que necesitas, Dante. Sin embargo, podría vivir en tu mundo, ser todas las cosas que necesitas, si…

No pudo terminar la frase y bajó la mirada porque tampoco podía seguir mirando esos ojos. ¿Cómo podía haber sido tan ridícula? Había estado a punto de reconocer que solo necesitaba su amor para que todo se arreglara, que si podía amarlo todo lo demás daba igual.

–¿Si…?

Él se acercó más y le apartó el pelo de la cara con tanta delicadeza que ella supo que le había dado miedo asustarla. Lo miró y se sintió cohibida al ver el deseo que le ardía en los ojos. Sin embargo, no iba a dejarse arrastrar por el deseo otra vez.

–Da igual –ella se apartó porque no soportaba estar tan cerca de él sin estar en sus brazos –. Supongo que, si hubieses conseguido cerrar esa operación, habría merecido la pena.

–La he cerrado.

Dante tuvo que apretar los puños para no volver a tocarle el pelo ni sentir la calidez de su piel. Todo lo que había dicho ella indicaba que el trato había sido por beneficio mutuo, que el tiempo que había pasado en la Toscana solo había sido parte del trato. Le impresionaba que le importase tanto, pero le importaba. Durante el vuelo a Londres, le había dado vueltas en la cabeza a las palabras de su madre. Cada palabra le había confirmado lo que había sabido desde el principio, lo que había estado eludiendo desde que volvió a verla en su despacho. Deseaba a Piper, la amaba y eso le aterraba.

–Entonces, ¿has conseguido lo que querías?

Ella lo preguntó con indignación por la injusticia que le había hecho.

–Sí, pero todavía tengo que cumplir mi parte del trato.

Vio que ella fruncía el ceño con incredulidad y supo que, si las cosas hubiesen sido al revés, él tampoco se habría creído ni una palabra.

–No espero nada de ti, Dante. En realidad, lo único que quiero es que vuelvas a tu vida y me dejes a mí en la mía. Vete, Dante, vete.

¿Cómo iba a volver a su vida y dejarla ahí?

–No, eso es imposible.

Ella lo miró con un brillo de rabia en los ojos que a él le recordó a unos fuegos artificiales. Por segunda vez en su vida, no tenía el control de la situación ni mucho menos. El miedo que se adueñó de él cuando Alessio se marchó no era nada en comparación con el que sentía en ese momento.

–No, no voy a volver hasta que haya arreglado las cosas contigo.

–¿Arreglar? Ya no se puede arreglar nada.

Los ojos de ella brillaron por las lágrimas. Él estaba haciéndole daño, pero tenía que decirle lo que tenía que decir sin importarle lo doloroso que pudiese ser.

–Quiero que nos casemos como estaba previsto.

–¿Te has vuelto loco? –exclamó ella con los ojos como platos–. No puedo vivir una farsa así.

–Yo tampoco.

–Toda tu vida es una farsa, Dante, ¿por qué tienes conciencia de repente?

–Porque estaba equivocado –los nervios hicieron que la frase casi se le atascara en la garganta, pero se obligó a seguir–. Porque te amo.

Se hizo un silencio sepulcral que envolvió la tensión como un velo. Piper estaba en medio de la habitación, estaban tan cerca que él podría tocarla, pero nunca se había sentido tan alejada.

–No lo dices de verdad.

Se le escapó el susurro mientras lo miraba detenidamente para intentar encontrar alguna prueba de la verdad o la mentira. Hasta que él se acercó un poco más porque tenía que decirle lo que sentía o perderla para siempre.

–Lo que sentimos…

–Solo fue deseo.

Ella lo interrumpió y no le permitió decirle que no podía vivir sin ella, pero él no habría llegado a donde había llegado en la vida si hubiese aceptado la derrota así de fácilmente.

–Lo fue al principio –reconoció él.

Dante levantó las manos con impotencia, se alejó de ella, fue hasta la ventana que daba a la calle y se dio la vuelta para mirarla.

–Sin embargo, eso ha cambiado. No sé qué ha pasado ni como, pero te amo, Piper.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo de compromiso que

le había comprado en Roma.

–No te creo.

El alma se le cayó a los pies. No quería escucharle, no quería oír cuánto la amaba.

–Entonces, no hay nada más que decir, excepto que tú eres la mujer que me ha cambiado, que ha hecho que vuelva a ver la vida como debería ser y que me ha enseñado que puedo amar a alguien… y ese alguien eres tú.

–¿Y el trato? –preguntó ella con cautela–. ¿Por eso sigues queriendo que nos casemos?

–El único trato que quiero contigo es el que se firma con dos palabra en el altar –él levantó el anillo entre el índice y el pulgar–. Quiero que lleves mi anillo… de verdad.

Ella fue hacia él, que la esperó con esperanza porque necesitaba abrazarla y besarla sin imposiciones, sabiendo que era suya.

–¿Es una petición?

Ella sonrió y sus palabras burlonas hicieron que él también sonriera con alivio, y esperanza.

–Sì, mia cara. Vuoi sparsami?

–Repítelo en inglés –susurró ella con el ceño fruncido.

–¿Te casarás conmigo, amor mío?

Para alivio de él, ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

–Sí… claro que sí. Te amo, Dante.

Él le tomó la cara entre las manos y le miró esos ojos verdes.

–Y yo te amo a ti… para siempre.

Epílogo

PIPER se quedó fuera de la iglesia, bajo el abrasador sol de verano. Katie y Jo, sus mejores amigas de Sídney, estaba tomándose muy en serio su papel de damas de honor y no paraban de estirarle la cola del vestido de encaje color crema que Elizabeth y ella habían elegido poco después de que hubiese nacido Mia.

–Estás impresionante. Estás radiante de verdad.

Katie se apartó un poco para mirarla y Piper supo que irradiaba amor.

–No tan impresionante como esta pequeña –añadió Jo mientras entregaba a Piper el complemento perfecto.

Mia, el bebé, llevaba un vestidito rosa del mismo tono que el de Katie y Jo y un ramo de flores diminutas.

–Estoy feliz –comentó Piper mientras miraba a sus amigas.

Mia dejó escapar un lamento porque la habían movido, pero se acomodó enseguida entre sus brazos. Piper no podía creerse todavía que ese bebé tan perfecto fuese suyo o que la vida pudiese ser tan maravillosa.

Su vida había cambiado después de que hubiese vuelto a Roma con Dante y se había convertido en el cuento de hadas que había anhelado siempre. Incluso le había costado menos encajar en el círculo social de Roma gracias al amor de Dante. En ese momento, estaba a punto de rematarlo todo y de convertirse en su esposa.

–Entonces, ¿a qué estás esperando? Entra y cásate con el hombre de tus sueños.

Katie le sonrió y a Piper le dio un vuelco el corazón. Entró en la iglesia antigua, fresca y oscura, vio a Dante de espaldas a ella y el corazón salió volando hacia él. Sabía que eso iba a ser doloroso para él sin Alessio, como lo era para ella sin su padre, pero se ayudarían el uno al otro.

Se dirigió hacia él y lo admiró cuando se dio la vuelta para mirarla. Su hermoso rostro reflejaba una felicidad como la de ella y el traje resaltaba ese cuerpo fibroso y sexy que ella conocía tan bien.

Con cada paso que la acercaba a él, a ser su esposa, pasaba junto a los amigos que habían volado al pueblo de la Toscana desde todas partes del mundo. También pasó junto a sus madres, les sonrió y se

alegró de que se hubiesen hecho amigas, y de que su madre se hubiese mudado a Italia para estar cerca de su nieta. Las dos madres habían vivido momentos dolorosos, pero las dos habían visto el amor entre Dante y ella antes que ellos mismos.

A Piper le había preocupado que le costara ir sola hasta el altar, pero se repitió otra vez las palabras de su padre y supo que había tenido razón desde el principio. Dante era ese final feliz para toda la vida que había estado esperándola. Y que lo había encontrado gracias a su padre. Si no hubiese estado tan alterada aquella noche, no se habría marchado de la fiesta con Dante.

Bettino D'Antonio la esperaba delante del altar decorado con flores y estaba dispuesto a representar el papel de entregarla a su marido. Entonces, Dante la miró con una sonrisa rebosante de amor.

–Estás preciosa –ella sintió una calidez por dentro antes de que él le tocara la cara a su hija y le tomara la mano a ella–. Casémonos.

Mientras las palabras en italiano e inglés sellaban su unión, ella no podía apartar la mirada de ese hombre al que amaba con toda su alma.

–Te amo, Piper Mancini –susurró Dante mientras le rozaba los labios con los suyos.

–Y yo te amo a ti, mi querido marido.

Piper le sonrió y luego miró a su hija, el regalo de boda perfecto.

–Soy muy feliz y estoy muy enamorado de mi preciosa esposa y de mi maravillosa hija.

Volvió a besarla antes de que pudiera decir algo. Fue un beso tan delicado y cargado de deseo que ella creyó que podía derretirse allí mismo.

–Vamos, ha llegado el momento de que empecemos nuestra nueva vida –añadió él.

Le rodeó la cintura con el brazo y la llevó por el pasillo entre amigos y familia, y entre otros solteros que pronto se reformarían.